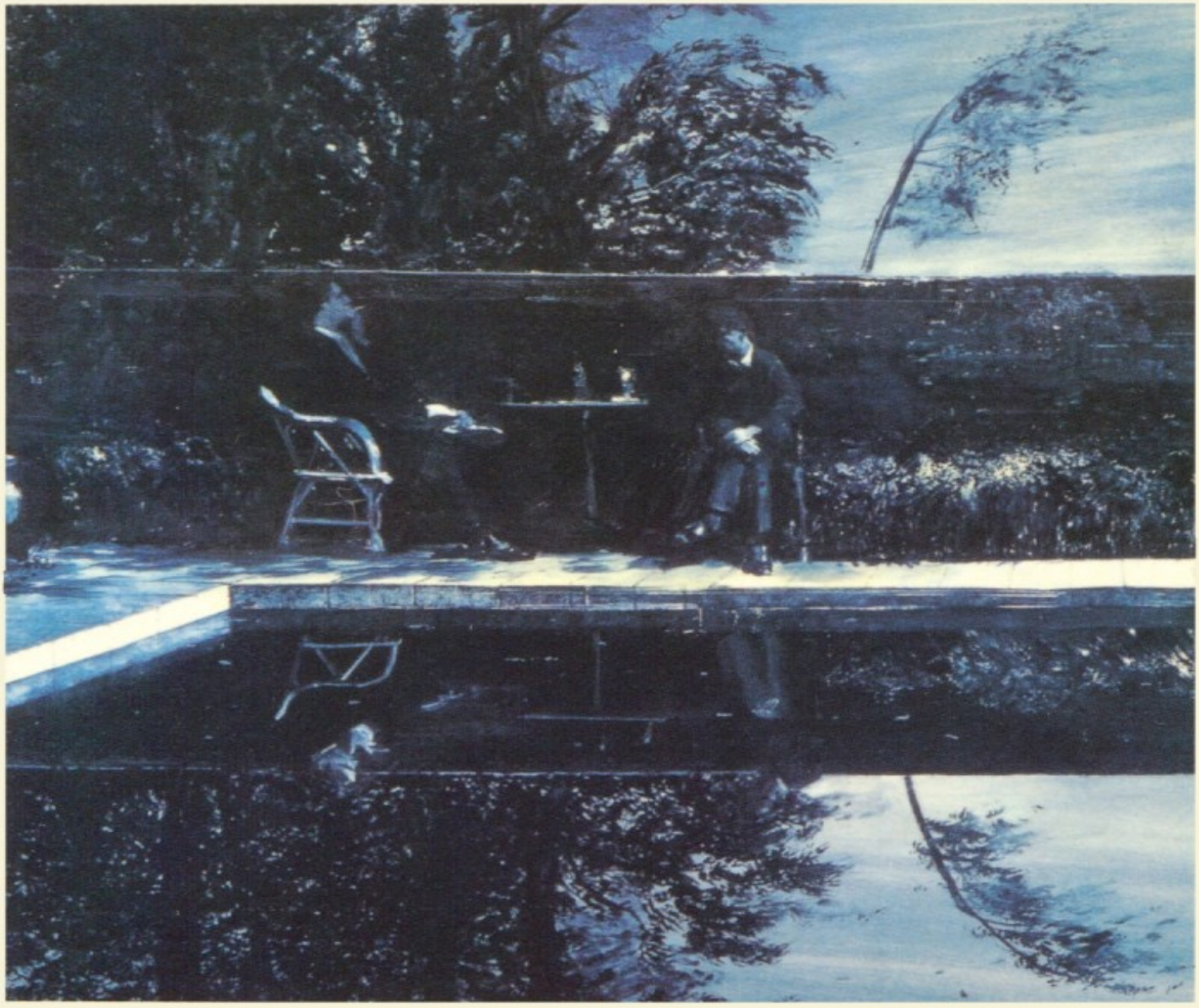
OLGA GUIRAO

Mi querido Sebastián



Guillermo India, que tiene veinticinco años en la oscura década de los cincuenta, está enamorado de su amigo Sebastián, e intenta eludir la cerrazón de su clase social y de aquella España dedicándose a la música. Podría llegar a ser un buen concertista de violín si lograra vencer una cierta desgana que le domina, y tal vez conocer la verdad de su fascinación por Sebastián si la gazmoñería de la época y sus mezquinos miedos no lo volvieran ciego a su propio deseo. Cuando Guillermo cumple los veintiséis años, la presión familiar y el aburrimiento le conducen al matrimonio. La boda y la luna de miel son una muy peculiar versión del infierno, pero, no obstante, Guillermo engendra una niña. La fugaz esposa morirá en el parto, y muchos años después, ya en los glorificados sesenta, cuando el mundo pareció cambiar, Guillermo se reencuentra con su hija. Y entonces comienza la segunda historia de amor del libro, el incesto que Guillermo India convertirá en relato con un solo destinatario, el «querido Sebastián».

Mi querido Sebastián es una primera novela de una notable solidez; escrita en una prosa elegante, que no renuncia a la entonación melodramática, pero tampoco se abandona ciegamente a ella. Y en estas historias de amores imposibles se esconde una violencia nada complaciente, que desnuda la atmósfera oprimente de unos años en los que entre apariencia y verdad siempre había una angustiosa distancia.

Olga Guirao

Mi querido Sebastián

Título original: *Mi querido Sebastián*
Olga Guirao, 1992
Ilustración de cubierta: *Conversación*, Mark Tansey (1986)

Índice de contenido

Mi querido Sebastián
Sobre el autor

El día 2 de noviembre de 1992, *El sueño de Venecia* fue galardonada con el X Premio Herralde de Novela por un jurado compuesto por Félix de Azúa, Salvador Clotas, Juan Cueto, Luis Goytisolo, Esther Tusquets y el editor Jorge Herralde.

Resultó finalista Olga Guirao con *Mi querido Sebastián*.

A mi madre

… Moriré lleno de deseos insatisfechos. Sin embargo he hecho todo lo que he podido, sobre todo por tenerlos.

ALDO BUSI, *Sodomías en cuerpo 11*

Barcelona, a 18 de octubre de 1973

Ayer por la noche, hacia las tres de la madrugada, alguien te llamó por teléfono y después colgó. Era yo. Llevaba más de dos horas reflexionando sobre lo que debía decir; había preparado una especie de discurso; algo verdaderamente ridículo. Por suerte tuve el sentido común de colgar sin decir palabra. Pero no puedo soportar la idea de que vuelvas a marcharte sin haber recibido una explicación de todo lo que viste anteanoche en mi casa; porque lo viste, no me cabe la menor duda.

No sé por qué dije tantas tonterías; aunque parezca mentira, lo que yo quería era comportarme con naturalidad. No me extraña que no quisieses ni quedarte a cenar; pero tienes que convenir conmigo en que no es fácil plantarse ante un viejo amigo —el mejor, quizá el único— llevando entre pecho y espalda una historia de este calibre.

Últimamente no hemos sido muy cuidadosos; media Barcelona me ha visto besándola en la boca; de modo que no tiene sentido que disimule ante ti, especialmente porque este episodio no empezó el año pasado ni el otro; es casi tan viejo como nosotros y tiene mucho que ver con nuestra niñez. En realidad fue mi propio padre quien lo desencadenó hace más de veinte años. Eso es, precisamente, lo paradójico. ¿Te acuerdas, Sebastián, de las obsesiones de mi padre…? Se quedó corto, el viejo pomposo. Finalmente he conseguido superar con creces el más descabellado de sus pronósticos.

No podía soportarme, pero hay que reconocer que hizo cuanto pudo por evitarme el escándalo. Era de una tenacidad asombrosa. En cierta ocasión incluso me llevó a un burdel y con toda naturalidad

se sentó a esperarme en una salita mientras aquella muchacha, que conocía su oficio a la perfección, se aplicaba en enseñarme todo aquello que ya nos había enseñado, a ti, a mí —y a otra media docena de estudiantes, como mínimo—, la maravillosa e inolvidable señora Bertrán.

Fue, más o menos, como un examen de solfeo; y no debieron de ponerme mala nota porque a esa visita —pretendidamente iniciática — siguió un periodo de cierta tranquilidad por su parte en lo que concernía a mis preferencias sexuales. Aunque, por desgracia, no demasiado duradero.

Tenía ya veintiséis años cuando se le acabó definitivamente la paciencia. Fue a nuestro regreso de París, después de aquel verano en la pequeña orquesta de Luperain. Una tarde me llamó a su estudio y del modo más terminante que le fue posible me anunció:

—Hijo mío, te bañas demasiado a menudo para seguir permaneciendo soltero por más tiempo, de modo que si todavía no estás en condiciones de ganarte la vida, conviene que te cases.

Su idea de la virilidad era, por así decirlo, un poco rudimentaria. Por otra parte yo no estaba dispuesto a buscar una colocación ni a dejar de bañarme cuantas veces me viniera en gana, así que me limité a objetar que no conocía, por el momento, a ninguna muchacha digna de convertirse en su nuera.

—Ah, no, no, hijo —me contestó—, puedo asegurarte que he perdido toda esperanza de que hagas una boda ventajosa. Me contento con que te cases y confío en tu buen gusto para todo lo demás.

Lo demás fueron ciertas veladas horripilantes en las que yo tocaba el violín después de cenar y diferentes colegas de mi padre exhibían a sus hijas casaderas con tanto orden y con tal uniformidad que parecían todas ellas ramitas de un herbario de colegial: la misma edad aproximadamente, los mismos trajecitos bien cortados, el mismo peinado acartonado, la misma ignorancia abrumadora y la misma penosa falta de curiosidad. Tú sabes que yo soy un buenísimo fisonomista; pues bien, no conseguía distinguir con

claridad unas de otras, hasta tal punto parecían sus rasgos a medio hacer.

¡Y además sus madres, Dios Santo, sus madres!, que me hacían presentir el porvenir de dicha que, sin duda, iban a infligirme las niñas con el paso de los años.

Se me ocurre, de pronto, que quizá elegí a Leonor porque no tenía una madre en la que mirarla, de modo que era posible hacerse ciertas ilusiones sobre el porvenir.

Apenas recuerdo la impresión que me causó ese primer encuentro con Leonor. Debió de gustarme —supongo— su hermoso nombre, tan majestuoso. Además, mi posición frente a su familia resultaba bastante cómoda, porque su hermano —a diferencia de otros abogados que habían pasado por casa con el muestrario de sus niñas bajo el brazo— estaba en el principio de su carrera y no veía con malos ojos emparentar con un veterano sólidamente establecido. Más aún: a mi cuñado ni siquiera hubo que convencerle de que yo, aunque músico, era un joven muy prometedor (lo que, por otra parte, era completamente falso). A fin de cuentas, sus expectativas de una posible colaboración con mi padre se debían a que yo no era abogado sino músico. Así pues, hizo cuanto pudo por propiciar esa boda y, como a mí me daba más o menos igual una que otra, nos prometimos enseguida.

Todavía recuerdo tu silencio de aquellos días; todavía hoy lo agradezco. Yo sabía que hacía algo vergonzoso e inútil, aunque por esa duplicidad de la conciencia que es privilegio de los hombres débiles, apenas me enteraba de cuál era mi verdadero papel en aquella trama.

A toda velocidad le hice confusas promesas, la dejé elegir los muebles y quizá la halagué un poco. Es posible que su inexperiencia la hiciese confundir mi frialdad con respeto; es posible, incluso, que yo fuera completamente de su agrado; sin embargo, por pura comodidad, preferí suponerla tan codiciosa y ridícula como su hermano, pero lo cierto es que no sé quién era aquella desconocida

con la que me casé y que se murió sin haber cumplido los veinte años.

Mucho tiempo después, teniendo a Elena entre mis brazos, he pensado que, necesariamente, una pequeña parte de Leonor debe de subsistir en ella y que yo no seré nunca capaz de identificar ese gesto, esa forma que mi hija le debe. Ni siquiera sé si era hermosa. A veces, su pequeño rostro inexpresivo aparece en una fotografía, sin que yo consiga arrancarlo del papel, darle volumen. Y sin embargo fue mía y está enterrada con mi apellido, al lado de mi madre y de mi abuela, tan semejantes las tres en el olvido de todos.

La boda fue atroz, un preámbulo a la medida de lo que vino luego.

Se había dispuesto que pasásemos nuestra luna de miel en la finca de Rupià. A nuestra llegada no había nadie en la casa, pero una mano invisible lo había dejado todo a punto: la chimenea encendida, la alcoba perfectamente ventilada e incluso estaba servida una cena fría en el comedor.

Le mostré las habitaciones, agradecido de poder llenar el silencio con la crónica menuda de la casa —por lo demás sin historia— que perteneció a la familia de mi madre.

Durante la cena hablé sin descanso. No perseguía hacerle grata la velada. A decir verdad, me daba igual que se sintiese incómoda; sólo trataba de infundirme ánimos.

Leonor parecía firmemente dispuesta a no facilitarme las cosas en absoluto. Su única intervención fue, cuando menos, asombrosa. Hablaba yo del colegio religioso de mi infancia, de los sacerdotes-soldados que regentaban la institución y de la disciplina militar y todo eso, cuando, de improviso, preguntó:

—¿Eran salesianos?

—No, jesuitas —contesté.

—Ah… Es que mi hermano estudió en los salesianos. Pero aquél sí que era un buen colegio —aclaró.

No quiero ni pensar en la mirada de estupor que debí de dirigirle. Ella se sonrojó y en un hilo de voz añadió:

—Todo el mundo lo decía. —Y ya no volvió a interrumpir mi monólogo, cada vez más sofocante.

Una vez que hube hablado del Conservatorio, de mi primer viaje al extranjero, de las danzas hebraicas, de todas las sinfonías de

Brahms, y en el preciso momento en que iba a referirme a la sabiduría de la cocina mediterránea, Leonor reprimió un bostezo con tan poca habilidad que pareció una indirecta.

—¿Estás cansada? —le pregunté.

—Quizá sí; un poco —me contestó.

No tenía sentido seguir dilatando aquella velada angustiosa, de modo que lancé la servilleta sobre la mesa, me levanté y me encaminé a nuestra alcoba.

Leonor me siguió con asombrosa desenvoltura. Una buena parte de mí quería infundirle miedo, desanimarla, y la otra intentaba, mal que bien, prestarse a la comedia. El espejo de la cómoda me devolvió la imagen transfigurada de un tipo sudoroso que tenía que abalanzarse sobre una mujer a la que no se atrevía a mirar. Leonor, muy sigilosamente, desapareció camino del lavabo.

Yo sudaba a mares cuando volvió a entrar enfundada en el camisón más rancio y virginal que he visto en mi vida.

—¡Por favor! —exclamé mientras ella se sentaba en la cama con suma precaución—. Anda, sonríe, que acabaré por pensar que tú también has estudiado en los salesianos.

—No, yo no —me contestó—. Yo estudié en las teresianas.

¡Aquel periplo por las órdenes religiosas era demasiado para mí! De pronto, una carcajada empezó a subirme por el esófago. Reí hasta la asfixia. A intervalos me daba cuenta de que el rostro de Leonor se descomponía. Me decía a mí mismo: «Por Dios, no rías más», pero no podía parar; se me saltaban las lágrimas, el estómago se me agarrotaba y seguía riendo y riendo mientras Leonor me miraba como si estuviese loco. Debió de detenerme el instinto de supervivencia en el momento en que iba, virtualmente, a morir de risa. Mientras me secaba las lágrimas empecé a comprender que era una suerte que aquella noche no estuviera mi padre esperándome abajo, porque, con toda probabilidad, iba a suspender estrepitosamente este otro examen de solfeo.

Había que ganar tiempo como fuera, de modo que, todavía entre sacudidas y suspiros, le pedí:

—Cariño mío, tráeme un vaso de agua, por favor.

—¿Te encuentras bien, Guillermo? —me preguntó.

—No mucho, no —le contesté—. Anda, tráeme el agua. ¿Te acuerdas de dónde está la cocina?

Dijo que sí y salió. Me la busqué con mano temblorosa y anduve trasteándola con la misma urgencia con que lo hacíamos en el water del colegio durante las clases de la tarde, pero con resultado infinitamente más desalentador.

La ex estudiante de las teresianas atravesó la puerta con un vaso entre los dedos y me lo tendió.

«Decídete», pensé. No podía; todo sería inútil, así que me bebí el agua y compuse un rostro de retortijón.

—¿Quieres que llame a alguien, Guillermo? —me preguntó.

—¡No, no! —le dije—. ¡Qué va! Dormiré un poco y mañana estaré bien. ¿Te importa?

—No —me contestó.

Antes de darme la vuelta para intentar dormir, le besé los labios; sorprendentemente, sabían a fresa.

A la mañana siguiente un fondo de sospecha se abría paso en su mirada, pero todo ello en términos razonablemente contenidos. Leonor no debía de saber aún qué era, en concreto, lo que había que sospechar. Provisionalmente concluí que resultaba más fácil levantarse a su lado que irse a dormir con ella, lo cual era bastante tranquilizador, pero fue una conclusión precipitada.

Catalina y Josep, los masoveros, debían de haber regresado esa misma mañana, muy temprano, porque desde el amanecer se oía cierto rumor de puertas y pasos.

—¿Has dormido bien? —me preguntó Leonor.

—Oh, sí. Perfectamente —mentí—. En cuanto estés lista te presentaré a Catalina y a Josep; muy buena gente, ya verás.

Salió de la cama y vaciló durante un instante. Por fin escogió algunas prendas y se metió con ellas en el lavabo. A mí me pasaba otro tanto; tenía un auténtico ataque de pudor, el mismo que habría sentido de haberme despertado con una desconocida en el coche-cama de un tren.

Mientras esperaba mi turno enfundado en el batín, repasaba mentalmente un hipotético discurso: «Tampoco conviene, querida, que nos lo tomemos al pie de la letra. Considérame tu amigo y sal y entra a tu aire; en fin, haz tu vida». ¡Puff! ¡Menudas ganas que tenía la chica de hacer su vida! Ahí estaba, en la puerta del baño, vestida de pies a cabeza, esperando instrucciones como un criado.

Bajamos en silencio. A mí me daba la impresión de que bastaba echarnos una ojeada para adivinar el gatillazo, pero probablemente no era cierto.

Tras las presentaciones de rigor y los consabidos parabienes, desayunamos tranquilamente mientras Josep me contaba sus

proyectos. Desde hacía algún tiempo intentaba convencer a mi padre para que le permitiese instalar unas colmenas en el encinar. Como no había otro remedio, prometí que le acompañaría una de aquellas mañanas para echar un vistazo.

Salimos juntos. Josep se alejó palpando la textura de una hoja con sus gruesas manos devastadas, sonriéndole, quizá, a su sueño de abejas.

Nos encaminamos al pueblo. Leonor parecía contenta. Colgada de mi brazo, observaba el paisaje frío y azul. Mientras yo seguía ensayando mi discurso, ella acortaba distancias en su sentido menos figurado. Toda divagación fue inútil: a la menor oportunidad, la implacable curva de sus caderas se aplastaba contra mí de una forma insidiosa. Desgraciadamente, el otoño ampurdanés es mucho menos estimulante si ha de degustarse entre acometidas y retrocesos, tan velados y, por eso mismo, tan explícitos como una requisitoria de puta de suburbio.

El paseo fue largo y abrumador. Llegué a casa verdaderamente extenuado y, después de comer, me zambullí en una confortable siesta de sillón. Hubiera preferido la cama, pero, dadas las circunstancias, me pareció un poco arriesgado.

Empezaba a oscurecer cuando me desperté. Leonor estaba sentada junto a la ventana, inmóvil, un poco velada por las sombras del contraluz.

Aproveché que me creía dormido para observarla a mis anchas. En su mirada había una tristeza tan honda, un desamparo tan profundo, que resultaba difícil reconocer en ella al pequeño cisne blanco que había atravesado la iglesia, camino del altar, con el cuello orgullosamente erguido sobre las formas vaporosas de su vestido. Ya no le quedaba ni un rescoldo de esa soberbia de joven virgen que tanto miedo me había infundido durante la ceremonia; parecía una niña extraviada en mitad de una pesadilla. Aquella visión me resultó de pronto intolerable, de modo que me levanté silenciosamente y me fui sin decir palabra, dolorido, abandonando a Leonor al

naufragio de sus certidumbres y de sus pequeñas aspiraciones, irremplazables de puro pequeñas.

Por la noche, al acostarnos, la contención había dado lugar al sarcasmo:

—¿Todavía estás cansado? —me preguntó, al comprobar que yo me disponía a dormir sin más preámbulo.

Era necesario hacer algo definitivo. La idea de protagonizar esa misma escenita todas las noches de mi vida me helaba la sangre. Por otra parte, en aquella época, a los varones no nos faltaban prerrogativas (todas abominables, desde luego).

—Mira, Leonor —le dije—. Por lo visto tú eres una chica, digamos, moderna. Pero yo no, y en mi casa son los hombres lo que deciden cuándo están cansados y cuándo no.

Lo irreparable se había producido y la peor parte de mí se sentía muy aliviada.

Tal como había prometido, en cuanto me fue posible salí con Josep hacia «La Fonteta». Íbamos a pie y llegamos al filo del mediodía. El encinar en torno a nosotros, rumoroso y espléndido, parecía un animal en reposo, una especie de gran torso de bestia tendida. Josep habló largamente de ello: en efecto, la piel volátil del bosque de encinas muy bien podía albergar un paraíso de abejas.

Nos adentramos en la zona más umbría y nos sentamos sobre un tronco caído. La calma era completa; hasta el viento parecía haberse detenido en el camino. Con una habilidad portentosa, Josep liaba un cigarrillo, y me miraba, demasiado fijamente quizá.

—Estás muy pensativo —aventuré.

Y entonces, con toda claridad, distinguí un chispazo de tristeza en sus ojos, pero ya era demasiado tarde para arrepentirme de haberle dado pie.

—Mira —me contestó—, yo te conozco desde que no levantabas un palmo del suelo y esto no me gusta nada.

—¿El qué?

—Esta mañana, sin ir más lejos, he visto que la chica lloraba; mientras recogía los huevos. Y no es la primera vez.

De haberla tenido a mano en aquel momento la habría abofeteado. La muy imbécil se había dejado sorprender llorando, ¡y nada más y nada menos que por Josep!

—No hagas caso. Las mujeres son muy lloronas.

—No, hijo, no —me contestó el viejo con su voz de órgano, tan dulce y profunda—. Las mujeres nada más casarse no lloran; se lavan mucho, se ponen muy guapas, hijo, pero no lloran. Y cuando lloran es por algo.

Evidentemente. No había que darle muchas vueltas. Ella esperaba de mí lo que cualquier chica de su edad cuando se casa, y era perfectamente inútil ensayar discursos por los pasillos.

—¿Y qué quieres que te diga? —contesté al fin.

—Nada, no digas nada que no hace puñetera falta; pero piensa que esa que tienes ahí es tu mujer y tienes que ocuparte de ella.

Sonreí con amargura:

—Pero si me ocupo. No sé qué cuerno le pasa.

—Mira, si quieres me callo; cosa mía no es. Pero no me vengas con cuentos. ¿O es que quieres que te diga yo lo que le pasa?

—A lo mejor te equivocas.

—Sí. A lo mejor. Pero no te creas que los demás son tontos. Francamente, para hacer esto, más valía que no te hubieras casado.

Noté una fuerte sensación de calor en los labios, pero no era indignación: era vergüenza. Por lo visto Josep estaba al corriente de todas las murmuraciones que circulaban a propósito de ti y de mí, y el llanto de Leonor había venido, finalmente, a corroborarlas.

—¡Vaya por Dios! Debo de tener muy mala fama —murmuré.

—Mala, sí, muy mala —me contestó irritado—. Dejémoslo, chaval, dejémoslo, que me harás decir lo que no quiero.

Las sospechas de mi padre, que en mi adolescencia me produjeron un considerable número de incomodidades, hacía mucho que habían dejado de inquietarme; formaban parte de mi vida, como mi nariz o mis recuerdos, y eran igualmente irremediables. Después de todo, le había decepcionado tanto y tantas veces que hasta él mismo se había acostumbrado a sufrirme sin exabruptos, como si yo fuera una especie de úlcera de estómago, un malestar indefinido localizado en algún punto de sus intestinos. Pero con Josep era distinto. De pronto sentí la imperiosa necesidad de justificarme, de aclararle la situación a aquel hombre íntegro que me había enseñado a no tener miedo a los perros y a cazar conejos con una cuerda.

Hay tantos momentos en que es preferible callar, pero por desgracia eso se aprende con los años, y entonces todavía era joven y no me daban miedo las palabras. Necesitaba meter la mano hasta

el fondo; no me bastaba que aquello estuviera allí, quemándonos las cejas a los dos: había que nombrarlo, así que apreté los puños y respondí:

—Puedo asegurarte, Josep, que yo no tengo ninguna mariconería que reprocharme. —Mi boca debía de tener el gesto amargo que dejan las náuseas cuando pasan. Me sentía desfondado y vacío.

Josep me miró con una expresión a caballo entre el fastidio y la tristeza.

Quise decir algo más y no pude. Sin embargo, de habérmelo propuesto, no me hubiera resultado difícil justificarme hasta la desfiguración. Me habría bastado vencer algún escrúpulo de naturaleza indefinida, para instalarme en ese territorio de nadie que se extiende entre lo cierto y lo falso y que las gentes del foro llaman, con absoluto impudor, los hechos objetivos. Pude decirle, por ejemplo: «¡Vamos, Josep! Sebastián y yo sólo somos buenos amigos. Hasta la querida la tenemos a medias, pero lo demás son infundios». Después de todo, era cierto; hasta la querida la teníamos a medias. Cualquier cosa hubiera sido preferible a aquel silencio sin inocencia que resonaba como un clamor en la soberbia quietud del encinar.

—Que lo dejemos, chaval —concluyó el viejo levantándose pesadamente. Lo sujeté por el antebrazo con violencia y me quedé parado frente a él, fláccido, mientras me oía decir:

—Te lo juro, Josep, te lo juro.

Josep cogió mi mano, la separó suavemente de su chaqueta y se alejó dejándome allí, tan roto que no fui capaz de seguirle.

En los momentos más extremos de la vida siempre acabo por decir una tontería. No comprendo cómo mi padre pudo guardarme rencor durante tantos años porque me negué a estudiar leyes; yo habría sido un abogado lamentable. Figúrate la cantidad de argumentos que pude haber usado frente a Josep y acabé jurando, como un imbécil, que yo no tenía ninguna mariconería que reprocharme. Y sin embargo, ¡qué cierto era!, o si lo prefieres, ¡qué fronterizo con la verdad!

Mientras fui joven las mujeres apenas me parecieron de carne y hueso. Ese perentorio deseo de gustar, esa continua impostura, escamoteaba en ellas al aliado, al amigo. Las veíamos pasar, contoneando las caderas, ocultas tras una máscara con la que habían reescrito su rostro. La risa, la gesticulación, la mirada: todo era artificial y un poco incomprensible. A los hombres nos incumbía la conquista —que no en vano evoca un territorio enemigo— y a las mujeres el pesado fardo de ser misteriosas y esquivas. Por último, cuando habíamos conseguido desnudarlas, desmaquillarlas y hacerlas nuestras, cuando todos los artificios habían quedado a los pies de la cama, resultaba que no eran los seres etéreos y lunáticos que parecían, sino criaturas asombrosamente prácticas, espiritualmente pequeñas, a veces ínfimas. Una instrucción deficiente, parquísima, las inhabilitaba para cierta clase de conversación. En el mejor de los casos se podía contar con su amabilidad y su buen gusto, pero de todos modos se acababa reinando solitariamente sobre un territorio vencido. En ese contexto era imprescindible cierta dosis de fraternidad viril. ¿Qué hombre no ha soñado —como aquel inolvidable Rupert Birkin de Lawrence— tener un amigo eterno? ¿Quién podría censurarme por ello? ¡La

escisión entre el mundo femenino y el masculino era tan profunda y desalentadora!

Sí; todo esto es rigurosamente cierto y sin embargo sólo supone una infinitésima parte de la verdad.

Tengo la impresión de haber sufrido una larga condena. Me he hecho viejo bajo la mirada de improvisados carceleros que me espiaban: mi padre, los amigos, yo mismo y quién sabe si tú también. Tras el espantoso episodio del colegio, las risas ya no cesaron nunca; cualquier comentario, la más casual de las observaciones, me hacía perder el aplomo porque yo siempre me sentía vigilado y en ridículo. No cabe duda de que pagamos un precio alto por nuestra amistad, o por esa otra forma de amor que quería sobrevivir a toda costa.

Por suerte ahí estaba María para aflojarnos un poco las clavijas, perfectamente instalada en nuestro universo periférico, silencioso y febril.

¡Pobre María!

Me parece que te estoy viendo, luchando por sostener una sonrisa petrificada que amenazaba ruina y señalándome una forma gris y rosa que se te venía literalmente encima, mientras decías:

—Mira, esa que viene hacia nosotros es María.

Estoy seguro de que si no te lo hubieran impedido las cinco generaciones de caballeros que te preceden, habrías echado a correr. Yo, en cambio, estaba encantado. Por fin iba a conocer a la misteriosa mujer que ocultabas en un pisito de la calle Aribau.

Tengo que confesarte que no me había creído ninguna de tus remisas explicaciones sobre el particular. Estaba convencido de que tu sentido de la piedad no podía conducirte, dos veces por semana, a la habitación de nadie. Para colmo, yo había querido conocerla y tú te habías negado argumentando que era «demasiado espontánea para poder presentarla a persona alguna». Era tal mi curiosidad que cuando nos salió al paso en las fiestas del barrio de Gracia, decidí, mientras tú intentabas presentármela lo menos posible, que no pasaría una semana sin que hallase el medio de volver a verla.

María no era ni inteligente ni distinguida, pero tenía ese aspecto devastado y conmovedor que sólo puede encontrarse en las mujeres maduras cuando, además de solteras y fáciles, son un poco entraditas en carnes. Era inevitable que me pareciese esplendorosa: yo era lo bastante joven como para percibir con toda claridad ese vago aroma de adelfas mustias que esparcía su hermosa arquitectura en declive.

Pasé el resto de la noche intentando imaginarte hundido en la carne pródiga y vacilante de María sin conseguirlo; ¡y no por culpa de ella, vive Dios! (era imposible no percibir el violento atractivo de aquel paradigma de hembra madura); más bien eras tú el que me parecía fuera de lugar. Por alguna razón, yo me había formado una imagen bastante sofisticada de tus preferencias, a la medida, por decirlo así, de tus ademanes de curvas prodigiosamente bien dibujadas. Además, si me lo permites, eras tan inapetente en casi todo que resultaba poco menos que imposible imaginarte gozando en aquel festín.

Aquella misma noche tuve un sueño bastante turbador a vuestra costa. Para colmo, al despertar comprobé, amén de otros desmanes, que mi subconsciente no participaba de muchas de mis opiniones acerca de tus posibilidades en ciertos lances. No tengo que decirte que esa misma mañana me encaminé hacia la calle Aribau y monté guardia durante cuatro horas en la esquina en la que te apeabas a veces, cuando volvíamos a casa compartiendo el taxi después de los ensayos. Ni rastro de María. Por la tarde volví. Empezaba a cansarme cuando la vi salir de una portería, bastante siniestra, un poco más allá del cine. Llevaba un pañuelo azul en la cabeza y balanceaba suavemente una lechera de aluminio. La proximidad del cine me resultó ideal para abordarla con cierta naturalidad.

Como era de esperar no me costó mucho que aceptase merendar conmigo; las mujeres siempre están dispuestas a hacer una excepción a los más virtuosos de sus hábitos —ya sabes: «No vaya usted a creer que yo acepto invitaciones de desconocidos»—, así que nos subimos a un taxi y la llevé al Café Vienés.

No se tomó la molestia de disimular un ápice su alegría por ese paseo y esa merienda inesperados. María no tenía la costumbre de disimular. La verdad es que a sus treinta y ocho años todavía era una ingenua. Ya sé que te parecerá que ese adjetivo no era de su talla, pero a poco que lo pienses, tienes que convenir conmigo en que las naturalezas apasionadas suelen tener un algo de pueril, en el mejor sentido de la palabra; todo entusiasmo es, en sí mismo, una forma de puerilidad; no en vano la tibieza, cuando no la frialdad pura y simple, es una de las servidumbres inevitables de la vejez.

Aquella tarde estuvo sencillamente encantadora: se pasó todo el viaje en taxi intentando ocultarme sus manos porque el esmalte —rojo hasta la locura— se le había saltado en la punta de las uñas, pero en cuanto se vio instalada ante un pedazo de pastel se olvidó por completo de las uñas, del esmalte y de mí.

En cuanto hubo merendado volvió a acordarse de que quería causarme buena impresión y enseguida me habló de la época en que todavía vivía su padre:

—Todo era tan distinto, ¿sabe usted? Él tenía un puesto muy bueno en Correos. —Según pude saber después, había sido cartero —. Entonces sí que íbamos a los sitios y, claro, eso da soltura, ¿no? Pero ahora, como no salgo casi nada…

Le aseguré que no se le notaba en absoluto y ella me lanzó una esplendorosa sonrisa.

Ya sé que todo esto se parece poco a lo que te conté en su día, pero lo que sí era absolutamente cierto es que yo no albergaba el avieso propósito de seducirla. En realidad no sentía más que curiosidad, o eso creía yo aquella tarde mientras, dando un paseo, la llevaba de vuelta a su casa. Por supuesto, había previsto la posibilidad de volver a verla, pero de ningún modo a tus espaldas. Calculaba que sería más o menos divertido, por ejemplo, que pasásemos los tres un día en el campo o alguna cosa por el estilo. No es que fuera fácil eludir la evidencia de sus formas —María, por mucho que se vistiera, siempre me pareció un poco ligerita de ropa —, pero, como tú sabes, a mí me atraen poco las mujeres, de una

forma más bien literaria, nada pasional, diría yo, de modo que, a pesar de la profundidad de su escote, lo que a mí me apetecía en realidad era verte evolucionar a su alrededor, saber qué tono de voz era el que usabas con ella y quizá, con algo de suerte, sorprenderte en algún gesto de ternura, alguna pequeña familiaridad. Te aseguro que en eso habría acabado toda mi exploración de tus pecados de no ser porque María, que tenía una forma insólita de decir barbaridades como lo más natural, fue a dar justo con la llave que abría mi particular caja de Pandora.

Ocurrió más o menos a la altura de Consejo de Ciento. La conversación había derivado hacia ti y tus muchas virtudes. Ella «te estaba muy agradecida»:

—Hace unos años intenté coser, ¿sabe usted?, pero a mí no me gusta mucho eso. —Hizo una mueca horrible y prosiguió—: Luego quise poner una tienda pero Sebastián dice que estoy mejor en mi casa, y también es verdad, ¿no? Una mujer está mejor en su casa.

Tuve la debilidad de respaldar sus opiniones y ella convino conmigo en que nadie sabía más que tú sobre casi todo.

—No sé cómo no lo ha pescado ninguna aún. —Suspiró profundamente y como para sí misma añadió—: Debe ser por lo de París.

—¿Por lo de París? —pregunté.

—¡Sí! Eso de ir a París estropea muchísimo a los hombres. —Y me lanzó, directamente al alma, otra mueca, la más sugerente que he visto en mi vida.

Una suerte de extraña fascinación me alcanzó de lleno y se me quedó allí, entre pecho y espalda, latiendo como una diminuta quemadura. Hasta ese momento y por razones fáciles de presentir, yo había conseguido sustraerme a la evidencia de que tu piel marmórea y tus maravillosos trajes de paño inmejorable, planchados con escrupulosa pulcritud, envolvían un cuerpo real, de carne real, sometido a todas las formas del deseo. Gracias a esa elemental ignorancia, yo había conseguido amarte de un modo sutilísimo y sereno, limpio en lo esencial. Y de pronto resultaba que aquella

mujer, rabiosamente vulgar, estaba en el misterio que yo ignoraba, y sabía que tus manos, las mismas que volaban entre las cuerdas, también eran capaces de tomar y poseer, Dios sabe con qué clase de secreta energía.

De improviso comprendí el riesgo que entrañaba la tonta travesura que acababa de cometer, pero ya era demasiado tarde. Envalentonado por mi clara superioridad, no había sido capaz de intuir que María, en apariencia inofensiva, podía ejercer un poder implacable sobre mí. Aturdido y asustado la dejé, con su pañuelo azul y su lechera, justo donde la había encontrado y me encaminé al ensayo con la boca seca y las manos sudadas.

Deseaba llegar cuanto antes. Mi instinto me decía que en cuanto te viera cesaría esa desagradable comezón. No cabía duda: el venenoso hechizo de aquella bruja se disiparía en la amplitud de tu sonrisa sin dejar rastro.

Pero un cólico nefrítico, el primero de una larga lista, te había impedido asistir aquella tarde al ensayo. Tu tía Loles había llamado a Damián y le había puesto al corriente de tu indisposición, al parecer, con toda suerte de detalles desagradables.

Toqué mucho peor que de costumbre y Damián decidió finalmente dejarlo para otro día.

Salí en tu busca a toda velocidad, agradeciendo la lluvia, el frío y, sobre todo, la soledad, que me permitía hacer una recapitulación de urgencia. Su voz martilleaba todavía en mi cabeza: «Eso de ir a París estropea muchísimo a los hombres», y mi lado oscuro se preguntaba, una y otra vez, en qué podía consistir el estropicio mientras mi turbación iba en aumento.

La propia tía Loles me abrió la puerta y me acompañó a tu habitación.

Aislado por el dolor en el interior de ti mismo, apenas te diste cuenta de mi presencia. La agresiva armonía de tus gestos se había esfumado por completo, y en su lugar quedaba la respiración entrecortada, los labios febriles que dejaban escapar pequeños

quejidos de niño enfermo y el reflejo brillante de la luz sobre tu piel sudada.

De improviso, te curvaste como si acabaras de recibir una descarga y yo me encontré con tu mano entre las mías, no sé muy bien cómo.

Aquella noche fue una de las más penosas de mi vida, porque al desgarramiento que me produjo el hecho de verte sufrir durante horas, se sumó la vergonzosa sensación de que tu sufrimiento me excitaba.

Pasé toda tu convalecencia convenciéndome de que nada había cambiado en realidad, salvo que tu enfermedad me había predispuesto a la ternura, propiciando alguna familiaridad que difícilmente hubiera podido darse en otro contexto. Sin embargo, los goznes de una puerta cerrada en mi interior gemían lastimosamente cada vez que tus clavículas surgían de entre las sábanas. Tu cuerpo había florecido en poco menos de un par de años; había cobrado volumen y peso; unos hombros redondeados habían surgido del interior de tus largos huesos; tu vientre, firme y pálido, parecía dotado de vida propia, como si fuera capaz de respirar por su cuenta con unos pulmones diminutos.

Me pregunto si sabes que tuviste los mejores veinte años que yo he visto en mi vida. Pero nunca de un modo tan intenso como en aquellos días de dolorida fragilidad, entre la cama y el sillón, mientras te dejabas comer vivo por la tía Loles, que no cejaba en su empeño de hacerte engullir uno o dos litros diarios de sopa de tomillo.

Qué delicioso hubiera sido poder paladear contigo aquellas tardes de formidable aburrimiento, remedo mágico de otras —ya lejanas—, en el colegio de nuestra adolescencia, cuando creíamos que la amistad era esa clase de dulzura, limpia y sigilosa; mucho antes de que un círculo de sospechas nos enterase expeditivamente del significado preciso de ciertas palabras y del precio terrible que hay que pagar por su causa. Pero, por desgracia, el tiempo de la inocencia es breve y yo era, sentado en la glorieta de tu cuarto, el menos inocente de los hombres, por mucho que evitase —con escrupuloso cuidado— rozarte en lo más mínimo. Escuchábamos la radio, nos reíamos incansablemente de las barbaridades fascistas

que publicaban los diarios o jugábamos a las cartas, y las tardes se sucedían unas a otras, aparentemente plácidas.

Fue así como llegó el día fatídico en que te encontré esperándome sentado en el sofá del salón, dispuesto para un largo paseo hasta el ensayo, y caí en la cuenta de que quizá esa misma noche, o al día siguiente, pasarías por la calle Aribau y te enterarías de que te había ocultado mi encuentro con María.

Me sentía furioso conmigo mismo por haber complicado las cosas de un modo tan absurdo. ¿Por qué no te lo había contado enseguida, a la mañana siguiente, en cuanto te sentiste un poco mejor?; después de todo, nada más fácil: «¿A que no sabes a quién me encontré ayer?». Pero no lo había hecho, y al cabo de semana y media era imposible soltarlo con naturalidad. En realidad la cosa no tenía tanta importancia —sobre todo porque entre tú y yo cabía cualquier clase de explicación—; pero yo no discurría con normalidad; un complejo de culpabilidad compulsivo me había ido haciendo mella en los nervios, ya de suyo bastante machacados por la propia presión de aquellos días. Así que no pude echar mano de la poca lógica que de ordinario me asiste y tuve un ataque de pánico.

Durante un par de horas, con el violín entre tú y yo y Damián mirándome furioso, fabulé toda clase de catástrofes. A medida que avanzaba la tarde iba convenciéndome de que aquello era gravísimo y de que no tenía arreglo posible.

Toqué de un modo tan abominable que Damián me hizo un aparte ácido, de esos que reservaba para las grandes ocasiones. En condiciones normales sus diatribas me habrían hecho polvo, pero aquella noche me importaban un comino.

Me temblaba la voz cuando te pregunté, al salir, si te ibas directamente a casa. En efecto, estabas cansado para cualquier otra cosa, de modo que todavía me quedaban unas horas de tregua hasta que María te lo contara todo. Aún podía explicarme, o matarla, o tirarme al mar.

El regreso a casa fue siniestro. Tú atribuías mi crispación al modo espantoso en que había tocado e intentabas enterarte de lo que me

había dicho Damián, convencido de que la filípica del viejo organista era la causa de todo, mientras yo, histérico y bloqueado como nunca, buscaba el medio de acabar con aquella tortura de una maldita vez.

Como era de esperar, llegamos a tu casa sumergidos en el equívoco y así nos separamos. Todavía pude verte, antes de doblar la esquina, observándome desde la puerta, como dudando si debías dejarme marchar en aquel estado de ánimo.

Miré el reloj y comprobé que faltaban quince minutos para las diez. Si tomaba un taxi, tenía el tiempo justo para llegar a la calle Aribau antes de que cerrasen la portería. Todavía no tenía una idea muy clara de lo que le iba a decir a María, pero confiaba en que se me ocurriría algo. La cuestión era conseguir que ella aceptase guardar silencio sobre nuestro encuentro. La calle desierta de taxis me devolvió un atisbo de cordura. «Si la portería está cerrada», me dije, «me voy a casa». No encontré ningún taxi, corrí como un loco por media Barcelona y cuando llegué, congestionado y sin aliento, la puerta estaba cerrada, por supuesto; así que hubo que dar un buen número de palmadas hasta que se presentó el sereno. Como yo tenía bastante buen aspecto, se saltó la mayor parte del interrogatorio:

—Así que se ha dejado usted la llave.

Había que mentir lo menos posible porque, por algún medio inexplicable, que de seguro tenía mucho que ver con la ciencia infusa, los serenos solían conocer a los vecinos.

—No, yo no vivo aquí. Vengo a ver a una prima.

—¿En qué piso vive su prima? —preguntó, mientras metía la llave en la cerradura.

—El segundo —probé, ya con un hilo de voz.

—Ah, la señora Patricia —afirmó mientras clavaba en mi sombrero su mirada impasible de ángel custodio. Podía ser una trampa, seguía siendo preferible mentir lo menos posible:

—No. Voy a casa de la señorita María.

Acerté. El ceño del sereno se distendió como por encanto.

—Acabáramos —dijo, con una sonrisita de conmiseración—. Tercero segunda, caballero —me informó mientras me abría la puerta. Decididamente, la pobre María no debía de tener muy buena reputación.

Mi primer timbrazo fue discreto, pero como María no abría tuve que llamar otras dos veces. Por fin se descorrió el pequeño halo luminoso de la mirilla y una voz agria —la de María cuando se asustaba— preguntó:

—¿Quién es?

—Soy Guillermo.

—¿Guillermo…? ¿Qué Guillermo?

—Sí, Guillermo, el amigo de Sebastián.

Tras una larga pausa abrió la puerta y me hizo ademán de que pasara rápidamente.

—¡Válgame Dios! ¿Era usted el que hacía palmas al sereno hace un momento?

—Pues sí —contesté.

María resopló furiosa.

—¿Y le ha dicho dónde iba?

—Me temo que sí. En realidad, me lo ha preguntado.

—¡Pero hombre!, ¿cómo se le ha ocurrido? ¿No ve usted que están a la que salta?

—No sabe cuánto lo siento María. No creí que tuviese importancia. —No me costó ningún esfuerzo poner una cara de desolación bastante convincente.

María empezó a sonreír:

—¡Qué le vamos a hacer! Ya no tiene remedio. Pase, pase y siéntese. —Tomó mi sombrero y lo dejó, cuidadosamente, sobre el pequeño estante del recibidor—. No esperaba visitas; me coge usted de cualquier manera —me advirtió mientras se quitaba una bata de color indefinido y la tiraba con un rápido gesto sobre una silla.

—No sabe cuánto lo siento —repetí, sobre todo para ganar tiempo.

Llegados a este punto me di cuenta de que tenía la mente en blanco. Ella me miraba con aire interrogador mientras se palpaba suavemente los botones de la blusa como para cerciorarse de que estaban todos abotonados.

—¿No le habrá pasado nada a Sebastián? —preguntó al fin.

—No, en absoluto —respondí—. Bueno, ha tenido un cólico nefrítico pero ya está bien.

—¡Vaya! —exclamó—. ¿Y ya está bien?

—Sí, ya está perfectamente.

La interrogación de su gesto se acentuaba por momentos.

—Pues no sabía nada.

—Fue de pronto; estaba bien y de pronto…

Lamenté no tener a mano mi sombrero; habría podido darle unas cuantas docenas de vueltas.

—¿Quizá ha venido a traerme algún recado?

—No, a decir verdad no. Digamos que no vengo con un propósito definido.

—Ah… —contestó María con una sonrisa afiladísima que me aterrorizó—. ¿Y sabe Sebastián que ha venido usted? —me preguntó.

Aquello no podía ir peor. María, que en términos generales era una mujer muy sana, debía de creer que mi visita sólo podía tener el más definido de los propósitos, y aunque se equivocaba en lo esencial, lo cierto era que yo había ido en busca de su complicidad contra ti, tratando, en suma, de que algo te fuese ocultado. La idea me pareció de pronto absolutamente intolerable; sin reflexionarlo un momento respondí:

—Por supuesto.

El tono airado de mi réplica la convenció por completo.

—No se moleste usted, pero es que como Sebastián no me había dicho nada de que fuese usted a venir… Pero bueno, si le manda él…

Una parte de mí quiso salir corriendo, lo juro. A algunos hombres nos habita un gran corredor despavorido; esa especie de estupor

que mi hija ha identificado en mi nariz y que llama, muy socarronamente, «el perfil del cobarde».

—Pero quítese el abrigo —me pidió—, y vaya a sentarse allí. Tengo el brasero encendido. ¿Quiere un café con leche o quizá un poco de vino del que se toma Sebastián? Es muy bueno —me animó mientras me empujaba suavemente hasta la mesa camilla—. Es dulce; está bien para después de cenar. Porque habrá cenado, ¿verdad? —preguntó con maternal inquietud.

Sirvió dos vasos y los llenó hasta el borde del oporto que te mandaban desde Lisboa. Lo tomé entre ambas manos, como si fuera a calentármelas con él, y me dejé reconfortar por su aroma. María me miraba con aire inquisitivo.

—Así pues, ¿le manda Sebastián? —volvió a preguntar.

—No exactamente —contesté—. Pero sabe que he venido.

—Perdone que insista, pero por nada del mundo quisiera que Sebastián se enfadase conmigo.

En cierto sentido aquello era una forma de lealtad que se resumía en una disponibilidad absoluta. Por lo visto tú podías mandarle un sujeto y, en tal caso, lo único que había que aclarar era que, en efecto, fueras tú quien lo mandaba.

¡No te alarmes, Sebastián, no te alarmes! Me consta que nunca diste motivos para esa clase de obediencia y que la reacción de María sólo tenía que ver con la naturaleza de sus recuerdos profesionales. Pero, en cualquier caso, resultaba bastante conmovedora y la relevaba automáticamente del cenagoso deber de intentar gustarme.

Con enorme eficacia, María fue en mi busca a una velocidad vertiginosa y yo acabé por sentirme a su merced, pese a que no la deseaba en absoluto. Una fuerza irresistible me impulsaba a deslizarme por aquella pendiente, a la vez que todo el distanciamiento de que yo era capaz ponía en fuga a los fantasmas. Los escasos temores que habían sobrevivido a esa extraña catarsis, se esfumaron dejando tan sólo una leve resonancia, una ligerísima ansiedad indefinida. Hasta su perfume, barato y dulzón, que tenía

por fuerza que serme desconocido, entraba en mí con el vigor de un recuerdo que se abre paso desde muy lejos. Inmóvil, la dejé hacer, abandonándome por completo a su vieja sabiduría, confiado y sumiso, porque, a pesar de todo, me sentía absolutamente solo; o mejor dicho, a solas, perdido en ese extraño cuerpo feliz que ya no era el mío por mucho que tuviese los límites precisos de mi piel. María no miraba, no juzgaba, no existía: se diluía en el resto de aquella casa que, sigilosamente, se había cerrado sobre mí como una valva. Por eso apenas pude reconocer su voz cuando de improviso sugirió:

—Si quieres te pongo la música.

Asentí sin tener una idea clara de la clase de juego que me proponía, pero al cabo de un instante llegaba hasta mí la voz andrógina de una mezzosoprano: Isolda penetraba en la alcoba por la oscura boca de un viejo gramófono y traía consigo tu presencia. La muerte de amor de Isolda era tu pieza favorita y sin duda la habías dejado allí para que atenuase un poco la descarnada funcionalidad de aquellos encuentros. Fue como si un chorro de luz, venido del fondo del gramófono, proyectase tu sombra sobre el suelo.

Y entonces lo entendí. ¿Qué otra explicación hubiera cabido? Yo había ido hasta aquella casa en tu busca, porque era lo único que podía hacer, porque desde hacía demasiado tiempo intentaba, sin saberlo, una forma de aproximación física que no fuese completamente deshonrosa; y por fin había llegado hasta María, a pesar de que era tuya, precisamente porque era tuya.

No se trataba sólo del hecho —divertido y vergonzoso a la vez— de que compartiésemos una misma mujer; también cumplíamos un rito. María era un vehículo, una puerta abierta sobre nuestra intimidad. Y no precisamente —como decías tú— a causa de su talento para promover la comunión de bacterias.

Lo que más me complacía era llegar inmediatamente después de que tú te hubieses ido, reconocer tus huellas en su cuerpo, imaginarlas u olerías. Por eso, los días en que visitabas a María —de

un modo u otro, siempre lo sabía, la mayor parte de las veces porque tú mismo me lo advertías—, en lugar de irme a casa, me sentaba en la horchatería y en cuanto te veía salir, subía yo. María se reía:

—¡No me digas que no, vosotros os ponéis de acuerdo!

Yo me hacía el loco y le juraba que no, que era pura casualidad; y ella, que había entendido el juego en su mayor parte, me ilustraba con toda clase de detalles. Por ella supe de qué forma y hasta qué punto te habías estropeado en París.

—Mira —le dije—, tiene sus ventajas; así no hace falta preservativo.

María me miraba y se reía. ¡Cómo se reía! Pero a mí me daba igual; siempre conté con su complicidad. Siento una enorme gratitud hacia esa mujer que me permitía —a mí también— ser olvidadizo con los preservativos, porque estoy casi seguro de que no lo hacía sólo por el dinero, sino también por cariño y, en cierto sentido, por piedad. No cabe duda de que se había dado perfecta cuenta de que yo buscaba tus restos en su cuerpo, mientras seguía el itinerario que ella me describía, tan morosamente, con una voz lenta y quejumbrosa, hasta que me ardía la sangre en las venas de tal modo que ya no sabía ni quién era ni con quién estaba.

Muchas veces quise saber si contigo hacía otro tanto; pero nunca me atreví a preguntárselo por miedo a que me dijera que no. Era para ti para quien yo dejaba olvidado mi pañuelo, mi bolígrafo, una partitura, un cordón de zapato. Hoy quiero creer que recibiste mis mensajes sabiendo lo que eran.

Pero en fin, en cualquier caso, fue divertido, ¡muy divertido! Sobre todo al día siguiente de aquella primera noche, en tu casa, pálido como un muerto, mientras tú preguntabas entre carcajadas:

—Por el amor de Dios, Guillermo, ¿pero a ti te gusta esa mujer?

Y de ese modo María, tu María, en adelante nuestra María, entraba a formar parte de la vida cotidiana.

La presencia de Leonor, en cambio, prometía ser mucho más inquietante porque, a diferencia de María, que siempre se reía, Leonor gozaba en su papel de omnipresente esposa despechada.

Yo estaba dispuesto a lo que fuera para resarcirla de aquel matrimonio absurdo y creo que hice todo lo posible por hacérselo notar, pero ella se empeñó en no dejarme la más mínima escapatoria.

Su actitud era casi patética. Todavía recuerdo que tras una apacible comida en la que yo me había mostrado solícito hasta el servilismo, Leonor había prorrumpido en sollozos, de improviso y sin mediar palabra. Yo sabía que era inútil seguir eludiendo la cuestión; estaba claro, además, que mi silencio la exasperaba, pero no podía hacer otra cosa. Leonor me daba miedo; estaba casi seguro de que si me sinceraba con ella todo lo que dijera sería usado contra mí. Y por más que ensayaba y ensayaba mi discurso, no conseguía decidirme a hablar con claridad.

«Tú no me quieres» fue el estribillo perpetuo de aquella luna de miel de pesadilla. Al final de la primera semana me temblaban las manos casi continuamente.

Josep y Catalina, con la mejor intención del mundo, hacían verdaderos esfuerzos por volverse invisibles, lo cual producía el indeseable efecto de poner aún más en evidencia la situación. ¿O debo decir mi situación? Creo que tuve la crisis de impotencia más pertinaz de mi vida. Cuanto más claro estaba lo que había que hacer, menos me respondía el cuerpo.

Una tarde, al volver del pajar en el que me había refugiado un rato para leer, me encontré a Leonor sentada en una gran piedra, junto al pozo, sumida en un extraño movimiento de cabeza que

recordaba vagamente al que repiten, a veces durante horas, ciertos deficientes mentales. Me senté a su lado y, apretando con fuerza sus manos entre las mías, le susurré:

—Por favor, Leonor, no me tortures más. Te aseguro que estoy en ello.

Se volvió lentamente hacia mí y con una voz grave que yo no le conocía preguntó:

—¿Qué quiere decir que estás en ello?

Su mirada reflejaba un desprecio tan nítido que tuve que bajar la vista. Decididamente no podía esperar ninguna clase de clemencia. Tras aquella aparente fragilidad, había una mujer investida del rigor de los justos, de la implacable firmeza de los que tienen la razón a los ojos del mundo se mire desde el punto de vista que se mire. De pronto creí comprender que Leonor no esperaba de mí la satisfacción física del deseo o del amor, sino que se sentía defraudada en su legítima expectativa de ver cumplido el débito conyugal.

¡Oh, Dios!, cómo la odié entonces, rojo de cólera y de vergüenza, mientras ella preguntaba a voz en grito:

—¿Y cómo piensas explicar que yo esté todavía así?

Por lo visto no había bastado con sufrirlo; además iba a tener que explicarlo. Por un momento pasó por mi mente la imagen de mi padre, sentado en su estudio, mirándome con los ojos de Leonor, y sentí que iba a echarme a llorar delante de aquella arpía; de modo que la tomé por la muñeca y, prácticamente a rastras, la metí en la casa y la llevé hasta la alcoba.

—Desnúdate —le ordené.

A veces pienso que si Leonor hubiera tenido un gesto de debilidad, un solo y pequeño gesto de debilidad, yo habría recuperado la cordura y habría conseguido recordar, en ese momento crucial de su vida, que no tenía más que dieciocho años. Sin duda hubiera podido reconocer mi propio miedo en su miedo de niña. Pero Leonor se mantuvo firme en el desafío, los ojos fijos en mí y aquel desprecio sin límites.

Por segunda vez le ordené que se desnudara y ella, tras una pequeña vacilación, empezó a reír, primero un poco, después a carcajadas. Hasta ese momento, en mi fuero interno todavía albergaba muchas dudas sobre si me sería posible hacerlo, pero aquella risa las disipó por completo. Desgraciadamente, no fui capaz de reconocer mi risa de la primera noche, el pánico atroz que la desencadenaba: fui tan torpe que creí que se reía de mí.

Era necesario que creyese semejante majadería para poder odiarla hasta el fondo, para perderle completamente el respeto. ¿De qué otra forma, si no, puede un hombre hacerle tanto daño a una chiquilla cuando ni tan sólo la desea?

Daría cualquier cosa por haber olvidado lo que siguió, del mismo modo que, con el tiempo, olvidé su rostro, su figura y sus trajes; sin embargo, veinte años después todavía recuerdo que, cuando todo hubo pasado, ni siquiera me atrevía a levantar la cara de la almohada, mientras sentía su pequeño cuerpo tembloroso debajo del mío, estremeciéndose como si tuviera frío.

Quizá parezca que trato de justificarme, pero lo cierto es que aquella tarde fue la réplica concreta de una pesadilla que me ha atenazado desde la adolescencia. Creo que alguna vez te he hablado de ella: gira en torno a la idea de que es el propio temor a que se produzca un determinado acontecimiento lo que acaba por desencadenarlo. En el sueño, a veces estoy sentado en una cornisa y me aterroriza tanto caer que me levanto y, en el afán de ponerme a salvo, me precipito en el vacío; o bien quiero pasar desapercibido entre una multitud hostil y, al intentar ocultarme, provoco alguna clase de altercado y todas las miradas convergen de pronto en mí. Se presenta de muchas formas distintas pero, en esencia, se trata siempre del mismo sueño angustioso. Pues bien, eso fue exactamente lo que me ocurrió con Leonor durante la luna de miel. A mis personales dificultades, vino a sumarse un miedo cerval a hacerle daño, o a la responsabilidad de haberle hecho daño, que para el caso es lo mismo; y, por lo visto, entre el miedo y la

impotencia sólo existe una pequeña distancia, como entre el sueño y la vigilia.

Durante el noviazgo no había pensado en ello, o para decirlo con toda franqueza, ni siquiera se me había ocurrido; pero su imagen, tan bella y frágil durante la ceremonia de la boda, me puso ante la evidencia de que todo aquello era real, de que realmente me casaba con una muchacha. Como su padre ya había muerto, la vi avanzar del brazo de su hermano, radiante; ¡y me pareció tan absurdamente feliz! Nada más sentir la presión de su mano en mi brazo ante el altar, comprendí que si un milagro no lo había remediado ya (y por desgracia no parecía probable), nada me salvaría del dudoso privilegio de desvelarle el sexo y el amor. De modo que mientras ella me sonreía emocionada, impecable en su vestido de novia, un escalofrío me recorrió la espalda y el miedo estalló como una fruta madura.

Ocurre a veces que el cuerpo obedece aunque para ello haya de ponerse fuera de nuestro control. En esos momentos, por suerte no demasiado frecuentes, de mi vida, siempre envidio el hacer pasivo de las mujeres, que pueden, si las circunstancias lo exigen, alejar su espíritu o prestarlo, únicamente, al malicioso placer de la pantomima. Nosotros, en cambio, tenemos que implicar parte del alma en cada encuentro, en todos y cada uno de ellos, porque el deseo es sencillamente insustituible. Como no podía desear el cuerpo virginalmente aterrador de Leonor, tuve que desear restituirle la humillación que me infligía el mundo a través de ella. Así fue como después de tanto escrúpulo, para recobrar el dominio de mi cuerpo a la postre obediente, acabé por conjurar el miedo con el odio y la violencia, protagonizando una escena que nunca hasta hoy me había atrevido a contar a nadie.

Y para que la paradoja fuera completa, para que no faltase nada, cuando después de arrancarle la ropa y tomarla con la energía de un animal, conseguí levantar la cara de la almohada y girar sobre ella como si fuera la página de un libro que se vuelve, ni siquiera encontré el consuelo de una expiación; no hubo gritos, ni llantos, ni

amenazas. Leonor se limitó a mirar incrédula y horrorizada las manchas de sangre que empezaban en mí y acababan en la colcha y se mordió el labio inferior mientras buscaba con la mirada algo para limpiarlas. Por fin alcanzó un pañuelo que había sobre la mesilla de noche y me lo tendió con un gesto de desconcierto, tan absurdo, que se me hundió en el alma como si fuera una aguja larga y helada. Fue como estar instalado en el centro justo de la horrible pesadilla: ¡ella quería limpiarme, a mí, de los vergonzosos restos de su fisiología! Aceptaba humildemente su derrota, del mismo modo que, desde la niñez, había aceptado que su cuerpo era impuro y estaba manchado por un pecado original inexplicable. Era evidente que sólo me atribuía una pequeña parte de responsabilidad; desde su punto de vista, lo verdaderamente asqueroso era la naturaleza. Posiblemente fue entonces cuando me convertí en su enemigo, pero no a causa de mi violencia o de mi frialdad, sino a causa de mi condición de hombre.

—Lo mejor será ducharse, ¿no crees? —le contesté tomando el pañuelo que me tendía y dejándolo sobre la almohada—. Anda, ve tú primero —le sugerí tendiéndole mi batín.

Tengo que reconocer que al verla tan diminuta dentro del batín tuve algo muy parecido a un presentimiento, pero el rumor del agua en la bañera lo disipó inmediatamente. Después de todo, sólo tenía dieciocho años; su vida estaba enteramente por hacer. A buen seguro, llegaría algún otro, fuerte y feliz, que se ocuparía algún día de limpiar a fondo sus recuerdos y, en cualquier caso, yo podía intentarlo. Tenía toda la vida para volver a intentarlo.

Es difícil creer hasta qué punto fui capaz de perdonarme contando con la complicidad del destino. Nuestra capacidad de optimismo es ilimitada cuando se trata de diferir en abstracto la propia responsabilidad. Y sin embargo, ¡qué poco fundamento tiene esa actitud!; la mayor parte de las veces que el destino nos hace sentir su presencia ya es demasiado tarde, porque se ha transformado en fatalidad.

Me costó bastante habituarme a mi nueva casa, aunque Leonor hizo cuanto pudo por que resultase perfecta. No parecía tener interés en nada más y era infatigable; podía permanecer horas y horas reflexionando sobre la conveniencia de tapizar un sillón en ocre o en azul. Pero hay que reconocer que tenía un sentido innato del orden y la proporción. Nuestra casa era una especie de composición coral en perfecto equilibrio. Su habitación y la mía eran casi gemelas, la una frente a la otra, excepto por la luz.

Por mi parte, yo la estimulaba cuanto podía para que perdiera el tiempo en continuas matizaciones sobre una primera variación, de manera que el trasiego de muebles era casi permanente.

Ya sé que pensarás que ésa era una forma como otra cualquiera de quitármela de encima, pero te equivocas. Lo que yo pretendía era que se distrajese. Además, en realidad, Leonor no me molestaba en lo más mínimo. Desde la luna de miel, su actitud hacia mí había cambiado por completo. De no ser por mi mala conciencia, la situación me habría parecido perfecta. No sólo había cesado toda recriminación sobre la naturaleza de mi afecto, sino que incluso llegué a tener la sensación de que intentaba pasar desapercibida. Yo podía salir y entrar con entera libertad; no me hacía ninguna pregunta. Así que continué visitando a María sin mayores dificultades.

Y sin embargo, lejos de sentirme aliviado, su actitud me perturbaba mucho. En primer lugar temía que se aburriese; ya sabes que yo no solía comer en casa. Además, mi padre nos había mandado a Ramona, y como era tan vieja e intratable, Leonor no se atrevía a quitarle el timón del hogar, de forma que, por mucho que inventase —y sabe Dios que las mujeres son grandes inventoras de

quehaceres interminables—, se pasaba la mayor parte del día mano sobre mano. Con sus amigas, compañeras de colegio casi todas ellas, apenas mantenía relación. Así pues, yo tenía que haber sido, para bien o para mal, la principal de sus distracciones y sin embargo no lo era en absoluto.

Durante las dos primeras semanas, a nuestro regreso de Rupià, la llevé a menudo a cenar. En un par de ocasiones, aprovechando la temporada, fuimos al Liceo. Ella sonreía, pero su sonrisa resultaba un tanto impenetrable, sobre todo porque siempre estaba allí, como pintada en su boca.

No me costó mucho esfuerzo llegar a la conclusión de que su entusiasmo por la vida mundana no era lo que se dice desbordante. Por otra parte, como a mí me fatigaba llevar en solitario el peso de la conversación, acabé pensando que lo mejor era esperar a que Leonor se decidiese a señalar alguna exigencia, alguna inclinación, para apresurarme a satisfacerla.

Esperé en vano; no parecía desear nada en particular. Quizá ése era el aspecto más inquietante de su personalidad. Leonor me producía el efecto de una gran sima, profunda y vacía, y eso me daba un poco de vértigo. Yo buscaba en ella los indicios de la tristeza, o de la decepción, o por lo menos del aburrimiento, pero inútilmente. Ni siquiera parecía extrañar su hogar.

Mis intentos por interesarla en el ajedrez no fueron menos infructuosos; Leonor no podía disimular la alegría que le producía perder.

—¡Vaya por Dios! —se lamentaba con un desconsuelo de opereta, mientras recogía las piezas con asombrosa velocidad, no fuera el caso que me diera por empezar otra partida.

Como mi objetivo no era fastidiarla sino distraerla, acabé dándome por vencido:

—Preciosa mía —le dije por fin—, desde luego, lo tuyo no es el ajedrez.

—No —me contestó—, desde luego.

No pude dejar de notar su falta de rebeldía y de amor propio. Después de todo, la descalificación para el ajedrez no es una descalificación cualquiera. Era evidente que a Leonor no le preocupaban, ni mucho ni poco, mis opiniones sobre ella.

Y yo tampoco estaba dispuesto a preocuparme innecesariamente; no me hubiera atrevido a asegurar que Leonor se encontraba a gusto en aquella casa, pero tampoco parecía infeliz.

Una noche, al pasar por delante de la puerta de su cuarto noté que la luz estaba encendida. Me sorprendió porque Leonor solía acostarse mucho antes que yo. Pensé que quizá se encontraba mal, así que llamé con los nudillos. Nadie contestó.

—Leonor, ¿estás bien, cariño? —pregunté desde la puerta. Y entonces sonó un considerable estruendo metálico en el interior.

La llamé bastante más alarmado; como no contestaba, abrí y entré.

Estaba sentada tras la pequeña mesa camilla que había junto al ventanal, y trataba de ocultar alguna cosa en el regazo, bajo un trapo.

—¿Te pasa algo? —le pregunté.

—No —me contestó con su sonrisa impenetrable.

—He oído un ruido. Como si se hubiera caído alguna cosa.

Su sonrisa iba perdiendo frescura, se acartonaba. Avancé hacia la mesa camilla. No podía resistir la curiosidad; era la primera vez que le descubría alguna clase de reserva.

—¿Qué tienes ahí? —pregunté señalando el trapo azul bajo el que había algo de considerables dimensiones.

Hizo un gesto indefinido con la mano.

Suavemente alcancé el trapo con la punta de los dedos y lo levanté. En su regazo apareció parte de una cubertería de plata que nos había regalado mi tío Eduardo. Aquello era completamente incomprensible.

—Pero ¿qué haces, Leonor?

—Estaba limpiándolos —contestó al fin.

—¿Limpias aquí los cubiertos? —le pregunté, haciendo esfuerzos para no echarme a reír—. ¿Y puede saberse por qué limpias los cubiertos en tu cuarto, a las once de la noche?

Miró hacia la puerta, como si quisiera cerciorarse de que estábamos solos, y finalmente contestó, muy bajito:

—¡Es una tontería! Ramona no quiere que se limpie la plata si no ha de usarse. Dice que se gasta.

La sonrisa se me borró de golpe. Leonor debió de notar el cambio de mi expresión y pensó que me enfadaba. Se mordió el labio inferior y añadió:

—Pero si no se limpia, se pone negra. Además, la plata no se gasta por mucho que se limpie —refunfuñó mientras pasaba suavemente su dedo índice por el mango de un cuchillo.

Por lo visto se escondía en su cuarto, por la noche, para limpiar con bicarbonato unos cubiertos de plata reluciente, porque la vieja bruja de Ramona la intimidaba.

¡Qué espantosa debía de ser su soledad! Y qué imperdonable mi estupidez. Leonor no tenía ni un solo aliado en aquella casa en la que nada le pertenecía. Si yo la hubiese amado, ella habría podido hacer valer sus derechos y sus prerrogativas frente a todos; se hubiera sentido respaldada y fuerte. Pero aquella apariencia de matrimonio la había convertido en una especie de usurpadora. Debía de temer que, en cualquier momento, los demás descubrirían que se hacía pasar por la esposa de Guillermo India.

Me arrodillé a su lado y muy suavemente le dije:

—Leonor, todo esto es tuyo. Puedes hacer lo que quieras con ello; es tuyo.

Pareció tranquilizarse un poco y añadió con una sonrisa:

—Pero no te vayas a pensar que me paso la vida limpiándola, ¿eh?

Las palabras no tenían objeto. Como a todas las mujeres de su época, sólo el amor podía restituirle una esfera real de poder. No en vano había ido a la escuela a aprender vidas de santos y costura. Entonces, bien pocas llegaban a tener una profesión que les

proporcionase cierta autosuficiencia; incluso aquellas que contaban con un patrimonio, perdían la capacidad de disponer de él al casarse. Todo cuanto eran u obtenían lo debían a la intermediación del amor.

Alcancé su mano; era pequeña y blanca, tan distinta de la mía, y besé suavemente la punta de sus dedos. Me miró sin comprender muy bien el significado de aquel gesto. Lentamente me acerqué a su cuello y lo rocé apenas con los labios. Leonor se levantó como impulsada por un resorte. Los cubiertos cayeron al suelo.

Era evidente que no iba a resultarme fácil.

Me incorporé frente a ella, intentando sonreír.

—¿Me dejas que me quede? —pregunté.

—¿Hoy? —contestó con la misma expresión de incredulidad que habría puesto si le hubiese pedido que atravesara a nado el Canal de la Mancha. Hice una mueca indefinida, de esas que pueden significar cualquier cosa—. Tenías que habérmelo dicho —añadió.

En aquel momento me resultaba francamente simpática. Encontraba bastante conmovedor que no se le ocurriese ninguna otra excusa.

—¿Te parece que hace falta un preaviso? —le pregunté.

—No. Pero hoy hubieras debido avisarme.

Decididamente, aquello iba a resultar muy difícil.

—Muy bien, mi amor. En otra ocasión —contesté.

No quería despedirme con frialdad, así que me acerqué a ella y le besé ligeramente los labios. Se sentía tan aliviada, que correspondió a mi beso y me sonrió de una forma nueva, más auténtica.

Aquella noche en que los cubiertos cayeron al suelo y Leonor me obsequió con una sonrisa inusualmente flexible, constituye un punto y aparte en el curso de los acontecimientos; pero yo no me di cuenta de ello hasta algunos días después.

Nuestra vida en común había sufrido una brusca inflexión: por una vez, había conseguido asomarme al vacío interior de Leonor, a esa especie de vía muerta y solitaria en la que vivía, y mi inquietud se había transformado en desasosiego. Tal como me ocurrió durante la noche de bodas, sentía una necesidad, casi física, de encontrar un camino hacia ella, porque no podía tolerar la imagen de mí mismo que me devolvía su carita inexpresiva, tan anestesiada por la ausencia.

Así que emprendí una búsqueda frenética y a la vez cautelosa, porque ya no me podía permitir un solo error más.

Permanecí horas enteras en su compañía. Al principio hablaba y hablaba. Después, comprendiendo que las palabras nunca serían un puente entre nosotros, me instalé en el silencio de los gestos. El resultado fue aún más desalentador: decididamente, a Leonor la asustaba el contacto físico; la caricia más limpia e inocente la ponía inmediatamente a la defensiva. Le compré regalos, le propuse viajes, y ella lo aceptó todo con impecable cortesía. Sin embargo, yo estaba persuadido de que acabaría por encontrar una puerta, un pequeño resquicio por el que penetrar en aquel recinto triste y estanco.

Y un día, por casualidad, hallé un motivo para creer que el milagro se había producido.

Había descuidado los ensayos, como de costumbre, y estaba muy lejos de encontrarme en un estado de concentración medianamente aceptable, de modo que no deberían haberme sorprendido las

críticas de nuestro debut en el Palau. Pero me cogieron desprevenido o quizá fueron demasiado crueles. Todavía se me anuda la garganta cuando pienso en ellas: «… Excelente interpretación de D. Damián Alert… Renovada visión muy sugerente, a pesar del violín de D. Guillermo India».

Yo sabía que no me habían salido bien las cosas, pero confiaba en haber estado por lo menos pasable. Después de todo, no es cierto que yo sea un mal violinista, solamente soy mediocre. Y, para colmo, Damián, que como sabes tenía una especial inclinación por la crueldad, decidió escoger aquella ocasión para mostrarse compasivo y me llamó a casa nada más leer las críticas. Era tan feliz que hasta lamentaba —él, que siempre tenía la razón a toda costa— que los hechos corroborasen sus opiniones acerca de mis facultades. ¡Dios nos libre de los hombres felices, Sebastián!

Leonor me vio colgar el teléfono y correr a refugiarme en mi cuarto.

En un primer momento, al oír su llamada en la puerta, pensé que lo único que me faltaba era la compañía de Leonor; pero como había hecho tantos esfuerzos para aproximarme a ella, decidí dominarme y la invité a pasar.

Recuerdo que llevaba puesto un largo mandil azul, las manos en los bolsillos.

—¿Era Damián? —preguntó al fin.

—Sí.

—¿Y qué quería?

Sonreí lo mejor que pude.

—Nada. Decirme que no me preocupe, me parece.

—¿Nada más?

—Solamente —contesté.

Su mirada repasaba atentamente los vértices del marco del espejo, pero, por una vez, no hizo comentario alguno sobre la tenacidad del polvo.

—¿Te apetece que vayamos a comer fuera? —preguntó.

—No te preocupes por mí, Leonor —le contesté—. Las malas críticas sólo les duelen a los buenos músicos.

Una de las poquísimas ventajas de conversar con Leonor consistía en que podían decirse tonterías con absoluta impunidad.

—¿Por qué dices eso? —me preguntó—. Tú tocas muy bien. No se puede estar a expensas de lo que diga el primero que llega.

Avancé hacia ella y la tomé por la cintura:

—Verás, mi amor: no es el primero que llega, es un crítico reputado.

—¿Y qué? Me gustaría saber cómo toca él.

—Él no toca, mi vida; él hace críticas.

—Menudo oficio —contestó.

Pensé que si mi madre no hubiera muerto mucho antes de que yo fuera capaz de recordar cualquier pequeño detalle sobre ella, sin duda la hubiera reconocido en la actitud de Leonor. Siempre he imaginado que el consuelo materno debe ser así, un poco estúpido pero incondicional, básicamente ineficaz pero con un indudable efecto sedante.

Mi deber era tranquilizarla; decirle que solamente estaba furioso por el ridículo que había hecho, que desde hacía mucho tiempo ya no me hacía ilusiones, que sabía que mi nombre no ocuparía jamás una franja de veinte centímetros en un cartel, y que esa convicción había acabado por desinteresarme en la tentativa. Debí decirle, en fin, que a aquellas alturas mi oficio de músico era, ante todo, un pretexto para eludir la obligación de dedicarme a cualquier otra cosa más desagradable y absorbente; pero no lo hice porque intuí que no volvería a presentársele con facilidad una ocasión como aquélla. Leonor, víctima del más arraigado de los instintos femeninos, por una vez parecía dispuesta a acunarme un poco. Me sorprendía que no se me hubiera ocurrido antes. No existe camino más directo al corazón de una mujer; ninguna otra llamada llega con más fuerza a esa suma perfecta de piadosos impulsos glandulares. En fin, nada como el desvalimiento. Así que decidí mostrarme desvalido hasta el fondo. Entorné los ojos, a la manera doliente y sofisticadísima de

Lawrence Olivier, y me dirigí a la ventana con el solo propósito de apoyar la frente en el cristal. Para acabar de componer la imagen de la desesperación, lo golpeé varias veces —muy suavemente— con la frente y, en un rápido gesto, me mesé el cabello con la mano derecha, dejando la cabeza peligrosamente vencida hacia atrás, como si tuviera intención de descargarla con todo su peso sobre el cristal.

Leonor corrió hacia mí y me apartó de la ventana. Entonces me encorvé lo necesario como para hundir mi cara en su pecho y ella me acarició dulcemente los cabellos. A decir verdad, me sentía un poco innoble, sobre todo porque aquello empezaba a divertirme.

En el colmo de la sobreactuación, fingí un amago de sollozo y, para asegurar mi victoria, la aparté y me tendí sobre la cama, tapándome la cara con ambas manos. La pequeña Leonor fue a mi encuentro y se sentó a mi lado intentando separarme las manos de la cara.

—¡Vamos, Guillermo! —me decía—. ¡Que me asustas!

Su ansiedad, fragmentada en notas diminutas, llenaba de matices el timbre anodino de su voz.

Cuando sentí que la ternura me había abierto paso, busqué su boca con una suavidad diabólica y finalmente la besé convencido de que se había descorrido el último cerrojo. Estaba dispuesto a ganar su piel desnuda centímetro a centímetro si era necesario y seguramente lo habría logrado si la fatalidad no hubiera jugado contra mí. Pero de pronto irrumpió, como un aguacero en mitad de una tarde de verano, el primer signo de este derrotero insólito que ha sido mi vida.

—Guillermo…

Yo quería impedir a toda costa que se negara, así que tomé la delantera:

—No me digas que no, por favor. Lo necesito.

—Es que no sé si me conviene —contestó en un hilo de voz.

Aquella frase, tan claramente fuera de lugar, me desconcertó un poco, pero no supe adivinar lo que significaba.

—Confía en mí, Leonor, no tengas miedo.

Yo seguía luchando con su ropa, reconfortado por su inmovilidad, todavía seguro de mi éxito.

—No, Guillermo, no. Estoy embarazada y tengo miedo de que le perjudique al niño.

Por suerte, no me atreví a mirarla. Me quedé como escondido en la curva de su hombro.

—Iba a decírtelo esta noche —añadió.

No sé muy bien cuánto tiempo estuve así, inmóvil, agarrado a ella como un sonámbulo. Las preguntas se me amontonaban en la cabeza, pero no conseguía articular palabra. Y por fin, la más inevitable de todas, que rasgó el silencio como un latigazo:

—¿No estás contento?

Me pareció que muy lejos, en mi interior, otro contestaba por mí con una voz sofocada y lenta:

—Claro que sí.

—Pues no lo parece.

—Es la sorpresa. ¿Y tú? ¿Estás contenta?

—Sí, claro, si tú lo estás… —me respondió.

Quizá, después de todo, no fuera yo el más aterrorizado de los dos.

En descargo de la especie humana hay que decir que la mayor parte de nosotros hacemos a nuestros hijos con inocencia, sin premeditación. Los hijos surgen del azar o del deseo en medio de un estupor definitivo. La propia naturaleza lo ha previsto así, posiblemente a sabiendas de que sus criaturas no eran tan monstruosas como para desear perpetuarse a secas. Pero como entre los hombres nada es unánime, ni siquiera el libre discurrir de los instintos, existen sujetos —por suerte pocos— que llegan a la paternidad de un modo genuinamente doloso. El deseo de un «heredero» al que mirar o en el que mirarse es, en mi opinión, una perversidad escandalosa, la única —me temo— de la que de ningún modo tendré que responder. Nunca quise ser padre, ni entonces, ni ahora; lo fui a mi pesar. Y además me las he arreglado bastante bien para serlo lo menos posible, o quizá, para no serlo en absoluto.

Pero entonces todavía no había tenido oportunidad de comprobar mi portentosa habilidad para la huida, de forma que el anuncio de mi próxima paternidad me creó la sensación de haber sido lazado como un carnero.

Al principio lo viví como una amenaza abstracta, casi remota. Durante la cena pensaba que aquello estaba allí, comiendo como yo mismo, sumergido en Dios sabe qué clase de humores. Pero como no podía verlo y me resistía ferozmente a imaginarlo, acababa por sobreponerme a su presencia inmaterial de cosa ciega y resbaladiza. Estaba y no estaba, y eso era muy perturbador pero a la vez me hacía concebir esperanzas; siempre cabía la posibilidad de que tuviera el buen gusto de malograrse. Después de todo, si a mí me hubiera sido posible escoger en el vientre de mi madre, yo habría escogido sin dudar el camino del sumidero más próximo.

Pero como no nos es dado elegir, seguimos cenando juntos día tras día, semana tras semana, hasta que empezó a volverse evidente, mientras la ropa de Leonor era cada vez más amplia y yo perdía completamente el apetito.

En fin, que la vida doméstica tomó un cariz siniestro y yo, por toda reacción, por toda réplica, multipliqué mi dedicación profesional por dos, mi vida social por tres, y mi discutidísima afición al callejeo por cuatro o por cinco, con lo cual pasaba por casa únicamente para dormir. Pero, a pesar de mis esfuerzos, era extraño el día en que conseguía eludirlos; me salían al paso en el recibidor, por el pasillo, confundidos el uno en el otro, y entonces, inevitablemente, hacía el ademán de aflojarme un poco el nudo de la corbata. Por suerte era un gesto poco elocuente en sí mismo y yo diría que su significado real pasó desapercibido para todo el mundo, como desapercibida pasó la profunda depresión que me produjo el embarazo de Leonor.

Finalmente, como las desgracias siempre sobrevienen a racimos, en oleadas, mi primo Eduardo, que por alguna razón inconfesable había sido destinado a Barcelona, se instaló provisionalmente en casa, a la vez que mis cuñados multiplicaban su solicitud hacia Leonor infligiéndonos continuas visitas e innumerables invitaciones.

A finales del mes de junio mi malestar había trascendido lo puramente intelectual: tenía enormes dificultades para conciliar el sueño y mis digestiones ya no eran aquel proceso sigiloso e indoloro de antaño. En suma, me adelgacé tanto que el embarazo de Leonor empezó a perder la cabecera de cartel. Hasta mi padre —que de ordinario no sólo no me hablaba sino que yo creo que tampoco me veía— reparó de pronto en lo ancho que me venía el cuello de la camisa y me mandó a su médico, un anciano muy amable, aunque extraordinariamente aficionado al bicarbonato.

Por último, me desmayé en casa de mi cuñado Alberto un domingo a los postres; y al despertarme en sus gruesos brazos de rufián, que me sacudían entre efluvios de una loción de afeitado insoportable, no pude más y me eché a llorar como el niño acosado que era.

Nunca quise ser padre y, lo que es más definitivo aún, jamás me resigné a serlo. Pero lo verdaderamente paradójico era que no podía responsabilizar a Leonor de aquella infamia, ni siquiera haciendo acopio de toda mi mala voluntad. Ella tenía la boca desfigurada por la fatiga, los labios demasiado hinchados para ser culpable de nada. Yo, y sólo yo, era el autor de aquel minuto de cólera y abandono, y ahora tendría que pasar a engrosar de por vida la lista de los honorables verdugos; tendría que caer sobre una pequeña conciencia limpia, o salvaje, o por lo menos informe todavía y filtrarme por todos sus intersticios como una pasta sucia y grasienta. Y, a cambio de esa desfiguración, mi hijo me haría habitar sus sueños, me travestiría en héroe de un cuento ominoso, del que sería expulsado justo cuando fuera demasiado tarde, cuando mi huella hubiera quedado indeleblemente grabada en su imaginación y en sus posibilidades. Y ella, ella sería la infeliz embaucadora, la gran embustera, la encargada de vencerle del todo a cambio de un montón de baratijas sentimentales; la que, un día como cualquier otro, devoraría su postrera rebeldía de hombre a medio hacer. No existe relación de poder más tenebrosa, guerra más sucia, que esa que se libra contra los hijos en nombre del amor.

Pero no había escapatoria, porque en aquella época los niños nacían irremediablemente, y todas las lágrimas del mundo no podrían rescatar al mío de su destino; de forma que hubiera sido preferible no perder la compostura ante mis cuñados, que paladearon el espectáculo con verdadero regocijo mientras me hacían tragar la humillación en una cucharada sopera de Agua del Carmen.

Y en esta secuencia de horrores interminable llegó el mes de julio de 1953.

El calor era tan asfixiante que parecía haber aumentado el peso de los objetos, la densidad del aire. La luz se había adueñado de la calle de una forma rabiosamente meridional; se filtraba por todas partes y se clavaba en el fondo de los ojos como un alambre.

Leonor lo pasó muy mal; incluso el verano parecía haberse conjurado contra ella. Me instalé en su cuarto. Por las noches la abanicaba hasta que se dormía, por fin, en la tregua breve del alba. Apenas hablábamos; con los ojos cerrados escuchábamos durante horas el aleteo continuo del abanico en el silencio interminable.

Durante aquellas dos semanas escasas, el tiempo sucumbió a la lógica de la espera y se convirtió en un todo indivisible, sofocante y vacío.

Leonor no quería levantarse, ni siquiera para comer; quizá porque tampoco quería comer. Sólo tenía sed, una sed frenética que daba miedo.

El día 13 de julio llegó Clara, mi cuñada, con una exigua maleta y una enorme cantidad de energía. Nos hizo pasear por el pasillo durante un buen rato y revisar, por centésima vez, la bolsa de cuero claro que llevaba preparada más de tres semanas. Todo parecía a punto, en calma, inofensivo.

Alrededor de las once de la noche Leonor empezó a encontrarse mal. Antes de salir hacia la clínica, cuando ya casi estábamos en la escalera, quiso tomar un vaso de limonada y yo mismo se lo preparé. Horas después, mientras esperaba en aquel pasillo sin ventanas de la clínica, todavía me olían las manos a limón.

Cuando llegó mi padre, Leonor ya había muerto. Eran inútiles los gritos y las amenazas que profirió contra los médicos. Más allá del pasillo ciego en el que yo esperaba, en alguna parte de aquel edificio

sin ecos, nuevo y maloliente como un plástico, Leonor se había ahogado a consecuencia de un vómito sobrevenido durante la cesárea.

Mi padre preguntaba una y otra vez:

—Pero, entonces, habrá comido algo. ¡Para vomitar hay que comer!

—Aquí no, desde luego —contestaban los médicos, las enfermeras, las monjas. Todos estaban absolutamente seguros de que no había comido nada. Y sin embargo, no era así; la autopsia fue concluyente. Aunque nunca pudimos saber cómo llegó a ocurrir, Leonor, que llevaba varios días negándose a probar bocado, había comido un dulce en las dos horas anteriores a la operación. Se había consumado una extraña carambola inapelable y absurda y yo no podía sustraerme a la impresión de que un Dios cruel, oculto en algún rincón del Universo, había decidido su muerte mucho antes, quizá aquella misma tarde en que la conocí, con la sola finalidad de castigarme.

Nadie sabe mejor que tú hasta qué punto me resultó intolerable la muerte de Leonor, pero aquel día todavía no me había mordido la tristeza, la vergüenza que anduvo royéndome durante años. Estaba demasiado aturdido, demasiado perplejo y no hacía más que buscarme un dolor que no llegaba, que no llegó, porque Leonor siempre fue para mí una pequeña extraña que vivía en casa.

Después he tenido veinte años para acostumbrarme a la ausencia de ese dolor en mis recuerdos, pero aquella noche sólo podía preguntarme qué hacía yo allí, cómo había llegado hasta la habitación de aquella mujer transfigurada por la muerte. Mucho antes de que hubiera conseguido habituarme a su presencia, mucho antes de que le hubiera encontrado un espacio definido en mi rutina, desaparecía de aquel modo abrupto, dejándome la vaga impresión de que nunca había existido en realidad. Y en cierto sentido fue así, porque su forma de existir era tan leve, que la muerte parecía haberse deslizado, sin ruido, desde su propio interior, tal como sucede con esos ancianos que consiguen sobrevivir a su época y por

último se esfuman, como sombras, en mitad de una indiferencia clamorosa.

Todos mis esfuerzos por concentrarme, por intentar medir el paso de aquella tragedia, resultaron inútiles. Nada consiguió disolver esa intensa sensación de irrealidad, ni siquiera aquella pequeña forma temblorosa que acababa de nacer. Sólo recuerdo con precisión su llanto inconsolable, pero estoy casi seguro de que en su boca diminuta ya se pintaba el gesto hosco y desolado que lleva más de cuarenta años instalado en la mía.

Qué difícil me resulta comprender por qué no me conmovió entonces esa boca robada que he besado tantas veces, pero lo cierto es que la idea de quedarme con aquella niña ni siquiera atravesó mi imaginación; de modo que cuando Alberto me propuso, muy cautelosamente, que Clara podría hacerse cargo de ella, acepté sin vacilar. No se me ocultaba que los motivos de Alberto tenían mucho más que ver con el floreciente bufete de mi padre que con la pura generosidad, pero he de confesar que eso no me preocupó lo más mínimo. Después de todo era evidente que cualquier mujer, a poco entusiasmo que pusiera, resultaba más adecuada que yo para atender a una criatura. Por supuesto nosotros o, mejor dicho, mi padre correría con todos los gastos y, por supuesto, eso era lo de menos…

Tras el entierro regresó la calma: Alberto tenía su rehén; mi padre encontraba la solución perfectamente satisfactoria y hasta Ramona parecía contenta de dejar aquella casa de extrañas simetrías.

El pequeño paréntesis de mi matrimonio había quedado definitivamente cerrado.

Yo también quería irme. Lo comprendí en cuanto dejamos atrás la estación de Francia y los días vacíos y semejantes en mi cuarto de siempre. Necesitaba escapar de aquella atmósfera, de los brazaletes negros en el traje oscuro y del estado de perpetua somnolencia en el que vivía. Llevaba semanas durmiendo; me despertaba apenas para volverme a dormir. Supongo que trataba de alejarme de mí mismo (no existe procedimiento más eficaz, forma de autoolvido más contundente), por mucho que la realidad, solapada y tenaz como un insecto, siempre acabara por dar con el camino de regreso en forma de pesadilla. Había matado tantas veces a Leonor en mis sueños que me sentía como una especie de verdugo, de modo que los contratos para Italia llegaron tan providencialmente como un salvoconducto.

Desde entonces, siempre que regreso a Italia me alojo en las mismas fonduchas oscuras, atestadas de viajantes de comercio y jubilados delirantes, y disfruto de la permisividad, casi portuaria, de las patronas, y no sólo porque los contratos siguen siendo tan ruinosos como siempre, sino porque me encuentro a gusto, porque me complace la absurda locuacidad de los hombres solitarios que allí se hospedan y me divierte ese trasiego de mujerzuelas tristes, que se mueven con la lentitud exasperante de quien tiene mil años en cada pierna.

Italia nos acogió como un bálsamo, a mí sobre todo, pero también a ti. Mal afeitado, las manos en los bolsillos y la mirada levemente embotada por el aguardiente feroz de los italianos, se hubiera dicho que parecías menos pulcro, menos inocente y más feliz. Aquel escenario, fatigado todavía a causa de la reciente guerra, daba la medida exacta de tu sentido del desorden y la pereza y

creaba entre nosotros algo parecido a una complicidad cuartelaria, llena de sobreentendidos peligrosos.

Y para colmo ¡Nápoles!, que era la verdadera Sodoma y Gomorra del mundo, porque aquello que no era capaz de producir el clima y la luz, surgía de la miseria con una efervescencia irreductible. Era casi imposible escapar a las mil bocas ávidas de esa ciudad hambrienta y desencajada. La poca resistencia que opuse a su seducción fue puramente formal. En cuanto llevabas más de dos o tres días sin dar señales de vida, salía en tu busca y acababa durmiendo con una puta aterradoramente joven (de ordinario, la más joven que podía encontrar), esquivando deliberadamente tu probable itinerario. Sólo una vez te vi, borracho como una cuba, entre varios muchachos que te lanzaban olivas a la boca mientras uno de ellos te sujetaba firmemente las manos a la espalda. Tardé un segundo en comprender el verdadero alcance de la situación. Por suerte, antes de que pudiera abalanzarme sobre los chicos, levantaste la cabeza e intentaste alcanzar una de las olivas, boqueando como un pez que se ahoga. Acabé mi copa de un trago y salí con un regusto de violencia en el fondo de la garganta, haciendo verdaderos esfuerzos por sentirme asqueado. No había andado ni doscientos metros cuando reconocí la fuerza avasalladora de la piedad, abriéndose paso entre la cólera que me había producido verte a merced de aquellos pequeños buitres que preferían, las más de las veces, robarte el dinero. Pero no regresé sobre mis pasos, ni siquiera para cerciorarme de que estabas a salvo, porque nada me asusta más que la piedad.

En aquella época empezaba a inquietarme un poco el porvenir. Intuía que en las pequeñas bolsas que se apuntaban ya bajo mis ojos —y bajo los tuyos—, y en la vertical rota del vientre, y en los músculos, cada vez menos rotundos, de las axilas, se agazapaba la soledad del ridículo. Es cierto que no tenía otras mujeres que las que me pagaba, pero eso era lo de menos, porque yo sabía que todavía podía despertar el deseo en cualquiera, y nada, salvo yo mismo, ponía la vida fuera del alcance de mi mano. Incluso tú, mientras

tomabas aceitunas al vuelo, borracho, vulnerable y perdido, todavía estabas en la plenitud de tu belleza. Pero no era difícil imaginar cómo sería todo aquello cuando nuestro cuerpo se hubiera convertido en una cárcel amarga. Sin embargo, entonces aún esperaba mucho de la amabilidad de la vida y en el fondo estaba persuadido de que acabaríamos por encontrar un refugio apropiado, una forma honorable y serena de vivir y envejecer.

Y mientras tanto podía viajar contigo, y jugar al billar, y comer fruta en las terrazas y bromear a propósito de las abultadas formas de las mujeres que se cruzaban con nosotros, y hacer como que me turbaban, y, sobre todo, podía seguir buscándome en aquel marasmo napolitano de posguerra. Fue una pena que en el último momento no tuviera el valor de hacer ese gesto que precipita la vida. El principal inconveniente de la juventud reside en que se propende a creer que siempre habrá una nueva oportunidad y uno acaba por descubrirse definitivamente varado cuando ya es demasiado tarde. Es posible que la felicidad consista en no aceptar jamás una posposición, en vivir cada momento como si fuera el último; pero ¿quién puede hacer algo así? Por mi parte, yo hice justo lo contrario y acabé por convertirme en un mirón, entre otras muchas razones porque una noche, en Nápoles, me fallaron las fuerzas o me faltó lucidez.

Es difícil que lo recuerdes porque para ti debió de ser una noche como cualquier otra. Contra todo pronóstico, acabábamos de conseguir un anticipo del asqueroso Bailan, así que cenamos bien y, ya de vuelta, nos paramos para tomar un coñac en una terraza. Nos habíamos tomado varios cuando se nos acercó un muchacho. Quizá te había visto alguna vez comiendo olivas; quizá se acercó por pura casualidad. Lo cierto es que no parecía tener muchas dudas sobre sus posibilidades. Se ofrecía con una insolencia asombrosa; incluso se permitió cierta mímica (después de todo éramos extranjeros), adelantando el pubis en un gesto rigurosamente obsceno. A nuestra izquierda, un matrimonio maduro nos miraba con un desprecio ilimitado, como si fuésemos los tres una misma, negra y gigantesca

cucaracha. Por fin, en vista de lo embarazoso que resultaba, te echaste a reír y me pediste que fuera condescendiente:

—No te enfades, Willy. Lo más probable es que le apremie el casero.

Su estilo era inaceptable; lo hubiera sido incluso para un vendedor de aspiradoras. Difícilmente podía admitirse que aquello fuera una forma como otra cualquiera de seducir, y si lo era, se inspiraba en la intimidación más pura y simple; pero a pesar de todo no le faltaba cierto atractivo. En la brutalidad extrema de su mirada, de su atuendo y de su vocabulario, subsistía un desvalimiento infantil, una fragilidad a prueba de bomba. Me recordó vagamente a fas mujeres que había visto, después de la guerra civil, intentando conseguir alguno de los innumerables certificados que se convirtieron en requisito indispensable de la subsistencia. Como ellas, quería vivir a toda costa, y como ellas estaba total y absolutamente en venta, de un modo tan evidente y vergonzoso que resultaba ingenuo. Probablemente, ni siquiera era homosexual, pero quería unos zapatos como los nuestros. Los miraba de vez en cuando, con la avidez de un niño, mientras largaba su infame perorata, y yo tenía la impresión de que podía oír con toda claridad sus pensamientos: «Quiero tus zapatos, los quiero. Yo quiero unos zapatos como los tuyos».

Hice ademán de coger la cartera y tú volviste a sonreír:

—¿Qué haces, Willy?

—Le daré para que se compre unos buenos zapatos.

En tu mirada había un resplandor malicioso.

—¿Te parece que los necesita? —preguntaste, dirigiendo una ojeada displicente a los pies del chico—. No le vendrían mal, desde luego. Aunque lo que le conviene de verdad es un baño. ¿Por qué no te lo llevas a tu cuarto, Willy, y de paso lo bañas?

En tu expresión socarrona había un punto de gravedad. Me correspondía elegir entre esas dos posibilidades: se trataba de una broma a la que había que contestar con ligereza o debía aceptar el envite y devolverte una mirada mediterránea. Durante unos

instantes, dos o tres segundos tal vez, todo fue posible, hasta que finalmente elegí sonreír y bromear:

—La verdad, además de sucio me parece peligroso.

—Y lo es —me contestaste, mientras me hacías guardar la cartera con ademán autoritario y, echando mano de la tuya, le dabas unos cuantos billetes al muchacho y le despedías en un italiano tan vulgar como persuasivo.

¿Y sabes por qué hice eso? ¡¿Sabes por qué diablos lo hice?! Porque me daba vergüenza que aquel par de macacos, sentados a nuestra izquierda, nos vieran marcharnos con él.

Quizá si hubiéramos podido quedarnos un poco más en Italia habría logrado sobreponerme a ese complejo de culpa que me impedía vivir en el plano de lo real; pero hubo que volver, y la poquísima euforia que me quedaba no consiguió atravesar la aduana del puerto.

¡Qué apoteósica llegada! En 1955, volver del extranjero era sinónimo de haber pecado mucho, de modo que yo creo que la tomaron con tu maldita revista italiana como podrían haberla tomado con cualquier otra cosa; aunque hay que reconocer que la foto de la portada no contribuía demasiado a que pasase desapercibida.

Al principio pensé que aquel energúmeno quería fastidiarnos un poco, pero cuando ya le habías traducido dos páginas enteras, empecé a sentirme amenazado; parecía evidente que no se detendría hasta que hubiera conseguido provocarte.

Está fuera de toda duda que tienes una formidable sangre fría, pero tu sentido de la oportunidad, en cambio, deja bastante que desear. En aquella época, para pasar la aduana de una sola pieza, entre otros muchos requisitos, era imprescindible no haber llamado puñetera a la madre del tipo que revisaba los equipajes. Si te hubieras tomado la molestia de volver la cabeza y mirarme, no te habrías atrevido jamás. Estaba tan sudado que parecía recién salido de la ducha y las manos, más que temblarme, me daban pequeños saltitos sobre un tambor imaginario. Pero como no me mirabas —absorto en la tarea de traducirle al infatigable guardia la tercera o cuarta página—, finalmente te atreviste. Yo diría que incluso hiciste una pequeña pausa para mejor enfatizar aquellas asombrosas observaciones que lanzaba el alcalde de Roma, en mitad de un

discurso sobre desenvolvimiento ferroviario, y que hacían referencia al estado de salud de la puñetera madre de su interlocutor. El aduanero debía de ser un poco lento de reflejos porque ya habías empezado un nuevo párrafo cuando por fin recaló en la naturaleza apócrifa del inciso.

Hasta aquel momento yo había estado confiando en que se limitaría a intimidarte, pero cuando le vi echarse la mano al cinto me asaltó la loca esperanza de que quizá se contentara con darte una paliza.

Por cierto que no hice ni caso de tus desfallecidas súplicas y gracias al dinero que me quedaba, conseguí que uno de ellos llamara a mi padre. Tú estabas inconsciente cuando llegó, con su porte más imperial. Me sentía tan agotado e indefenso que al verlo entrar estuve a punto de echarme en sus brazos. Según supe después, a pesar de la premura con que se presentó, había conseguido que la llamada de un caballero, no menos imperial, le asegurase una cómoda acogida; pero como yo no estaba al corriente, me quedé asombradísimo cuando el guardia de la puerta le recibió con un escueto y reverente:

—El comandante de puesto le espera, señor India.

Apenas pudimos cruzar una palabra. Al cabo de unos minutos volvió a salir, enfrascado en amigable charla con un grueso oficial que me miraba con una expresión cargada de condescendencia. Cuando llegaron hasta mí, se dieron un cordial apretón de manos, mientras el comandante me decía con voz casi amistosa:

—No deje de recomendarle a su amigo que busque mejores oportunidades para demostrar su hombría.

Y entonces, por si la bienvenida al hogar que acababan de dispensarnos no había sido suficientemente abrumadora, mi padre decidió darle un toque doméstico y se puso a sonreír como para sí mismo con socarrona malignidad.

Pero aunque su animadversión hacia ti parecía intacta, en general había perdido empuje. Tenía un fondo de cansancio en la mirada. De algún modo, en sus movimientos antes tan enérgicos, se

había colado la cadencia vacilante de la vejez. Y todo eso en poco más de un año, que era el tiempo que llevábamos ausentes.

Un día, durante la comida, vi que sostenía el vaso con violencia, como si temiera que fuera a escaparse de entre sus dedos, y al levantar los ojos hacia él, noté con desagrado que había seguido el curso de mi mirada. Contempló un instante el vaso y después lo depositó sobre la mesa con un mohín de desesperanza, sin llegar a beber. Por lo visto, también había perdido gran parte de su portentosa impasibilidad.

Le costaba levantarse por la mañana, incluso los días, cada vez menos frecuentes, en que tenía algún juicio; pero, a la vez, le molestaba delegar en mi cuñado Alberto, que progresivamente iba ocupando su lugar en el bufete. Alberto tenía que aguantarle inacabables instrucciones telefónicas sobre cuestiones relativamente poco importantes, tanto más prolijas cuanto más insignificante era el encargo. Plagadas de sarcasmos, por añadidura. No cabe duda de que Alberto se ganó a pulso todo lo que le sacó. En cualquier caso, estaba claro que a mi padre no le complacía aquella sucesión y sólo se plegaba a ella porque no le quedaba otro remedio.

Poco antes de que se pusiera en evidencia lo gravemente enfermo que estaba, una tarde me citó en su despacho. Presentí que se me venía encima una buena invectiva así que, por aquello de que la mejor defensa es el ataque, opté por ponerme desagradable:

—¿En el despacho? ¿No te parece un poco melodramático?

Vi cómo su mirada pasaba del cansancio a la cólera y finalmente se deshacía en una tristeza helada que me desarmó.

—Es posible —contestó—. Cuando no eras más que un muchacho todo esto me parecía una tragedia, pero a lo mejor sólo es un melodrama. Tú debes saberlo mejor que nadie.

Estuve a punto de preguntarle: «¿A qué viene esto ahora?»; pero el tema no figuraba entre mis favoritos. Por una u otra causa, siempre que intentaba medirme con él, acababa haciendo el mutis del infeliz; así que, para no variar, di media vuelta y me encaminé a la puerta con una expresión que pretendía ser digna. Antes de

cerrarla tras de mí, pude oír su voz a mi espalda, grave y rotunda como la de un Dios:

—En mi despacho, a las cinco en punto.

Y, por supuesto, fui, del mismo modo que los niños llegan a casa antes de las diez aunque no quieran, con la misma sensación de impotencia.

Hablaba por teléfono cuando llegué. Con un ademán me señaló un asiento. Yo sabía de antemano que él ganaría fuera cual fuese su propósito. Estaba persuadido de que había llegado el momento de las represalias y no veía la forma de ahorrarme una conversación que imaginaba desagradablemente explícita. Entonces, como casi siempre, mi subsistencia dependía de su dinero. Tuve ganas de levantarme y decirle: «Mira, como tú quieras… Lo que tú quieras; pero no me hagas tragar mucha mierda. Limítate a ponerme al corriente». Sin embargo, me contenté con adoptar una expresión de infinito fastidio.

—Lamento mucho haber interrumpido tus innumerables ocupaciones —me dijo—; así que seré breve. Me habría gustado haber dejado resuelto tu porvenir… Quiero decir, completamente resuelto; pero no creo que sea posible. Con todo, si no eres demasiado imprudente, podrás llevar una vida decorosa. Alberto se queda con esto. En compensación te pasará una cantidad mensual. No es muy alta, deliberadamente. Yo no confío lo más mínimo en él y te recomiendo que tú hagas lo mismo. Si le impongo una carga demasiado pesada, encontrará el medio de eludirla y tu posición no puede ser más débil. Además tengo una pequeña cantidad, sólo relativamente pequeña. Pienso pedirle a Fuster que se ocupe de administrártela; sin duda, lo hará como lo haría yo mismo. No podías esperar nada más, puesto que, como tú sabes, no soy rico. En cuanto a la finca de Rupià, no quiero privarte de tus derechos de disposición sobre ella —hizo una ligera pausa y prosiguió— aunque podría; en interés de mi nieta, por supuesto. Sin embargo, no quiero hacerlo. De todos modos, tu deber sería conservarla para ella. No olvides que es una mujer y que lo más probable es que no puedas

ofrecerle nada más. Como tu patrimonio no está para muchas alegrías, me parece lo más conveniente hacerte donación en vida de la finca. Eso evitará… Bueno, da igual. Lo cierto es que es lo más conveniente. Te he citado aquí porque tengo reservada hora con el notario. Ahora mismo, en el piso de abajo. Quiero que esta misma tarde quede arreglada la cuestión.

Ésas fueron, aproximadamente, sus palabras. Me sentía completamente desconcertado. Durante años había contado con su hipotética venganza testamentaria; de ella provenía la mayor parte de mi fuerza contra él. Y por último, acababa desnudo ante su generosidad, sobre todo porque yo sabía que no tenía nada que ver con el amor; era puro, purísimo sentido del deber. Todavía intentaba encontrar una frase adecuada, cuando dio por concluida la conversación y se encaminó a la puerta.

—Vamos. El notario nos espera.

—¿Estás enfermo, papá? —pregunté al fin.

—Eso parece.

—¿Qué te ocurre?

—No es muy seguro. Ya veremos. —Había abierto la puerta y se ajustaba el nudo de la corbata—. Guillermo, se hace tarde. Luego hablaremos.

Bajamos por la escalera hasta la notaría. El viejo notario, vecino y amigo suyo, me estrechó calurosamente la mano, me reiteró sus condolencias por la muerte de Leonor, y se lanzó a una interminable disertación sobre patos y perdices. Por último, leyó un protocolo a velocidad vertiginosa y nos lo ofreció para la firma. Con toda parsimonia mi padre se ajustó las gafas, sacó su vieja pluma de concha negra, estampó su historiadísima firma y me tendió la pluma sin dirigirme siquiera una mirada.

Ese pequeño objeto, de tacto asombrosamente satinado, que por primera vez iba a poder usar —porque en mi niñez, y aun en mi adolescencia, yo estaba fascinado por esa magnífica pluma pero él nunca me consintió que la tocase—, llegaba de pronto hasta mis

dedos para recordarme la profundidad de su desprecio. Todavía me sentía un poco aturdido cuando me oí decir:

—Yo no quiero tu maldita finca.

La conversación sobre remotas cacerías, que había vuelto a surgir, quedó definitivamente truncada. Ambos viejos se volvieron hacia mí con mirada estupefacta.

—¿Cómo dices? —preguntó mi padre.

—No la quiero. No sé qué hacemos aquí. No voy a firmar nada.

—No nos hagas perder el tiempo. Todo está listo. Firma. —Pero en su voz se había quebrado la rotundidad de siempre. Por una vez, parecía tan desconcertado como yo.

Me puse en pie y grité (me parece que incluso grité):

—De ningún modo, ¿entiendes? De ningún modo.

Me miraba desde el sillón como si por primera vez me viera. El viejo notario dio un respingo y se encaminó a la puerta mientras decía:

—Os dejo unos instantes. Así podréis conversar con calma.

—¿Me puedes explicar a qué viene esta historia? —me preguntó en cuanto hubo salido el notario.

—Tú no puedes hacerme esto —murmuré.

—¿El qué? ¿Qué es lo que no puedo hacerte? —Parecía al borde mismo de la cólera. Se puso en pie, visiblemente congestionado, y repitió más lentamente su pregunta.

Yo estaba seguro de que con aquella donación, displicente y helada, él me infligía una nueva humillación, pero, como de costumbre, no daba con las palabras. Para colmo, la desmesura de su reacción me iba privando del poco coraje que me quedaba. Parecía furioso, casi violento, cuando empezó a avanzar hacia mí. Por un momento pensé que me golpearía. A tres centímetros de mi cara me gritó:

—¿Acaso piensas que te estoy llevando al huerto? ¿Necesitas que te busque un abogado? O no, mejor búscalo tú, no fuera que nos pusiésemos de acuerdo a tus espaldas, para privarte de Dios sabe

qué. —Su aliento, ácido y espeso, me mareó un poco. Como la tristeza cansa, tuve la imperiosa necesidad de volverme a sentar.

—Parece que ya no sabes qué hacer para ofenderme —le contesté mientras me dejaba caer en uno de los sillones—. No la quiero, ¿comprendes? Dásela a… —observé con asombro que su nombre no acudía a mi memoria—… a la niña. Eso. Dásela a la niña, o haz lo que quieras con ella. ¡Yo no la quiero!

Intentó interrumpirme, pero yo me había lanzado, por fin. Ni siquiera quería convencerle; me sentía demasiado cansado.

—¿Tan mezquino piensas que soy? Sencillamente no la quiero; no me hace falta. Ahora paso un mal momento, pero no soy un inútil. Pronto me ganaré la vida, como cualquier otro. Ni siquiera me has explicado lo que te pasa. —Lo tenía frente a mí cuando concluí —: Me tratas como a un perro.

Durante unos segundos el silencio anduvo subrayando mi patética queja, tanto más patética porque ambos sabíamos que mi porvenir como músico era una especie de fantasía.

—Mira por dónde ahora eres tú el que se pone melodramático —me contestó por último, encendiendo lentamente un cigarrillo—. La cuestión es muy sencilla: he pensado que una donación te ahorraría los gastos de una sucesión testamentaria; pero no pretendo menospreciarte en lo más mínimo; es una simple cuestión de derechos reales; de dinero, en fin.

Me irritó muchísimo que se hiciera el desentendido de aquella forma; incluso me pareció poco elegante en vista de lo fácil que se lo había puesto yo.

—En cierto sentido, te has excedido un poco, ¿no? —le contesté. Él siguió fumando impasible, pero su silencio tuvo el significado inequívoco de un asentimiento—. Pues ahora dame una pequeña satisfacción. Déjame hacer un gesto… Por una vez. Déjale Rupià a la niña y larguémonos de aquí a toda prisa.

Se miró la punta de los zapatos. Por un instante pensé que aceptaría.

—No es posible —contestó al fin. Parecía verdaderamente disgustado.

—¿Por qué? ¿Qué más da? Tú mismo has dicho que tiene que ser para ella. Te advierto que yo puedo venderla en cualquier momento.

Hizo caso omiso de mi última observación y como para sí mismo añadió:

—No hay ninguna razón para privarte de lo que te corresponde. Si yo hiciera eso, todo el mundo pensaría que habías incurrido en alguna indignidad.

Su mirada recorrió mi solapa y se clavó en mi mentón, evitando deliberadamente encontrarse con la mía.

—Pero no es así. Soy yo quien no la quiere.

—Nada te impide donársela a ella una vez que sea tuya. Aunque, a decir verdad, no te lo recomiendo. En tal caso Alberto no se contentaría con la custodia de hecho de la niña.

Estaba harto. Ya no sabía ni de qué hablaba.

—No sé hacerme entender —balbucí.

—No, hijo, no —me contestó—. Yo lo entiendo. Querías hacer un gesto y ya lo has hecho. Ante mí. Ahora te ruego que lo aceptes. Te lo ruego. Firma de una vez y vámonos de aquí. Estamos dando un espectáculo lamentable.

Así que, con su magnífica pluma de concha, estampé mi discretísima firma al final de aquel legajo incomprensible, y salí de la notaría con la sensación de haber hecho un poco el payaso. Me disponía a despedirme cuando, ya en la escalera, me rogó:

—No quiero subir aún a la oficina. Me duele la cabeza. Vámonos a tomar un café.

Mientras se calentaba los dedos con la taza, todavía humeante, dirigió una mirada pensativa al Paseo de Gracia, que se extendía más allá de la puerta acristalada del café. La visión de la majestuosa avenida, ordenada y fría como su propio espíritu, le llenó los ojos de fatiga. Con la voz monótona del que lee una crónica absurda, me habló de sus mareos y de sus dificultades para fijar la vista, y de los muchos análisis y radiografías.

—Al parecer —concluyó con una sonrisa amarga— no hay motivo de alarma, porque se han limitado a recetarme analgésicos. —Después, como arrepintiéndose de su sarcasmo, añadió—: No te preocupes; no tiene objeto. El curso de una enfermedad es siempre imprevisible. A decir verdad, me encuentro mucho mejor últimamente.

—Yo podría hablar con el médico; sólo para mi tranquilidad —le propuse.

—Por supuesto. La próxima semana me acompañarás. Pero ahora dejemos el tema. —Hizo una larga pausa y prosiguió en voz más queda—: Preferiría que hablásemos de Elena.

No hacía ni media hora que había intentado inútilmente recordar su nombre. Sonreí para mis adentros mientras pensaba: «Elena, eso es, Elena». Su misma existencia seguía sorprendiéndome, casi dos años después, como si la inmaterialidad de Leonor en mis recuerdos la hubiera salpicado de modo irreparable. Con la resolución de la que sólo soy capaz cuando presiento el dolor o la tristeza, había cerrado todas sus vías de acceso hasta mí, relegándola desde el principio a la categoría de lo inexistente. Mientras mi padre me reprochaba que ni siquiera la hubiera visitado, yo no podía sustraerme a la evidencia

interior de que la muerte de esa niña no me habría producido ni la más ligera conmoción.

Siempre he creído, posiblemente sin demasiado fundamento, que nuestros sentimientos suelen materializarse en alguna parte de nuestro cuerpo, como si, por esa eterna ley física que determina que todo busque su equilibrio, precisasen de un punto concreto en el que establecer su particular centro de gravedad. Así, en innumerables ocasiones, he creído ver el odio en la punta de los dedos, el miedo en la barbilla y el deseo en la lengua y en la tensión muscular de las fibras del cuello. Pues bien, desde mi punto de vista, la indiferencia habita en el resurgir indolente de las pestañas cuando todo lo demás se apaga. Allí debió de verla mi pobre padre mientras, con creciente irritación, apelaba a mi sentido del deber.

—¿Así que no te importa en absoluto? —preguntó por último completamente hastiado.

Si me hubiera hecho esa pregunta en cualquier otro momento, me habría costado mucho no contestar sencillamente la verdad. Pero aquella tarde yo me encontraba muy conmovido por el presentimiento de su próximo fin y, en cierto sentido, predispuesto a complacerle en lo posible, así que improvisé una explicación plausible:

—Tienes razón. Continuamente pienso que debo ir a verla y en el último momento me faltan las fuerzas. Toda esa historia es tan dolorosa para mí…

Durante unos instantes me dedicó una de sus miradas más profesionales, de viejo interrogador acostumbrado al enredo y la mentira.

—No me sorprendería que así fuera —contestó al fin—. ¡Eres de una debilidad que asusta! ¿Y cuándo calculas que podrás sobreponerte lo suficiente como para echarle una ojeada a tu hija?

Como no quedaba otra alternativa y había agotado toda mi capacidad de resistencia —que no es mucha— en la notaría, me comprometí a acompañarle a verla el domingo siguiente.

Cuando le dejé frente al gran portalón de su despacho, me sentía algo dolorido, físicamente vapuleado, como si volviera a tener quince años y acabara de encajar una de aquellas soberanas palizas que me dejaban las rodillas flojas durante varias horas. Todavía se volvió una última vez hacia mí mientras decía:

—Durante tu ausencia me permití mandarle unas cuantas cosillas en tu nombre; unas muñecas o algo por el estilo. Por cierto que, en su caso, no cabe la más mínima duda: se te parece asombrosamente.

Tras lo cual me observó con una expresión maliciosa y, dando media vuelta, se perdió en la rosada claridad de la portería.

Y, en efecto, no se trataba de ninguna exageración. Elena era un bosquejo aproximadísimo de mí mismo. Sin embargo, ese parecido inquietante —que tantos inconvenientes había de reportarnos en el futuro— todavía permanecía oculto, velado por la configuración imprecisa de los rasgos, como adormecido en el interior de su niñez.

Me recibió con la hostilidad perruna que los niños dispensan a los desconocidos. Mi cuñada intentó por todos los medios que me besara:

—Mira, Elenita, ha venido papá. Anda, dale un beso a papá, que viene de Italia.

Los forcejeos sólo consiguieron exasperarla y provocarle un llanto histérico con consistencia de muralla. Sentí un enorme alivio al verla salir, en brazos de Clara, camino de su cuarto. Pero, a pesar de lo breve y accidentado del encuentro, tuve que bajar hasta la evidencia de que aquel pequeño tumor que había acabado con Leonor y que era de su exclusiva propiedad, como lo fueron sus pulmones o su apéndice, se había apoderado de mi boca y de mis ojos y circulaba por ahí con ellos, como si en verdad le pertenecieran, como si los hubiera obtenido con mi consentimiento.

Regresamos dando un paseo por la Gran Vía. Al parecer, mi padre se sentía bastante frustrado por el resultado de la visita:

—¿Se puede saber por qué no le has dado enseguida el juguete? La niña no te conoce; hubiera sido una forma de ganar su confianza.

—No me ha dado oportunidad. Se ha puesto a berrear nada más verme.

—¿Y qué esperabas? Si ni siquiera te conoce.

—Puedo asegurarte que no esperaba nada en absoluto —contesté con acritud mientras me imaginaba las innumerables

peregrinaciones dominicales a la Gran Vía que me reservaba el porvenir.

Detuvo un instante la marcha y, volviéndose hacia mí, gritó:

—Mira, muchacho, puedo comprender que no quieras hacerte cargo de una niña. No sólo lo comprendo, sino que lo apruebo porque creo que tú eres, por decirlo suavemente, una persona poco indicada. Pero no me cabe en la cabeza que no te apetezca verla de vez en cuando, aunque sólo sea para asegurarte de que está bien atendida. —Volvió a reanudar la marcha y en tono desolado murmuró—: Por lo visto, tienes todos los instintos mal organizados.

Como no tenía ganas de sumergirme en una escabrosa discusión relacionada con la desorganización de mis instintos, me limité a suspirar profundamente. Dos metros más allá volvió a detenerse y prosiguió:

—Las personas normales quieren a sus hijos, se preocupan por su bienestar. Pero tú no. Tú no.

Empezaba a sentirme harto:

—No tengo la impresión de que se encuentre abandonada precisamente.

—En lo que a ti concierne está absolutamente abandonada.

—Pero a mí no me necesita para nada. Seamos razonables, papá. La niña está bien. No me necesita. Clara parece una buena mujer.

—Pero no es su madre.

—¡Qué diablos! ¡Yo tampoco soy su madre! —grité.

Iba a añadir algo más pero la expresión de su cara me lo impidió. Parecía mortalmente cansado cuando se encorvó un poco y, golpeando con los puños cerrados sobre sus muslos, prorrumpió en sollozos. Lo mejor que pude, lo tomé por el brazo y lo conduje hasta un banco que había dos metros más allá. Se dejó caer pesadamente sobre el asiento y, tapándose la cara con una mano, se abandonó a un llanto lleno de fiereza y desesperación.

Durante un buen rato me sentí completamente desconcertado. Poco a poco, la incertidumbre sobre la causa de aquel estallido cedió paso al deseo de conocer la naturaleza de los sentimientos que me

inspiraba. Como si el mismo diablo me hubiera besado en la boca, me sentí poseído de una dolorosa lucidez. ¡Era asco!; una repugnancia ilimitada ante aquella visión, rabiosamente obscena, de mi padre llorando. De ordinario nada me parece más excitante que la debilidad, especialmente esa que surge a veces de la fuerza, como un contrapunto delicioso, como una transgresión devastadora del orden de las cosas. Y sin embargo, el llanto de mi padre me resultaba intolerable, me revolvía el estómago con la misma eficacia que una cucharada sopera de mierda. Yo sabía que era necesario consolarle, darle un fuerte abrazo, mientras, con la misma intensidad, notaba que me era absolutamente imposible tocarle, mirarle siquiera. Ese recuerdo hierve todavía en mi memoria, junto a las noches interminables de su enfermedad, cuando lo poco que quedaba de él en aquel cuerpo extenuado e inmóvil, se revolvía de humillación cada vez que alguna de las enfermeras tenía que limpiarle, y yo me sentía incapaz de sustituirlas, por mucho que ése fuera su último y más desesperado deseo, porque no podía vencer la repugnancia, no a la suciedad, ni a la vejez, sino al espectáculo de su monstruosa y definitiva debilidad.

Por fin sacó un pañuelo y se secó la cara con él, súbitamente repuesto.

—Escúchame —me pidió—, no es necesario que me contestes. Sólo escucha y haz lo que te parezca. Por alguna razón yo me siento responsable de esa niña, tanto como si fuera mi propia hija. Sé que tú no querías casarte. Lo creas o no, yo sólo pretendía protegerte cuando te empujé a ello. Me porté como un imbécil y ahora lo pago, porque a todas las demás incertidumbres se suma la niña. Tengo la sensación de dejarla de cualquier manera. No me gusta nada que tenga que crecer en esa casa. Alberto y Clara la tratan con la misma consideración que a mí. ¡Es aterrador! Ni una sola vez he visto que la regañaran. ¡Y sabe Dios que no cesa de dar motivos! Es una niña insoportable. —Se detuvo como para tomar aire y con un gesto de desaliento prosiguió—: No sé qué pasará. Al principio, cuando murió Leonor, yo seguía aferrado a la idea de que, en cualquier caso, te

había echado un ancla, una raíz que estaría allí cuando la necesitaras. Pero al ver que nunca ibas a visitarla, que no preguntabas por ella, comprendí que me había equivocado y ahora es como si tuviera otra hija, muy pequeña… ¡Como si el infierno de todos estos años volviera a empezar…! —Lentamente se secó de nuevo la cara con el pañuelo, como si buscase las fuerzas para poder seguir, y después se volvió hacia mí con una mirada suplicante que le transfiguraba.

Nunca le había visto tan dolorido. Necesitaba que yo asumiese lo que, incomprensiblemente, había transformado en una responsabilidad propia. Ardía en deseos de gritarle: «Pero ¿qué tiene que ver con nosotros, contigo o conmigo? Una gota de semen, apenas. ¿Por qué tiene que abrumar tu sentido del deber algo tan banal y solitario? ¡Una cópula tristísima, en la que no hubo ni siquiera ternura!». Sentía vértigo ante la enormidad de la distancia que nos separaba. ¿De qué modo podía hacerle entender a aquel viejo cargado de soberbia que para mí era tan intolerable asumir un hijo indeseado, tan deshonroso e inicuo, como lo era para él desentenderse? ¿De qué forma iba a explicarle que la libertad de ser padre o no serlo representaba, en aquel momento de mi vida, la suma de todas las demás? Lo que para él era un abandono, una vileza, para mí tenía toda la legitimidad de la restitución: Elena quedaba en poder de aquéllos a los que pertenecía; estaba con la familia de su madre, con su única familia; no tenía otra. Por mucho que se hubiera apoderado de mi boca y de mis ojos, eso no la convertiría en parte de mí mismo, porque era una usurpación, ¡porque yo nunca quise dárselos!

Pero ahí estaba él, frente a mí, suplicándome con la mirada que le devolviera la serenidad; que del mismo modo que había tomado todo lo otro —la casa, el dinero—, me quedase también con sus ridículos deberes de viejo patriarca.

Tragué saliva y prometí, no sé muy bien qué. Me parece que jamás le había odiado tanto.

Mi padre ya había muerto cuando volví a visitar a Elena. En aquella ocasión le había comprado un oso de color azul que despedía una pelusilla infernal. Nada más entrar se lo tendí, con el gesto de quien empuña un arma, y ella lo recibió sin una sonrisa, hostil y solitaria como un perro que se hace con un hueso.

Durante años tuvimos esa misma clase de encuentros, por Navidad o cuando regresaba de una gira larga. Con el tiempo empezamos a intercambiar alguna frase; ella me mostraba cuadernos y Alberto me ponía al corriente de sus progresos escolares mientras yo hacía como que me importaban y salía de allí con la sensación de haberme ganado un poco el pan, acorazado contra todas las formas de la ternura y persuadido de que Leonor había conseguido tocarme, de algún modo, con sus manos de muerta. Y cuanto más se esfumaba de mis recuerdos, menos real y distinta me parecía su hija, como si Elena no fuera más que la forma en que Leonor tomaba su revancha contra mi olvido, haciéndome sentir su presencia, como una mordedura, a través de aquel pequeño ser ligeramente maléfico.

Me resultaba tan desagradable encontrarme con ella que progresivamente fui sustituyendo las visitas por tarjetas postales que le enviaba a propósito de nuestros viajes, así que cuando empezaron a lloverme las quejas de Alberto, yo la recordaba todavía como a una niña. Pero a juzgar por lo que me contaban, había crecido mucho, hasta el punto de que Alberto ya no se sentía (según dijo) «en disposición de garantizarme que no acabaran por hacerme abuelo del modo más intempestivo».

Todo eso me parecía bastante asombroso, pero estaba firmemente resuelto a mantenerme al margen. Y entonces ocurrió;

aunque no de la forma en que te lo conté. Elena no abandonó el colegio: la echaron.

Mi hija empezó a existir para mí en aquel preciso instante en que Alberto, con su voz más lúgubre, me anunció que la habían echado del colegio. Intenté enterarme de la causa, pero él aseguraba que era demasiado grave para tratarlo por teléfono, de modo que al colgar me quedé a solas con mis recuerdos de esa otra expulsión, tan oprobiosa, que protagonizamos tú y yo hace más de treinta años.

No voy a desperdiciar esta última oportunidad de decir la verdad. Debí hacerlo el mismo día en que, con diecisiete años, me cogiste por el pelo y, echándome la cabeza hacia atrás, me obligaste a que te mirara. Como de costumbre, tenías razón; era monstruoso que también nos hubieran privado del coraje de mirarnos como siempre lo habíamos hecho, limpia y profundamente. Pero escogiste mal las palabras; no se trataba de que fuéramos inocentes. No éramos inocentes. Cuando el padre prefecto metió la mano por debajo de la sábana, encontró justo lo que buscaba. Tú y yo lo sabemos; reconozcámoslo por una vez. El recuerdo de la humillación que sentí cuando sus dedos se me clavaron en el sexo como un garfio, no pudo borrar ese otro recuerdo, inmediatamente anterior, de tu cuerpo contra el mío, excitadísimo pero todavía inmóvil. Si hubiera entrado en el cuarto unos días más tarde, unas horas quizá, te habría encontrado dentro de mí, porque aquello era tan imparable como el curso del sol. Pero entró justo a tiempo para que yo pudiera pasarme el resto de la vida proclamándome inocente. Cuánto menos infeliz hubiera sido si el padre prefecto nos hubiera sorprendido cualquier otro día, un poco después; probablemente me habría ahorrado treinta años de silencio y mentiras.

No éramos inocentes; nunca fuimos menos inocentes que aquella noche. Yo no me había deslizado en tu cama para charlar ni para fumar. A pesar de todo lo que dije entonces y después, ante mi padre, lo cierto es que para mí no existía un lugar más acogedor que tus brazos. Tengo que reconocerlo, aun a riesgo de parecer un viejo

desvergonzado y ridículo. Estoy cansado de haber mentido tanto y tan inútilmente, porque nunca conseguí engañar a nadie. ¡Maldito tipo! ¿Por qué tuvo que entrar aquella noche, como una bala, para lisiarme? Porque eso fue lo que hizo. Todavía recuerdo el frío espantoso que sentí mientras esperábamos en el pasillo a que el director se levantara, y los ojos asombrados de los chicos que se asomaban a las puertas de los cuartos y nos miraban. El prefecto había despertado a todo el mundo con sus gritos. Lo de menos, Sebastián, es que no fuéramos inocentes; no tenían derecho. ¡Fue como un tijeretazo!

Puedes imaginarte mi aturdimiento cuando me enteré de que Elena también había sido expulsada. ¿Qué demonios había hecho? ¿Quién era en realidad?

Me había citado con Alberto a las siete en el despacho pero estaba tan impaciente que llegué un poco antes. Habían pasado más de quince años desde la última vez; la misma rosada claridad, el mismo intenso olor a humedad, pero el viejo Andrés ya no ocupaba el quiosco de vidrio frente al ascensor. En su lugar una mujer morena hacía punto junto a una radio que sonaba queda como un murmullo.

Dorita me abrió la puerta, quince años más vieja que la última vez que la había visto, inasequible, como siempre, a las seducciones de la moda.

—¡No lo puedo creer! —decía—. Está usted igual, igual, igual.

Pero bastaba mirarla a ella para comprender que no era verdad. Yo acababa de cumplir cuarenta y cinco años y, en mi soberbia, me sentía el tipo más viejo de la tierra.

Alberto, por su parte, había desaparecido casi completamente bajo una capa de grasa de unos tres centímetros de espesor.

—¿Qué ha sido de Andrés? —le pregunté.

—¿Andrés?

—El portero.

—¡Madre de Dios! Hace mil años que se murió.

Pensé en mi padre, que había muerto incluso antes de esos mil años a los que se refería Alberto. La madera y el mármol del edificio le habían sobrevivido; le habían sobrevivido las puertas y los cristales biselados; hasta las alfombras le habían sobrevivido. Durante unos instantes me obcequé en impregnar todos aquellos objetos con su personalidad, con su gusto delicado y enérgico, pero fue inútil. Al cabo de pocos minutos dejó de parecerme extraño que mi cuñado ocupara con tanta naturalidad su viejo sillón. Como siempre, el único intruso en aquel cuarto era yo.

Estaba claro que aunque el padre prefecto no me hubiera sorprendido aquella noche en tu cama, aunque no hubiera tenido que dejar la escuela y no hubiera decidido seguirte hasta el Conservatorio para transformarme en un músico mediocre, en cualquier caso, nunca habría podido ocupar el lugar de mi padre en esa iconografía burguesa en cuyo vértice se erguía, imponente, el sillón. Alberto en cambio parecía portentosamente bien instalado en sus fauces de cuero sudado. Se veía a simple vista que estaba cómodo.

Como su tiempo era purísimo oro, prescindió de todo preámbulo y me tendió una cuartilla: veinte centímetros de incoherencias a propósito de cierta Ley o algo por el estilo.

—Tu hija se ha dedicado a repartir esta basura por el colegio —me informó.

La observé con más detenimiento. El papel era de pésima calidad y la prosa no desmerecía. Al final, entre signos de exclamación desmesurados (furibundos, diría yo), una Comisión o un Comité —no recuerdo— exigía la derogación de la Ley. Era deliciosamente ingenua, acaso un poquito patética.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—¿La octavilla?

—Déjate de sutilezas, ¿quieres? En cuanto lo supe registré su cuarto y encontré este magnífico arsenal. —Con un rápido gesto abrió uno de los cajones del escritorio, sacó un montón de revistas y

las esparció en abanico sobre la mesa, asegurándose de que las hoces y los martillos quedaran bien a la vista.

—He intentado que me dijera quién se las ha dado —prosiguió—, aunque por supuesto no he conseguido sacarle ni media palabra. Tu hijita opina que soy un fascista.

No pude evitar sonreír, pero enseguida lo lamenté. Sin duda había preparado cuidadosamente la entrevista para causar el máximo efecto y debía de sentirse muy decepcionado.

—Mira, Guillermo —continuó, visiblemente molesto—. Yo no le veo la gracia.

—No, claro.

—Quiero saber qué piensas hacer.

—¿Sobre qué? —pregunté.

—¿Cómo sobre qué? ¡Hasta aquí hemos llegado! —gritó—. La he criado como a mis hijos, y en casa no ha aprendido nada de todo esto.

—No sé adónde quieres ir a parar, aunque si te tranquiliza puedo asegurarte que yo no soy comunista.

—Pero en cualquier caso es tu hija. Así que tú dirás lo que hay que hacer.

—Pues no sé, la verdad. ¿A qué te refieres?

—Por lo pronto, el director la ha puesto de patitas en la calle.

—Francamente, me parece un exceso.

—¿Un exceso? —preguntó—. ¡Agradecidos tenemos que estar de que no la hayan denunciado a la policía!

—¡Por el amor de Dios! Si es una niña… Le ha dado por ahí como podía haberle dado por coleccionar cromos. No veo en qué pueda interesarle todo esto a la policía.

—¿Pero tú no sabes en dónde vives o qué? Te pasas demasiado tiempo en el extranjero. Aquí los comunistas son la obsesión de la policía y la mayor parte de las veces también se las carga la familia.

—No exageres; no estamos en el treinta y seis.

—Pero esto no es Francia, ni Inglaterra. Y yo no quiero verme envuelto de ningún modo.

—Bueno, bueno… Hablaré con ella.

—Muy bien, pero no te hagas muchas ilusiones. Esa gente debe de haberle lavado el cerebro. Yo creo que lo mejor sería apartarla.

—¿Apartarla?

—Sí. Mandarla a un buen colegio. Interna.

—Ni lo sueñes. Yo estuve interno desde los ocho años y sé lo que me digo.

—¿Prefieres que la detenga la policía el día menos pensado?

—Mira, yo creo que no hay que desmesurar las cosas. Son chiquilladas. Por el momento le buscaré un colegio y más adelante ya veremos. Voy a llevármela a cenar hoy mismo y charlaré con ella largo y tendido.

—¡Charlar! No, hombre, no. Cómprale una metralleta. Te quedará muy agradecida.

—Alberto, a mí no me parece bien lo que ha hecho, pero tampoco hay que sacar las cosas de quicio.

—Qué sabrás tú de sacar las cosas de quicio si hace casi diez años que no la ves.

Llegados a este punto tuve que callarme. Por hacer algo me puse en pie.

—No te lo tomes a broma, Guillermo. —El tono de su voz no dejaba lugar a dudas—. Yo no pienso dar cobijo a un comunista en mi casa.

Sin poderlo evitar, volví a sonreír. Daba la impresión de que hablábamos del Maquis.

Le tendí la mano y entonces, para mayor seguridad, me preguntó:

—¿Me has comprendido?

—Completamente —le contesté.

Antes de salir me volví una última vez:

—Estará muy afectada por este asunto.

Soltó una risotada ácida y añadió:

—¡Afectada! Está fresca como una lechuga.

¡De modo que se había convertido en una pequeña bolchevique! Mientras bajaba por la escalera del despacho, me asaltó la risa amarga que me producen las grandes paradojas cuando estallan en toda la crueldad de su inocencia. Para mi padre existían dos variedades humanas intolerables: los homosexuales y los comunistas, por ese orden. ¿Qué habría dicho, de haberle sido posible, desde ese mundo sin tiempo en el que yacía?

Nuestra vida parecía transcurrir a costa de sus sueños, y aunque no se tratara de algo deliberado, yo no podía sustraerme a un cierto sentimiento de culpabilidad, a la impresión de que aquel hombre, que había sido magnífico a su modo, tan imponente, tan colosalmente seguro de sí mismo, estaba condenado a transformarse, a la vuelta de muy pocos años, en un sujeto ridículo. Todo cuanto había sido importante para él empezaba a empequeñecerse; la misma salud del dictador ya estaba, por aquel entonces, muy quebrantada; parecía que por fin se aflojaban las bridas (o más bien cedían) y una marea indeterminada de nuevas gentes se abría paso a mordiscos. Elena debía de formar parte de esa familia subterránea y mestiza que había llenado la ciudad con sus mensajes apresurados, escritos a la carrera en los muros más venerables, tan breves y rotundos como un grito. Pero ¿cómo, de qué manera, había llegado la hija de Leonor al batallón de los proscritos?; y sobre todo, ¿quién era en realidad?

Llegué a la Gran Vía poco antes de la hora de cenar sin anunciar mi visita. Clara, mi cuñada, había cambiado de peinado, de figura y de expresión, pero a pesar del tiempo transcurrido estaba mejor, más convincente, porque era de ese tipo de mujeres cuyo rostro sólo se explica en la vejez.

Acababan de dar las nueve y Elena no había regresado aún.

—Hace más de dos horas que tendría que haber vuelto —se lamentó Clara—. No podemos con ella; hace lo que le da la gana. ¡Si vieras la facha que gasta!

Me la imaginaba: un desaliño absolutamente premeditado que había visto a menudo en la calle y que me gustaba, sobre todo en las muchachas, porque les daba un aire infantil y ligeramente andrógino que nada tenía que ver con la avidez grosera de las cejas depiladas y los carmines violáceos de las mujeres de mi juventud.

Clara empezaba a repasarme la lista interminable de las fechorías de Elena cuando sonaron tres timbrazos.

—Sin ir más lejos —continuó—, fíjate cómo llama; es una auténtica salvaje.

A pesar de los años que han pasado desde entonces, a pesar de las muchas veces que me ha sido dado contemplarla después, todavía me conmueve el recuerdo de aquella aparición. Fue como un aldabonazo en la frente. A la altura de mi pecho, enmarcado en una larga melena oscura, estaba mi propio rostro, mis ojos, mi boca áspera que había recuperado su juventud adolescente, como por arte de magia, en aquel extraño ser que era copia perfecta de mí mismo.

La rocé con la punta de los dedos para asegurarme de que era real. Tal como lo había hecho tantas veces ante el espejo, recorrí lentamente el contorno de sus labios con mi dedo índice y ella me miró sin asomo de desconcierto, como si conociera el sentido preciso de aquel gesto. Fue un extraño saludo, incomprensible, que sin embargo resumía la naturaleza de mis sensaciones con la precisión de una cifra.

Desde hacía algún tiempo, yo había tomado la costumbre de prodigarme pequeñas dulzuras, caricias suaves que intentaba recibir con una cierta sensación de alteridad. Más allá del onanismo puro y simple, más allá incluso del deseo, intentaba ese desdoblamiento que es la ambición más secreta de los grandes misántropos, de los solitarios, la expresión física de esa especie de monólogo que para

los creyentes supone la oración; un ejercicio delicioso pero difícil, porque a pesar de mis esfuerzos por separar ambos estímulos —el de la mano que toca y el del cuerpo que la percibe— siempre acababan por confundirse, del mismo modo que sobre la plegaria más fervorosa siempre planea, inexorable, el silencio de Dios. Llegué incluso a someterme a complicadas manipulaciones; metía la mano izquierda bajo la cabeza para que el peso la dejara insensible, dormida, y entonces la tomaba con la otra mano, la derecha, hasta que, inevitablemente, la circulación se restablecía y yo volvía a ser un hombre solo que se acaricia en la oscuridad.

Pero no quiero aburrirte con mis juegos, salvo para hacerte notar que el día que por primera vez recorrí mis labios en la boca de Elena, ella no se turbó ni un instante, como si además de ser como yo, estuviera familiarizada con mis sueños.

Si no se hubiera decidido a hablar, habría acabado por besarla en la boca sin tener ni siquiera una vaga idea de lo que hacía.

—Mira por dónde… —dijo por fin—. Papi en persona.

—He venido para invitarte a cenar —balbucí mientras intentaba comprender de dónde había surgido aquella voz ronca y afiebrada—. Si te parece bien, claro.

—Me parece perfecto —contestó si vacilar un solo segundo.

Clara pretendía que se arreglara un poco pero, como se hacía tarde, acabó por cedérmela tal y como estaba. Parecía un náufrago; llevaba un jersey enorme, de muchacho, y unos pantalones descoloridos.

Al principio de aquella noche tuve miedo de ella, pero enseguida se me pasó; no había nada que temer. A fin de cuentas, si resultaba que me había vuelto tan majadero como para sentirme atraído por aquella chiquilla, en el pecado tendría la penitencia, porque la posibilidad de pasar de las fantasías a los actos estaba descartada de antemano.

Yo había escogido un local poco apropiado porque no tomé en consideración su indumentaria. Al entrar, Elena se había sentido

observada, pero prefirió sobreponerse y fue devolviendo una a una todas las miradas de desaprobación.

Acababan de servirnos el primer plato cuando reparó en el chicle que había venido masticando desde su casa y perdió definitivamente el aplomo; no podía quitárselo de la boca sin que yo me diera cuenta y posiblemente no se le ocurría dónde dejarlo. En ocasiones semejantes suele asaltarme esa especie de incomodidad, de la que sólo se libran los grandes sádicos y que resulta tan desagradable como una salpicadura, pero aquella noche fue la ternura lo que me impulsó a excusarme y dirigirme al lavabo para darle la oportunidad de hacerlo desaparecer. Cuando volví, Elena tenía el aspecto de un chiquillo que ha sustraído unas monedas. Sin darme cuenta empecé a sonreír mientras me preguntaba dónde diablos lo habría metido.

Como quería que lo olvidase enseguida, busqué cualquier cosa que decir:

—Parece mentira cómo has crecido. El tiempo vuela.

—Qué va —contestó.

—Dices eso porque eres joven. ¿Cuántos años tienes? ¿Diecisiete?

—Dentro de tres meses cumpliré dieciocho.

Me disponía a hacer alguna observación a propósito de la juventud y el tiempo, pero me pareció demasiado fastidioso, demasiado estúpido y me quedé callado, como ella, intentando adivinar la frase que esperaba de mí. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo difícil que podía resultar una conversación entre nosotros. Yo le llevaba más de veinticinco años, pero, por si eso fuera poco, bastaba mirarla para comprender que entre ella y yo se extendía un siglo completo porque, a fuerza de serme intolerable la época que me había tocado vivir, en la que, por añadidura, no se vislumbraba ni la más remota esperanza de cambio, yo había elegido retroceder y me había quedado muy atrás, flotando en un siglo XIX imaginario. ¿Qué podía decirle a aquella niña mascadora de chicle que, a buen seguro, creía tener la fuerza necesaria para hacer saltar el mundo en pedazos?

Al fondo del local el pianista apenas conseguía prevalecer al rumor de las conversaciones. Es posible que Elena fuera la única que le prestaba atención.

—¿Sabes que nunca te he oído tocar? —dijo por fin—. ¿No grabas discos?

—¡No! —reí—. No te has perdido gran cosa, te lo aseguro.

—No me lo creo. ¡Me gustaría tanto oírte! Yo me paso la vida presumiendo de que mi padre es músico, ¿sabes?

Era evidente que no me guardaba rencor por esa ausencia inexplicable de tantos años; al contrario, parecía que había servido para embellecerme. Yo debía de ser su padre lejano y viajero.

—Esta vez me quedaré algún tiempo, en casa del abuelo, en Sarriá. El día que quieras, te pasas por allí y te doy un concierto. Confío en que no te desilusionaré demasiado.

—¿Puedo ir mañana? —preguntó.

—Sí, claro.

—Tampoco he estado nunca en tu casa, aunque la he visto por fuera —añadió—. Es muy bonita.

—Habría que hacerle unas cuantas reparaciones; se la come la humedad. Pero, por el momento, no tengo dinero para arreglarla. La verdad es que he pensado en venderla.

—¿No te van bien las cosas?

—Bueno, como siempre. ¿Y a ti?

Elena sonrió y empezó a trazar con el dedo imaginarios circulitos sobre el mantel.

—Ya te habrá contado el tío lo que ha pasado.

—Sí, claro.

—¿Por qué has venido a verme?

¿Por qué había ido? ¿Por curiosidad? No supe qué contestar. Apenas habían pasado cinco horas desde la llamada de Alberto; antes de esa llamada Elena sencillamente no existía para mí; y sin embargo, en ese momento, me parecía que habían transcurrido días, semanas, años; había pasado tanto tiempo desde entonces, que ya no recordaba mi propósito si es que lo había tenido en realidad.

—¿Has venido para regañarme? —insistió.

—No. No sé… —le contesté.

—Pero no estás enfadado, ¿verdad?

—Pareces muy segura.

—Sí. —Su rostro se iluminó (se ilumina siempre cuando se ríe)—. De pequeña, cuando me portaba mal, la tía me decía: «Eres igual que tu padre». No les caes nada bien, ¿sabes?

—No me sorprende, aunque en realidad apenas me conocen.

—Eso no importa; ya saben que no eres como ellos. El otro día, mientras me montaban el número, yo no hacía más que pensar en ti.

—¿En mí? ¿Por qué?

Me miró un poco desconcertada:

—Bueno… A ti también te echaron del colegio, ¿no?

¡No podía creerlo! ¡Aquella maldita historia iba a perseguirme toda la vida! Aunque quizá no conocía los motivos. No puedes imaginarte cuánto deseé que los ignorara.

—¿Cómo sabes tú eso? —pregunté con una voz asombrosamente neutra.

—Oh… El tío lo contaba un día.

—¿Te lo ha contado Alberto?

—¡No, a mí no!; pero siempre que hablan de ti yo pongo la oreja.

—Y él, ¿cómo lo sabía?

—No sé. Me parece que se lo contó una vecina vuestra o una criada o algo por el estilo.

Ramona. No cabía duda, debían de saberlo todo. Ramona no me habría ahorrado los detalles, las suculentas piezas de esa antigua vergüenza dolorida; a su manera era tan implacable como el viejo jesuita que descolgó el teléfono en mis propias narices para llamar a mi padre, mientras yo repetía una y otra vez la misma súplica frenética, inútil.

Tenía que apresurarme a desmentirlo; sacar fuerzas de donde fuera y asegurar que todo había sido una calumnia, un escandaloso abuso de autoridad; pura mentira, en fin. Y debía hacerlo en aquel

momento, sin esperar un segundo; todo lo que no fuera indignación inmediata dejaría flotando una sospecha.

Mientras escogía cuidadosamente las palabras, pude oír el leve choque de la cuchara contra el plato y me dejé fascinar por ese sonido sordo y un poco obsceno, coqueteando con la idea de guardar silencio, como si no supiera que a la vuelta de un instante volvería a negarlo todo, como entonces. Decidí esperar un poco más aún, dos o tres cucharadas a lo sumo. Cuando la mano del camarero se llevó los platos con una extraña pirueta, yo seguía callado, paladeando aquel vértigo delicioso de los segundos que transcurrían, como si viera aproximarse un automóvil a velocidad vertiginosa y decidiera esperar al último momento para saltar, a sabiendas de que no era más que un juego porque acabaría por ponerme a salvo. A mi lado el camarero servía ya el pescado con gestos suaves y enérgicos, depositaba los platos, escanciaba el vino blanco, se alejaba con un paso de baile, corto y elástico; y Elena alargaba la mano hacia la copa y bebía lentamente mientras sonreía y volvía a dejarla sobre la mesa, y tomaba los cubiertos, y de nuevo aquel sonido de loza, levísimo…

Y cuando quise darme cuenta, la ocasión de hablar había pasado ya.

A la mañana siguiente deambulé por la casa intentando no pensar demasiado en que la esperaba, pero fue inútil.

Hacía tiempo que sólo podía permitirme una asistenta ocasional, una muchacha que venía de vez en cuando, de manera que la casa se parecía bien poco a aquella especie de patena en la que vivía mi padre. La humedad había empezado a hacer estragos en las paredes que daban al norte y en los lavabos; las maderas del suelo se pudrían (o quizá se las comían los ratones), y los cobres, que en sus buenos tiempos resplandecían, se habían vuelto de un color indefinible. Además, hacía frío y la nevera estaba siempre vacía.

Podía presentarse en cualquier momento porque no habíamos concretado la hora. Revisé mis menguadas existencias: una botella de oporto, coñac, un licor de cerezas que debía de ser venenoso. No había nada adecuado para ofrecerle. Quise salir a comprar algo, pero temí que se presentara mientras estaba ausente. Por fin se me ocurrió que podía encargarlo por teléfono y busqué en la guía; encargué limonada, agua tónica, moscatel, café, leche, galletas; después busqué una pastelería y encargué pasteles. Cuando tuve llena la nevera me sentí algo más reconfortado. Rebusqué en la alacena y saqué copas, tazas y bandejas; las lavé y las sequé cuidadosamente. Hice cuanto pude por resultar hospitalario, mientras pensaba con tristeza que en otro tiempo no me habría costado ningún esfuerzo; Elena hubiera podido presentarse en cualquier momento, sin previo aviso, y todo habría estado a punto y los manteles no habrían olido a naftalina.

Eran las doce y media aproximadamente cuando concluí. Lo más probable era que no llegase hasta la tarde, pero a pesar de ello

decidí no salir a comer; aproveché que había que comprobar el estado de la cafetera para prepararme un café con unas galletas.

Hacia las cinco estaba sencillamente hambriento y un poco molesto conmigo mismo por todo ese nerviosismo; me parecía infantil y, además, había que empezar a considerar la posibilidad de que se le hubiera olvidado; a fin de cuentas no había sido más que un comentario, una de tantas cosas que se dicen.

Debían de ser las siete y cuarto cuando me tomé la segunda copa de coñac. Estaba tan cansado de esperarla que ya casi no me apetecía que viniera. Me había quedado sin tabaco; cien veces pensé en marcharme a comprarlo, pero a las ocho y media seguía allí, sentado en el sillón, esperando, cada vez más furioso y cada vez más borracho. ¡La mocosa de mierda!, estaría tan tranquila mirando la televisión como una imbécil. A cada pequeño tramo en el reloj, se reducían las posibilidades. Ya eran las nueve pasadas cuando comprendí que no vendría, pero estaba demasiado anestesiado por el coñac y no me veía con ánimos de salir, ni siquiera a por cigarrillos.

Sentía unas ganas furiosas de fumar y una enorme lástima de mí mismo cuando sonó el timbre de la puerta. Por muy asombroso que resultase, sólo podía ser ella, así que me precipité a abrirle tambaleándome un poco. Elena sonreía desde el umbral, ajena a las doce horas de espera que la habían precedido.

Mi saludo de bienvenida no pudo ser más elocuente:

—¡Dios, qué tarde vienes! ¿Tienes un cigarrillo?

Atravesó la puerta rebuscando en un saco de tela que llevaba, un poco desconcertada por mi recibimiento.

—¿Es tarde? —preguntó—. Podría haber venido antes, pero creí que no te encontraría.

El humo del tabaco me devolvió al mundo de lo real; estaba completamente borracho y además no había forma humana de explicarlo.

—Verás… —improvisé—, he tenido una pequeña fiesta con unos amigos y he bebido algo más de la cuenta.

—¿Quieres que vuelva otro día? —preguntó.

—¡No, qué va! Me encanta que estés aquí. Todavía queda algún dulce. ¿Te apetecen?

—No, no tengo hambre —contestó—. ¡Qué grande es esta casa! Es perfecta.

—¡Por amor de Dios, Elena! Si está ruinosa.

—¡Qué va! Es solemne.

—Cuando vivía tu abuelo daba gusto verla; resplandecía.

Me miró burlona y preguntó:

—No serás un maniático de la limpieza, ¿verdad?

—¡No! Pero estaba acostumbrado a cierto orden, por lo menos aquí.

—Nunca es tarde para perder las malas costumbres —me contestó con una sonrisa—. ¿Me la enseñas?

La recorrimos lentamente, casi en silencio; la mitad de las bombillas estaban fundidas. En el cuarto de Ramona todavía colgaba de la pared un calendario de 1959.

A medida que nos aproximábamos a mi cuarto se iba apoderando de mi ánimo cierta ansiedad. Pensé que bien podía deberse al coñac que me había revuelto completamente el estómago.

Al encender la lámpara del centro, la imagen de Elena se reflejó junto a la mía en la luna de la cómoda. Durante varios segundos nos observamos mutuamente en el espejo, hipnotizados por nuestra propia inmovilidad. Desde esa posición privilegiada pude ver cómo aquel hombre maduro alargaba su mano izquierda y rodeaba con su brazo los hombros de aquella niña levemente azulada por las sombras; después su cara se hundió en mi costado y me pareció que notaba el cálido compás de su respiración a través del jersey. Mientras la abrazaba, sentí cómo se esfumaba la timidez, como si aquellos diecisiete años de su vida y de la mía no hubieran existido más que de una forma nominal, como si sólo hubieran sido un compás de espera, un puente que la condujese hacia mí a través de las horas de la niñez.

Ignoro cuánto tiempo estuvimos abrazados ante el espejo, pero recuerdo que cuando nos separamos todos los diques habían cedido, todas las distancias se habían disuelto y una intimidad portentosa había surgido entre nosotros. Era demasiado tarde para tener miedo o sentir vergüenza; sólo cabía adoptar unas cuantas precauciones elementales: salir de aquel cuarto a toda prisa, moverse, hablar.

—Volvamos abajo —dije—. Encenderemos la chimenea.

—Eres exactamente como te había imaginado —me contestó—. Si supieras cuánto te quiero.

—No será porque me lo merezca. He sido un asco de padre.

—Pero yo siempre supe que podría contar contigo cuando te necesitara.

Por más que lo pienso, no puedo imaginar un reproche más contundente que aquella sencilla profesión de fe. ¡Ella sabía que podría contar conmigo cuando me necesitara! Posiblemente me justificaba en alguno de esos intrincados laberintos que construimos para preservar a los que amamos de la crueldad de las evidencias; debía de creer que su padre, lejano y viajero, la había llevado en su recuerdo durante todos aquellos años. ¡Cuánto se equivocaba! Era demasiado joven para saber que los hombres sólo se expresan de verdad en sus actos y en sus omisiones y que las ausencias, en particular, tienen un significado inequívoco. Mi amor por ella no se debía a ninguna vieja lealtad, era la simple consecuencia de una química inexplicable, tan irracional y arbitraria como el propio devenir del mundo. Yo no era su padre, ella no era mi hija; en diecisiete años no le había dedicado ni un solo pensamiento que no fuese desagradable; para mí no era más que una desconocida a la que había visto por primera vez el día anterior y de la que me había enamorado.

Te preguntarás, mi querido Sebastián, cómo puede un hombre en su sano juicio enamorarse de su hija adolescente. En este mundo habitado por unos cuantos cientos de millones de seres, Elena era el único que me estaba absolutamente prohibido; incluso entre los amores malditos, sólo el incesto repugna a todos sin excepción. Yo

mismo lo encuentro repugnante, o por lo menos atroz. Pero no pudo ser de otro modo; era inevitable que la amase; la suma total de mis cobardías había tejido una espesa conspiración que preparaba la completa aniquilación de mi sentido del decoro.

Estoy convencido de que si hubiera tenido valor para amarte a ti, lo más probable es que nunca hubiera llegado a enamorarme de ella. No lamento nada, pero me doy cuenta del desperdicio inmenso que suponen todos esos años de narcisismo febril porque, en realidad, hasta entonces yo sólo me había querido a mí mismo, pero como un enfermo; con la absoluta dedicación, con el cuidado y el sigilo que exige una enfermedad vergonzosa. A fuerza de negar la evidencia de que yo era, como tú, un homosexual, a fuerza de acostarme con mujerzuelas por media Europa (ante todo para demostrar que era capaz de hacerlo), entré en ese proceso de devastación sexual que conduce al narcisismo. Poco a poco, en la misma medida en que iba perdiendo la vanidad, fui acostumbrándome a que el sexo, no como actividad social sino como pura manifestación de los instintos, quedara reducido a los estrechos límites de mi cuarto, a solas. Pero ni siquiera entonces era completamente libre; las malditas ensoñaciones que me llevaban tan lejos, tan adentro en mis propios deseos, me llenaban de asco y de vergüenza. Aunque eso pasó, por suerte, cuando adquirí la certeza de que nadie me miraba desde el intramundo de las divinidades o los muertos, cuando me supe definitivamente solo con mis pecados. ¡Pero qué tristeza, qué soledad, la de esos tiernos goces sin esperanza, contra una almohada que amenazaba con ponerse a hablar en cualquier momento! ¿Te imaginas lo que supone para alguien que vive esa clase de aislamiento, que ha transfigurado el amor hasta ese punto, que de pronto, un día como cualquier otro, se encuentre frente a un ser idéntico?

En aquella época me consumían unos celos locos a causa de Liborio, pero ni siquiera eso era capaz de proporcionarme una salida; los celos, en mi caso, eran pura maldad, porque yo sabía que nuestro tiempo, el tuyo y el mío, había pasado ya.

Y entonces apareció Elena para que la amara o para que me amara en ella, pero sin límites, con la misma amplitud con que tú amabas a Liborio, para sacarme del agujero, para darme una última oportunidad de vivir.

Era inevitable y por lo tanto sucedió; pero una cosa era amarla y otra muy distinta deslizarse entre sus piernas. Como de costumbre, el escrúpulo moral se me aparecía vestido de apreciación estética. Cuanto más la miraba y cuanto más atraído me sentía, más inconcebible me parecía la sola posibilidad de tocarla. Era tan frágil, tan virginal como una de esas figuras de hielo que sirven para contener los licores en las fiestas —normalmente cisnes de vida efímera y poderoso magnetismo, irisados por el bourbon y las cerezas confitadas—. Sentada en cuclillas a mis pies, fumando con una soltura desconcertante para su edad, soltando, de vez en cuando, una espantosa palabrota, daba, sin embargo, la imagen evanescente y sagrada de una Madonna. Hacerle el amor a aquel ser levísimo, que tenía unas clavículas de textura cristalina, hubiera sido algo incalificable, una especie de profanación.

Era imposible imaginarla en el acto físico del amor, tendida a merced de un bruto; como a un cisne de hielo, únicamente cabía la posibilidad de rozarla cuando nadie mira, de observarla con devota admiración un poco sobrecogida por el presentimiento de su próximo fin. ¿Cómo podía mi cuñado haber albergado alguna duda sobre su pureza?; ¿acaso no había notado su olor ácido y frutal, o la resonancia un poco ambigua de su voz?

O, cuando menos, eso me parecía.

He de decir en mi descargo que a pesar de las cinco décadas que llevaba encima, mi conocimiento de las mujeres era muy limitado y estaba algo oscurecido por el recuerdo de esas criaturas extenuadas —ante todo prostitutas— que, junto a la inevitable esencia de jazmín, me dejaban la piel impregnada de una angustiosa sensación de suciedad, siempre la misma.

Me ha costado casi cincuenta años entender que el placer no mancha. ¿No eras tú el que decía que las ideas son como heridas y dejan profundas cicatrices? Pues bien, las hay que desfiguran tan gravemente como un ácido y, además, producen una cantidad enorme de sufrimiento inútil. El culto a la pureza debe de ocupar uno de los primeros lugares en la lista de ideas que envenenan la vida; aquella misma noche tuve oportunidad de comprobarlo.

Elena estaba llena de proyectos. Por mediación de un camarada —¡qué palabra tan extraña!—, había conseguido un empleo en una asesoría laboral y, al parecer, eso le permitiría vivir con independencia; pero necesitaba que yo la emancipase en cuanto cumpliera dieciocho años.

—Lo tengo todo calculado —me aseguró, y se puso a rebuscar un poco en su bolsa; por último me tendió una cuartilla; se trataba de una lista como de la compra.

—¿Qué es esto? —pregunté.

Me la quitó de los dedos con cierta impaciencia y prosiguió:

—Son las cuentas. Fíjate: para vivir hacen falta exactamente diez mil pesetas. —Con su índice me señalaba ciertas cantidades en el papel—. ¿Ves? Y me van a pagar doce mil.

Por lo visto había estado jugando a muñecas, pero a lo grande.

—No estás a gusto con Alberto, ¿verdad? —le pregunté.

—¿Cómo te lo diría…? ¡Es un infierno! No puedo resistirlos más.

Me disponía a cursarle una invitación formal para que se instalara en casa, cuando saltó sobre mis rodillas:

—Ayúdame, papá —me pidió—. Tienes que ayudarme. Estoy saliendo con un amigo y quiero vivir con él; necesito vivir con él. Si me largo por las buenas, Albertito me mandará a la policía. Y no podemos, ¿comprendes? —Me miró fijamente como intentando adivinar el efecto que me producían sus palabras y prosiguió—: No podemos atraer la atención de la policía por estas cosas.

Recuerdo que pensé: «No es posible», mientras hacía esfuerzos para que no se me llenara la cara de estupor y de indignación.

¿Quién demonios era aquel tipo, de dónde había salido? ¡Con qué placer le habría asesinado lentamente!

Elena parecía asustada por mi silencio y me miraba con una intensidad insoportable. Esperó unos segundos y prosiguió:

—Piensa que soy menor de edad y que si me voy a vivir con él podrían meterle en la cárcel. El tío Alberto es capaz de montar una historia de corrupción de menores, como mínimo. ¡Es ridículo! Enloquecería de alegría si le dijera que me casaba. En realidad sueña con perderme de vista, ¿sabes?, pero no se quedará tranquilo a menos que me case.

—Has de reconocer que no es una pretensión insólita; siempre ha sido así. Las jóvenes se van de su casa para casarse.

—¡Por amor de Dios! Y así les va.

—Lo cierto es que el matrimonio protege; una mujer casada está más protegida en todo sentido.

—¿Protegida de qué…? —me interrumpió—. Yo no quiero protección; ¡no necesito protección de nadie! Además, te lo aseguro, Arturo no tiene la más mínima intención de casarse conmigo.

—Pues eso no dice mucho en su favor.

—No tiene nada que ver —me interrumpió de nuevo—. ¡Yo tampoco quiero casarme! Nosotros no queremos casarnos; lo que queremos es vivir juntos.

—¿Has calculado la posibilidad de que ese individuo no pretenda más que divertirse contigo y que dentro de un tiempo se canse y te despida sin más contemplaciones?

—Mira, papá, Arturo no es como vosotros. No quiere casarse porque está en contra del matrimonio, pero eso no significa que no me quiera.

Por desgracia, su madre acudía en su auxilio desde el fondo de mi memoria. Además, siempre cabía la posibilidad de que fueran capaces de reinventar el mundo. ¡Parecía tan fuerte!

Desde algún punto de la noche llegaba hasta el salón una de esas horribles musiquillas, de compases frenéticos, para recordarme lo viejo y ridículo que me había vuelto. Me era imposible tomar una

decisión sin saber a ciencia cierta hasta dónde había llegado; necesitaba hacerle una última pregunta, pero me daba miedo. Me aferraba a la idea de que quizá no había ocurrido nada irreparable, y aquel individuo aún no conocía las secretas distancias de mi cisne de hielo, de mi pequeña, perfumada y blanca… Pero, como no había otro remedio, adopté un tono mundano y añadí:

—Ya veo. Entonces tendrá razón Alberto cuando dice que vas a hacerme abuelo del modo más intempestivo.

Elena prorrumpió en una carcajada y después, con una despiadada dulzura, contestó:

—No te preocupes, papi. Tomo pastillas.

Si hubiera sabido mirar más hondo, hacia el interior de su alegría, quizá hubiera podido atisbar una pequeña dosis de miedo o, por lo menos, algo de incertidumbre sobreviviendo entre las ruinas de su niñez; pero yo había escogido sufrir con esa deliberación inconsciente con la que anticipamos nuestra propia derrota, y como nada es más ciego, sordo y estúpido que el dolor, sólo fui capaz de sentir la torpeza demoledora de su risa, como un salivazo contra mi mejilla.

Accedí, porque no quería decepcionarla o porque no tenía la suficiente energía para negarme. A cuenta de ello, mi cuñado Alberto perdió los estribos incluso más de lo que hubiera sido razonable y me insultó tan gravemente que, en adelante, no pudimos volver a cruzar una sola palabra. Pero ¿qué otra cosa podía hacer yo? Elena ya era una mujer —por mucho que no lo pareciese —, y tenía un amante. ¿Cómo iba a encerrarla en un colegio o a impedirle ir y venir? Hubiera sido ridículo. Su madre no era mucho mayor que ella cuando murió de parto y a todo el mundo le había parecido perfecto que se casara conmigo.

Hoy en día estoy seguro de que procedí de la única forma posible, pero entonces me dominaba una vaga sensación de culpabilidad; aunque lo más doloroso, como de costumbre, eran los celos. Tenía unas horribles pesadillas en las que todo se mezclaba: Elena tendida en mi cama, desnuda, pálida, hacía el amor con un desconocido que, poco a poco, iba tomando forma contra su cuerpo hasta encarnarse en Liborio —tu Liborio—, mientras yo lo observaba todo a través de la cerradura de la puerta, paralizado y furioso. Otras veces Liborio me sorprendía, me invitaba a pasar y se reía de mí.

Liborio —o, si lo prefieres, Li— ocupaba un lugar preeminente en mis pesadillas. El odio que me inspiraba no me impedía percibir con toda claridad su espléndida belleza. Para colmo, tus gustos, tus costumbres, de las que se adueñaba con una voracidad de niño hambriento, habían dejado atrás el barrio bajo del que provenía.

Recuerdo que una noche, poco antes de mi encuentro con Elena, os vi paseando por las Ramblas. A buen seguro, acababais de salir del Liceo. Hasta entonces ninguno de tus infames amigos había

compartido contigo las noches de Liceo; esas noches me pertenecían a mí, como los aperitivos del sábado, o los fines de semana en el campo. Jamás me los habías presentado, de modo que no me resultaba difícil hacerme la ilusión de que no existían; hasta que apareció Li, con sus veintitrés años sobre unas magníficas espaldas.

Al principio parecía inofensivo y constituía un cambio agradable, incluso una diversión. En esa época sus calcetines eran invariablemente granates y su lectura favorita un periódico deportivo. Pero un buen día empezó a fijarse. Te observaba como si fueras un insecto a través de una lupa, con una atención casi religiosa; observaba tus ademanes y tus corbatas, olía tu perfume y se espiaba en los espejos con el ceño fruncido.

Aprendió deprisa; cuando quise darme cuenta, las mujeres volvían la cabeza para mirarle y tú le exhibías a todas horas, con cualquier pretexto, y reventabas de orgullo en medio de toda esa expectación codiciosa. Como un padre enamorado, te anticipabas a todos sus caprichos y, por primera vez en la vida, yo tenía la sensación de que te ponías en ridículo, porque los celos me hacían razonar como una comadre de barrio estúpida y grosera. Como no podía hacer otra cosa, me obstinaba en vejarle, le tendía pequeñas trampas y mi propia mezquindad hacía insostenible mi posición.

Por eso, aquella noche en que os vi paseando por las Ramblas y supe con toda certeza que veníais del Liceo, de pasar una velada a la que yo no había sido invitado, además de excluido me sentí castigado, y como si me fuera necesario apurar el castigo, en lugar de saliros al paso o marcharme, os seguí, como un ladrón, a través de los soportales.

Desde hacía mucho tiempo, prácticamente desde el principio, había sido evidente para mí que Li, además de *ton petit protegé*, era tu amante. Como de costumbre, yo me limitaba a ignorarlo; apenas me importó mientras fui yo quien te acompañaba al Liceo. Pero cuando Li pasó a ocupar mi lugar en el palco, tu relación con él empezó a resultarme intolerable. Como si todo lo demás dependiese de esa silla incómoda, como si toda mi vida se resumiese contra su

terciopelo desgastado y grasiento, tu pequeña deslealtad de aquella noche me sumió en la desesperación.

Mientras seguía vuestros pasos hasta el puerto, pensaba en el desprecio de mi padre, en mi casa vacía y destartalada, en ese limbo de viajes, noches de ópera y conversaciones mundanas en el que había vivido, y me parecía que todo era culpa tuya, que tú estabas en la misma raíz del desastre.

De improviso cambiasteis de rumbo y tuve que correr a ocultarme en un café para no darme de bruces con vosotros. A través de la sucia vidriera vi cómo subíais a un taxi y os perdíais entre los árboles de luces hasta salir del campo de mi visión. Pedí un coñac y sorprendentemente me lo sirvieron en un vaso; mientras lo apuraba con una avidez de alcohólico, me di cuenta de que me temblaban las manos. «Pero ¡qué diablos!», me dije, «¡no pasa nada! ¡Prefiere hacer el ridículo con ese imbécil! ¡Pues, adelante! ¡Ni que fuera mi mujer! Esto ni siquiera es amistad, es rutina. Como el coñac; ¡qué diablos, está mejor en vaso!». Y como si tuviera que demostrarlo, me tomé varios y salí eufórico como un muchacho.

La noche estaba saturada de humedad y se me adhería a la piel como una bayeta tibia; de vez en cuando pasaba un coche o me cruzaba con un borracho. Estaba completamente agotado pero la idea de volver a casa me causaba auténtico pavor. Rebusqué en mi billetera y comprobé con alivio que todavía me quedaba algún dinero. Mientras me preguntaba adónde podía ir, me mordió una idea de deslumbrante simplicidad: me di cuenta de que tu rutina conmigo suponía, además, la posibilidad de llamarte a cualquier hora del día o de la noche, y que esa posibilidad tenía un valor inmenso, incalculable. Entré en un bar para llamarte, temblando como un flan, presintiendo que no sería capaz de hacerlo. Al otro lado de la línea tu voz insistía, con creciente irritación:

—¿Sí? ¡Dígame! ¡Oiga…! ¿Quién es? ¡Dígame!

Ya habías colgado cuando comprendí que fuera de esa «rutina» que Li me había arrebatado, más allá de ese sucedáneo de la vida, no había otra cosa que vacío y soledad.

Hice de tripas corazón, me tragué el orgullo y mendigué tu compañía todo lo que me fue posible, aunque ya no lo hacía por amor. A decir verdad, ni siquiera me complacía verte; mi ansiedad y tus prisas, tan evidentes y continuas, habían puesto en fuga la alegre placidez de las conversaciones; pero yo tenía demasiado miedo a la soledad para soltar amarras. Entonces creía que eras irreemplazable y me aferraba a ti como un loco.

Me pregunto qué habría sido de mí si Elena no me hubiera salido al paso. Quizá fuera cierto, después de todo, que mi padre, a través de Leonor, me había echado un ancla, una raíz que estaría allí cuando la necesitara. ¡Pero de qué modo tan impredecible y, en cierto sentido, tan abominable! La dolorosa polaridad del amor me restallaba como un látigo contra el alma. Como si viviera uncido a una noria, se me ofrecía de nuevo el consuelo de un amor secreto; otra galería subterránea, otro túnel negro para que me extraviara.

Tuve que esforzarme mucho para que no se notase y casi lo conseguí. Nuestras relaciones, con todo y no ser las usuales entre padre e hija, tampoco resultaban equívocas en ningún sentido. A veces tenía la impresión de que Elena flirteaba un poco conmigo; continuamente me tomaba de la mano y me besaba con cualquier pretexto; pero, hasta cierto punto, eso era lógico y no sólo porque estaba en sintonía con su carácter, ávido de proximidad, sino también porque durante toda su infancia había padecido insuficiencias afectivas de las que necesitaba resarcirse. Su aversión por la familia y por los lazos, por las relaciones establecidas y durables, era solamente formal. Bastaba observar con qué orgullo me presentaba a sus amigos cuando casualmente coincidíamos en la cola de un cine, cómo le brillaban los ojos mientras decía que yo era

su padre, para entender que toda aquella retórica del desarraigo que gastaba era pura palabrería. Y quizá me amara un poco, también, a la manera de las niñas, que, según tengo entendido, a menudo quieren casarse con su padre antes de haber cumplido los nueve años. Mi ausencia había impedido que su afecto por mí se volviera adulto o sencillamente real, y había dado lugar a un buen número de fantasías en las que se me atribuía el papel de príncipe de cuento; una especie de príncipe moderno de cuento moderno, pero tan misterioso y heroico como el más clásico de todos ellos.

Yo, en cambio, la amaba de un modo muy terrenal y muy concreto, pero era tan extremadamente pudoroso con ella, que bastaron unas pocas semanas para que todo sucumbiese por completo a la lógica de mi personaje: una recreación *nouvelle vague* del padre condescendiente.

La llevaba a cenar, escuchaba sus confusas peroratas sobre la igualdad y dejaba que me hiciera un proselitismo ingenuo y desaforado. A decir verdad, yo habría preferido conversar sobre cualquier otra cosa, pero Elena estaba en la edad de las grandes certidumbres esclarecedoras y para ella no existían los territorios neutrales. En aquella época, me arrastraba a ver películas de una pedantería insoportable y tenía predilección por los ensayos soporíferos, pero, a pesar de todo, sólo me sentía vivo mientras estaba con ella; todos nuestros encuentros me sabían a poco y siempre me quedaba algo hambriento de su voz y de su risa. Para colmo, no era plenamente consciente de los riesgos reales que corría, porque toda aquella historia de conspiradores juveniles despedía un tufillo de opereta tan intenso que se me hacía difícil imaginar que la policía pudiera tomársela en serio. Usaban nombres falsos, se reunían continuamente, andaban siempre a vueltas con «las medidas de seguridad» y, por supuesto, eran más inofensivos que una corneja.

Fui un inconsciente y por eso me divertí tanto durante aquellos meses, porque deliberadamente dejé de mirar hacia fuera y me concentré en paladearlos. Mientras la calle hervía, yo procuraba

pensar lo menos posible y flotaba en un espacio urbano que me había inventado, en el que nada era real y todo transcurría a medias.

Entre tanto Elena había acabado milagrosamente el preuniversitario y se había matriculado en los cursos nocturnos de la facultad de Derecho. Durante el día trabajaba en un despacho de abogados que ella, muy ampulosamente, llamaba «colectivo», y que debía de ser muy colectivo, en efecto, porque todo lo hacían juntos: trabajaban juntos, comían juntos, iban juntos a las manifestaciones y no perdían la oportunidad de reunirse, por cualquier motivo, cuando concluían la jornada; pero, sobre todo, soñaban juntos la misma clase de sueño difuso. No cabe duda de que gozaban en esa especie de comunión continua, porque la mayor parte de las veces también compartían el poquísimo tiempo que les quedaba libre. El maldito despacho era un verdadero útero.

Así pues, entre unas cosas y otras, me veía obligado a disputármela con las diferentes ramas de su extraña familia y, para hacerme un hueco en mitad de aquella actividad frenética, tomé la costumbre de recogerla en la oficina o la facultad, según los casos, y acompañarla a su casa.

No puedes imaginarte las horas de espera que invertí en ello: cuando no era una reunión en el despacho, era una asamblea en la facultad o un seminario que había que preparar o el texto de un cartel que, al parecer, no admitía demora. Y como todo aquello resultaba tan extraordinariamente urgente, raro era el día que salía a su hora.

He de reconocer que a veces perdía la paciencia, pero en cuanto la veía aparecer —deshaciéndose en excusas, radiante y extenuada —, se me pasaba automáticamente el mal humor; por mucho que estuviese demasiado cansada para prestarme atención o aunque se quedara dormida en mi hombro nada más sentarse en el autobús, siempre tenía la impresión de que había merecido la pena esperar, porque a fin de cuentas lo único verdaderamente amargo de aquellos plantones fenomenales era la posibilidad de que a la postre no viniera.

Acompañarla a su casa suponía una hora de traqueteo infernal en dos autobuses distintos, iluminados con una insuficiencia narcótica. Había que llevar el estómago vacío o tener cierta costumbre para no marearse un poco. Y, sobre todo, era preferible encontrar un asiento, porque la intensidad de los frenazos no guardaba la más mínima relación con la velocidad. La suciedad de los cristales y la escasez de farolas atenuaban un poco la fantástica fealdad de los últimos tramos del recorrido; esa ausencia casi total de alumbrado público era el único gesto de pudor que cabía atribuir a los desvergonzados artífices de aquel proceloso mar de hormigón apenas estructurado, de modo que más allá de las ventanillas mugrientas del autobús sólo se atisbaban las siluetas descomunales de unos bloques altísimos, uniformes, horribles, auténticas réplicas arquitectónicas del matojo silvestre.

Por suerte nunca me cupo el privilegio (la experiencia sicológica, diría yo) de poder observar desde dentro una de aquellas viviendas; al parecer, la repugnancia que me producía la idea de conocer al indeseable con el que convivía Elena, sólo se veía superada por los deseos que tenía él de no encontrarse conmigo.

Todo lo que yo sabía de Arturo era que vivía en un suburbio y que circulaba por ahí en una vespa desvencijada. Lo primero que se veía, nada más doblar la esquina, era la cochambrosa vespa que con su apariencia inocente de cosa inmóvil proclamaba a los cuatro vientos que el tipejo en cuestión había llegado ya y que estaría arriba, esperando a mi hija, afilado y a punto como una cuchilla.

Durante el camino de regreso me distraía soñando que el destino, por una vez, se mostraba amable y decidía poner fin a la vida de esa máquina odiosa bajo las ruedas de un camión de treinta toneladas. Hubiera sido una escena conmovedora: motocicleta y usuario definitivamente confundidos el uno en la otra, abrazados de tal modo sobre el asfalto, que se hiciera imposible enterrarlos por separado. Pero como no es el buen gusto lo que rige la mano caprichosa de la fatalidad, Arturo y su vespa siguieron gozando de

una salud envidiable (en el caso de la moto, más que envidiable, milagrosa), por lo menos hasta donde yo supe de ellos.

No tengo que decir que me guardé muy mucho de contarle a Elena el destino que le cabía a su amante en mis sueños, entre otras razones porque no era necesario; ella estaba al corriente de esa mutua aversión (porque indiscutiblemente era mutua), de modo que nunca intentó provocar un encuentro entre nosotros. En un par de ocasiones me había invitado a subir, pero la ausencia de la asquerosa motocicleta era demasiado evidente como para que yo pudiese aceptar su invitación con un mínimo de dignidad, así que Arturo y yo no nos habíamos visto nunca hasta aquella madrugada en Sarriá.

Parecía una madrugada como cualquier otra; el silencio en la vieja callejuela, el insomnio de siempre y el calor del coñac bajo la lengua. Debían de ser las dos aproximadamente cuando sonaron varios timbrazos.

Nada más echarle una ojeada, antes de que hubiera podido fijarme en su rostro o su estatura, antes incluso de oír su voz, supe con toda certeza que aquel individuo plantado ante mi puerta era Arturo.

Me bastó un segundo para comprender que había venido solo. No puedes ni figurarte la cantidad de ideas espeluznantes que caben en el intervalo de un solo segundo. A la velocidad de la luz imaginé a mi pequeña tirada en un rincón de aquella peligrosa barriada en la que vivía, rota como una muñeca en el fango de la acera; o gritando en el capó del coche de unos gamberros; la imaginé, delgadita y frágil como un chiquillo, atravesando indefensa aquellas esquinas oscuras, aquellos innumerables descampados que le habrían helado la sangre a cualquier hombre adulto, a poco sentido del riesgo que tuviera.

—Soy Arturo, señor India —dijo—. Tengo que hablar con usted.

En efecto era Arturo y había venido hasta mi casa, solo, de madrugada, y además tenía una voz lenta que reventaba de fatiga, o quizá de impaciencia. Una de esas voces que no se olvidan.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está Elena? —pregunté.

—¿Puedo entrar? —me contestó.

Me hice a un lado como un autómata y cerré la puerta tras él con tal violencia que el portazo le detuvo en seco en el umbral.

—Dígame de inmediato dónde está Elena.

Se volvió lentamente y respondió:

—Pues mire, ésa es la cuestión. En este momento no estamos muy seguros.

No sé si fue la desesperación, o las ganas de partirle la boca que había acumulado durante todos aquellos meses, o la pura necesidad de hacer algo, lo que fuera, pero lo cierto es que no pude contenerme más: lo tomé por las solapas y lo lancé con todas mis fuerzas contra la pared del recibidor mientras le gritaba:

—¡Hijo de perra! O me dices ahora mismo dónde está Elena o te machaco la cabeza.

Su cara estaba tan cerca de la mía que podía olería, pero sus manos habían quedado completamente libres; de habérselo propuesto no le habría resultado difícil soltarme un puñetazo; pero no hizo ningún movimiento, ni siquiera intentó zafarse. Me miró con una expresión que tanto podía ser desprecio como tristeza y dijo:

—Lo más probable es que la haya detenido la policía.

—¿Cómo? ¿La policía…?

Seguía cogido a sus solapas pero ya no le sujetaba. Me tomó de las muñecas y me apartó a un lado, sin violencia, sin ningún esfuerzo, con la impasibilidad de quien se sacude un insecto de encima.

—Lo siento mucho, señor India, pero no hay tiempo para histerias —prosiguió—. Corro un riesgo enorme estando aquí y no puedo perder un solo minuto. ¿Dónde están los paquetes que le dejó Elena?

—Pero ¿qué ha pasado?

—No fue a una cita de seguridad… A las ocho, ¿comprende? ¡Y son las dos de la mañana! Quiere hacer el favor de decirme dónde están los paquetes.

—¿Pero qué paquetes? —pregunté.

—¡Los paquetes, los que Elena le dio para guardar! Unas cajas… marrones, creo.

Recordé vagamente que Elena había venido una tarde con dos amigos y me había pedido que le guardara unas cajas, revistas para la universidad o algo por el estilo. No le concedí mayor importancia;

supuse que se trataría de alguno de sus extraños líos y casi lo había olvidado por completo. Evidentemente contenían algo comprometedor pero, como era lógico, no estaba dispuesto a entregarle nada a aquel tipo sin tener una idea exacta de lo que había sucedido.

—¿Cómo sabe que la han detenido? —le pregunté.

—No lo sé, me lo imagino.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Escúcheme —contestó—, si la han detenido, la policía puede presentarse en cualquier momento. ¿Tengo que explicarle lo que le pasará a Elena si encuentran esas cajas aquí?

—No entiendo nada. ¿Por qué habrían de venir aquí?

Me miró como si no pudiera creer lo que oía.

—Mire; fuera hay un coche esperando. Déme las cajas y después le contaré cómo funciona esto, pero ahora no, por Dios. Salgo, las meto en el coche y le explico lo que usted quiera, pero después, ¿entendido?

Fui por ellas y él me siguió. Juntos las subimos hasta el recibidor.

—¿Está seguro de que no hay nada más? —me preguntó mientras se precipitaba hasta la puerta con una de las cajas.

—¿A qué se refiere?

—Papeles…, ¡qué sé yo!

—¿De Elena?

—O de quien sea. Papeles… Agendas…

—Hombre, yo tengo una agenda, como todo el mundo más o menos.

Soltó una risotada y salió. Otro sujeto le esperaba en el interior de un coche. Al vernos, bajó a abrir el maletero. En menos de un minuto lo habíamos cargado todo. Sin decir una sola palabra volvió a subir, puso el coche en marcha y desapareció. En cuando hubo doblado la esquina, me volví hacia Arturo; tenía un aire de cansancio bastante convincente, pero no había perdido ni un ápice de su dureza; la cara, como tallada en piedra, resplandecía bajo el sudor;

cada uno de sus movimientos, cada pequeño gesto, parecía una especie de milagro.

—Muy bien. Ahora explíqueme qué ha pasado.

—Sí, pero no aquí. Tengo la vespa aparcada en la calle de arriba; voy a buscarla y quedamos en algún bar.

—¡Está equivocado si piensa que voy a dejar que se largue sin darme una explicación! —le grité.

—No tengo intención de largarme, se lo aseguro. Pero no puedo quedarme aquí. Ya veo que todo esto es nuevo para usted y lo siento, pero no servirá de mucho que me detengan a mí también, ¿no le parece? Quedemos en cualquier sitio. ¿Hay algún bar abierto por aquí?

—Es muy tarde, no creo.

—Está bien, no perdamos más tiempo. Saldré a Mayor de Sarriá, seguiré hacia arriba cinco calles; luego me meteré hacia la izquierda y seguiré otras tres calles. Quedamos en esa esquina, dentro de diez minutos.

—¿Y cómo sé que usted estará allí?

—Mire, aunque sólo sea por la cuenta que me trae, no le quepa la más mínima duda. —Después sonrió como pudo, con sus labios cartón piedra, y añadió—: No quiero ni pensar en todo lo que podrían llegar a sacarle si se lo propusieran. Vístase un poco y recuerde: la quinta a la izquierda y después la tercera. No corra, no llame la atención, pero dése prisa.

Entré en casa y me quité el pijama por la escalera. Ni siquiera me puse unos calcetines. Fui obediente y no corrí pero llegué sin aliento, sudando a mares bajo la gabardina. Miré en todas direcciones y no vi ni rastro de Arturo. Empecé a temer una confusión: ¿la quinta a la izquierda, sin contar la calle de la que había salido…? Por si acaso, fui hasta la siguiente y volví. Un rumor de sombras pardas entre los cubos de basura, ya vacíos, me dio la medida exacta del silencio. Desde luego no se aproximaba ninguna motocicleta. Ignoro cuánto tiempo transcurrió porque no llevaba reloj; es posible que no fuera tanto en realidad, pero en cualquier caso era mucho más del

necesario. Me resultaba difícil imaginar que aquel tipo fuera capaz de semejante crueldad. Varias veces intenté serenarme y preparar alguna estrategia para el caso de que Arturo hubiera decidido dejarme allí, esperando como un imbécil, pero lo cierto era que no tenía ni la menor idea de lo que debía hacer ni tampoco se me ocurría a quién podía acudir; por eso seguí esperándole, humillado y perdido en mitad de ese presentimiento de ratas. Incluso hubo un momento en que me dominó la cólera y me alejé, unos veinte metros a lo sumo, pero enseguida volví sobre mis pasos, furioso, masticando el nombre de mi hija en el fondo de la garganta reseca y dolorida.

Así me encontró Arturo, tenso como una cuerda de violín, cuando por fin apareció desde el fondo de las callejuelas. Se aproximó a mí y me empujó suavemente hasta el hueco de un portal. Con voz bajísima, casi en un susurro, se disculpó:

—Perdóneme, pero me ha costado mucho encontrar un teléfono público. Quería asegurarme de que Elena no había llegado a casa.

La expresión de mi cara debió de ser todo lo patética que cabía esperar, porque Arturo bajó la vista antes de añadir:

—Pero no; lo siento; no ha contestado nadie.

—¿Por qué está tan seguro de que la ha detenido la policía? Puede haber sufrido un accidente, puede estar en un hospital y, mientras, usted y yo aquí, jugando a los espías. ¡La quinta a la izquierda y luego la tercera! ¿Sabe que casi me he vuelto loco de ansiedad esperando en esta mierda de esquina?

—¡Por supuesto que lo sé! Baje la voz, se lo ruego. Precisamente he ido a llamar para estar seguro de que todo esto no es innecesario. Hablemos claramente que acabaremos antes. Esta tarde hemos ido a una manifestación, en Gracia. Son muy rápidas y la mayor parte de las veces la policía no tiene tiempo de hacer gran cosa; en cuanto aparecen, nos dispersamos. Pero hoy todo ha salido fatal y Gracia es un barrio muy malo porque se puede cerrar con mucha facilidad. En fin, son cosas que pasan. Han debido de seguir

a alguien. Lo cierto es que lo sabían y han hecho una especie de bolsa; han detenido a mucha gente.

—Pero quizá ha podido esconderse en algún sitio.

—Ésa era una posibilidad, sí, por eso me lo he tomado con calma, a ver si podía ahorrarle a usted este trago. En Gracia las salidas son un asco pero la gente, a poco que pueda, te ayuda… Pero ya es demasiado tarde. La verdad es que ya no tengo ninguna duda; han tenido que detenerla.

—¿Por qué está tan seguro?

—Después de cada manifestación siempre quedamos en algún sitio para ver si falta alguien; Elena no ha venido a la cita de seguridad. Ella sabe que si no va, los demás hemos de suponer que la han detenido; o sea, que si se hubiera refugiado en alguna casa y por eso no hubiera podido llegar a la cita, se habría puesto en contacto conmigo lo antes posible. Puedo asegurarle que no andaría por ahí, horas y horas, sin dar señales de vida.

—Entonces…

—Espere, escuche. Eso que se han llevado de su casa es propaganda subversiva, le suena, ¿no? —Asentí—. Y representa seis años de cárcel y muchas hostias, ¿me comprende?

—¿Quiere decir que pueden maltratarla?

Quizá pensó que había sido demasiado explícito y se apresuró a rectificar:

—No, no necesariamente. No se preocupe antes de tiempo. Sólo quiero que se dé cuenta de lo importante que es que la policía no llegue a saber nada de todo esto.

—Oiga, ¿pero usted se cree que yo soy idiota?

—No me malinterprete. Es muy fácil meter la pata, mucho más de lo que parece. Si la han detenido en la manifestación no será grave, pero es muy importante que no crean que sabe algo que pueda interesarles, porque entonces la cosa cambia. No se preocupe más de la cuenta. Ella sabe cómo tiene que comportarse y por una «mani» no van a montar la intemerata. Quiero decir que la

interrogarán y ya está; ella lo negará todo y se hará la imbécil. Llegado el caso, usted tiene que hacer otro tanto.

—¿Cómo llegado el caso?

Me miró detenidamente antes de contestar; era evidente que estaba sopesando con cuidado lo que había que decirme y lo que había que ocultarme. Tanta precaución me producía escalofríos.

—Le pondré un ejemplo; viene la policía a su casa y le explican una historieta: que su hija es comunista, que ellos lo saben todo, e intentan tirarle de la lengua: que si viene con éste, que si va con aquél… Mentira. No saben nada y si usted no les da ninguna información acabarán por dejarla en paz. En cambio, si dice algo, por poco que sea, ya no habrá forma de pararles, ¿comprende? Hay que negarlo todo, hasta lo evidente. Hay que negar, negar, y negar. Por mucho que hagan o digan, tenga presente que la única forma de ayudarla es negando.

—¿Pero qué es lo que tengo que negar?

—No sé…; todo. Use el sentido común; todo, absolutamente todo lo que puede conducir a otra gente, al Partido. Todo lo que pueda comprometerla. Si se presentan esta noche usted ha de tomar la actitud de que su hija es poco menos que una monjita ursulina, ¿comprende?

—¿Pero por qué cree que vendrán a mi casa? Lo lógico sería que fuesen a la suya.

Inspiró hondo y me miró, en esta ocasión con el aire de quien está completamente harto.

—Pues no; en absoluto. A decir verdad no tengo ni idea de qué domicilio les dará porque, aunque parezca mentira, hasta hoy no se me había ocurrido pensar en esto, pero apostaría cualquier cosa a que no será el mío. Las monjitas ursulinas suelen vivir con sus papás… No use su lógica, use la de ellos; o inténtelo por lo menos. Yo tengo una ficha policial que da la vuelta a la manzana. Le aseguro que, a poco que pueda, no les dará mi dirección.

—O sea, que dirá que vive en mi casa…

—No sé. Quizá no; por lo de las cajas… Supongo que ya se habrá imaginado que yo he venido a sacarlas, pero no estará segura. —Se pasó la mano por la cara y añadió—: Cabe la posibilidad de que no se le ocurra qué decir.

—¡Por el amor de Dios!

—No se ponga nervioso; Elena tiene mucho sentido común. A lo mejor da la dirección de sus tíos.

—¡Magnífico! ¿Pero usted sabe qué clase de sujeto es mi cuñado?

—Sí, tengo una vaga idea; pero no creo que pudiera explicarles gran cosa aunque quisiera, porque, como saber, no sabe nada de nadie.

—Excepto de ella. Le faltará tiempo para jorobarla.

—De todos modos, ¿qué puede decir?

Tuve la sensación de que empezaba a comprender y Arturo debió de notarlo porque añadió:

—A fin de cuentas es su sobrina, ¿no?

—A usted lo que más le preocupa es su propia seguridad, ¿verdad?

—Mire, no diga tonterías. Por supuesto que me preocupa mi seguridad y la de mucha otra gente, porque la seguridad de cada uno de nosotros depende de la de los demás; por eso no voy a asomar las narices por mi casa hasta que sepa a qué atenerme; pero si no quiero que la relacionen conmigo no es por mí, es por ella. Es la primera vez que la detienen; con algo de suerte no se lo harán pasar demasiado mal, a condición de que crean que no sabe nada.

—¿Cómo puede usted consentir que corra esta clase de riesgos? Se supone que la quiere, ¿no?

—Digamos que mi punto de vista es otro.

—Digamos que usted no puede protegerla en lo más mínimo. Digamos que usted es el verdadero culpable de esta situación. ¿Por qué demonios tiene que meterla en sus líos? ¿No le basta con que le caliente la cama? ¡¿No le basta?!

Estaba completamente fuera de mí. No podía soportar su frialdad; su serenidad de ánimo me exasperaba. Ni siquiera me contestó. Se limitó a mirarme como si no me viera, y dio por concluida su lección magistral con una última recomendación:

—Lo mejor es que no sepan dónde trabaja, si es posible. Cuando lleguen, muéstrese sorprendido; que no noten que les espera. Y mañana llame al despacho de Elena y póngales al corriente; ya están advertidos, sólo aguardan una confirmación; pero no les llame desde su casa. Tenga mucho cuidado con el teléfono. De todos modos, no se podrá hacer nada hasta que la pasen al Juzgado de Guardia. Bien. Me marcho. Tenga calma; cuanta más, mejor.

No fuimos capaces de estrecharnos la mano. Lo vi alejarse por el callejón, digno y helado, y me pareció que era tan inverosímil como una pesadilla; pero no pude pensar más en él porque Elena ocupaba todos mis desconciertos. ¿Realmente iba a presentarse la policía?; resultaba difícil de creer. Me sentía mortalmente cansado y eso me infundía cierta sensación de tranquilidad; pura bioquímica: la fatiga tiene efectos sedantes.

Durante el camino de regreso no me crucé con nadie, no pasó ningún coche. La calma era total; del corazón de la ciudad se elevaba un rumor lento y continuo. Apreté el paso y de pronto, como un regalo, me llegó una bocanada del aire salado que proviene del mar y que me trae tantos recuerdos hermosos: la dulzura de los viajes, el trasiego de maletas, los ensayos en cubierta…, ¡ese júbilo dorado de partir…! Me pareció un buen augurio que el mar me saludase y doblé la esquina de mi calle intentando persuadirme de que al día siguiente todo habría pasado, sin dejar rastro, como una noche de fiebre o una pesadilla.

Ocurre a veces que hasta el mar miente. Frente al viejo portalón se distinguía, con toda claridad a causa del farol, un milquinientos gris. Avancé lentamente hacia los hombres que se agrupaban frente a mi puerta. El corazón me latía tan deprisa que apenas podía respirar; una vorágine circulatoria me estallaba en las venas.

Mi primer propósito fue acercarme y preguntarles «¿Qué desean?», con toda tranquilidad, como quien viene de pasear a un perro imaginario; pero mientras andaba buscándome la voz al pie de la escalera, uno de ellos se me adelantó:

—¿Vive aquí Elena India?

Bonita pregunta, sí señor; portentosamente simple. ¿Sí o no? Mejor sí; puesto que ellos habían venido, debía de vivir aquí.

—Sí —contesté, completamente a ciegas, temiendo haber empezado a meter la pata.

—¿Es usted su padre?

Por suerte, una pregunta muchísimo más fácil; la agradecí en lo que valía y asentí.

Sacó una especie de carterita, un documento quizá, o puede que una placa. Ni siquiera lo miré.

—Policía —me informó—. Abra la puerta.

Arturo me susurraba al oído: «Cuando lleguen, muéstrese sorprendido; que no noten que les espera».

—¿Le ha pasado algo a mi hija? —pregunté.

—Abra la puerta —me contestó.

«Un buen padre insistiría», me dije, o sea que insistí:

—¿Pero qué le ha pasado a Elena?

—Está detenida. Abra la puerta; tenemos que hacer un registro.

Convenía rasgarse las vestiduras:

—¿Detenida? ¿Pero por qué?

Sin embargo no parecían muy dispuestos a paladear mis recursos dramáticos:

—¡Abra la puerta! —me gritó.

Saqué mis llaves y aunque me apliqué todo lo posible, tardé varios segundos en dar con la cerradura. Entraron en tropel y ni siquiera se me ocurrió pedir una orden judicial.

Uno subió la escalera, otro se fue hacia el salón, mientras mi interlocutor me preguntaba:

—¿Dónde está el cuarto de su hija?

¡Dios mío, el cuarto! ¿Pero qué cuarto? Allí no había más que cuartos vacíos. ¡Cómo era posible que no se nos hubiese ocurrido! No debía de haber ni un solo pijama, ni un miserable jersey abandonado en los armarios; a lo sumo, algo de ropa de cama.

Mientras aquel tipo repetía mecánicamente su pregunta, pude comprobar que la mente se me iba quedando progresivamente en blanco. Para ganar tiempo, hice un gesto vago que tanto podía referirse al piso de arriba como al tejado o la luna; después me dirigí hacia la botella de coñac que había sobre el aparador, me serví una copa larga y me la bebí de un trago. A mi derecha, uno de aquellos maníacos estaba, literalmente, desmontando la librería.

—¿Se puede saber qué diablos busca? —le pregunté, pero no contestó; siguió, impertérrito, sacudiendo libros y vaciando cajones en el suelo. Durante aquellos minutos, que me parecieron horas, busqué en vano una explicación; no se me ocurría nada que fuera verosímil o tuviera un mínimo de sentido. Hubiera podido decirles: «En esta casa los ratones son muy aficionados a las bragas de jovencita»; pero no era cosa de exasperarlos porque Elena estaba en su poder. ¡Y aquel retrasado mental, que creía haberlo previsto todo! ¿Por qué no se había presentado con su ropa, con algún libro…? En toda la casa no había nada que pudiera pertenecer a Elena, ni siquiera unas puñeteras zapatillas.

Iba a servirme otro coñac cuando atravesó la puerta el que había venido haciendo las preguntas:

—Acompáñeme a la habitación de su hija —me ordenó.

Le precedí por la escalera lamentando no haberme tomado esa segunda copa y me fui directo al cuarto de Ramona. Como era de esperar, parecía el desierto del Sahara; el armario, abierto de par en par, estaba completamente vacío.

Se colocó frente a mí, flanqueado por uno de sus compinches, y añadió:

—Déjese de idioteces y díganos dónde vive su hija.

—¿Cómo idioteces? Mi hija vive aquí.

—¡Aquí no vive nadie! —bramó; y le pegó tal patada a la puerta del armario ropero que una de las bisagras se desprendió.

Fue ese sonido de la madera al desgarrarse contra la punta metálica de la bota, casi militar, de aquel sujeto; o fue el silencio que sobrevino luego; o todo a la vez: en ese preciso instante me hice cargo de la situación. Le miré y pensé que parecía un hombre cualquiera, demasiado común quizá, un extraño aspecto para un enemigo; y comprendí el universo de violencia que había intentado desvelarme Arturo mientras me imaginaba lo difícil que resultaría «negar lo evidente», negarlo por mucho que hicieran o dijesen. Y me sentí tan aterrorizado que saqué fuerzas de mi propio terror.

—Le repito que mi hija vive aquí.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde está su ropa?

—No tengo ni la menor idea —contesté.

—Oiga, mire, llevo toda la noche de la Ceca a la Meca y no pienso perder ni un minuto más. —Se adelantó dos pasos hasta ponerse justo frente a mí y en voz más baja añadió—: Su hija no vive aquí y usted me va a decir ahora mismo dónde vive.

Sólo quedaba el empecinamiento; convencerles era imposible. No quise rehuir su mirada, era la mirada común de un hombre cualquiera. Extendió la mano y golpeó con ella por debajo de mi plexo solar. Fue tan rápido que ni siquiera tuve tiempo de hacer un gesto. Mientras intentaba respirar a pesar de la sensación de dolor y de vacío, todavía me preguntaba qué había pasado; quería toser y no podía, quería gritar y no me salía la voz: el aire se había esfumado. Por detrás alguien me sostenía frente a él.

En cuanto se hubo atenuado el dolor y la asfixia, volví a murmurar: «Mi hija vive aquí». Él me contestaba, o me amenazaba, pero yo había decidido no escucharle mientras repetía una y otra vez: «Aquí, vive aquí». El segundo golpe me hizo perder unos segundos el sentido. Temí que si me daban un tercer golpe me ahogaría definitivamente. Por instinto intenté protegerme el estómago con las manos y noté que alguien me sujetaba. El dolor

me impedía pensar; como un autómata, tomaba aire y repetía: «Vive aquí», y me asombraba de mi propia voz desconocida.

A partir de determinado punto apenas puedo recordar lo que pasó. Sus insultos me llegaban a jirones, como partes de una conversación en mitad de la multitud. Por último quedé tendido en el suelo. Todavía hizo amago de golpearme con su bota en la cara, pero yo ni siquiera me moví; tenía la impresión de que iba a dormirme. Nada de todo aquello me parecía real, excepto aquel dolor sin presentimientos que me empujaba lejos de la habitación.

Quizá me desmayé. Debieron de levantarme del suelo y sentarme en una silla. Al recuperarme comprendí que había vomitado el coñac y eso me disgustó; la camisa me apestaba a alcohol.

—Como sigas en este plan —me dijo—, te vienes con nosotros.

No había nada en este mundo que deseara más. Quizá podría verla, saber cómo estaba; quizá podría hablar un instante con ella. Ser detenido me parecía un precio insignificante. Nunca hasta entonces había amado de una forma semejante, tan disolvente y aniquiladora, tan pura y perfecta.

Di por sentado que me conducían al lugar en el que ella se hallaba. A través de la ventanilla del automóvil, la ciudad parecía una marejada de sombras a velocidad vertiginosa. Estaba tan aturdido que no podía reconocer las calles que atravesábamos. El empedrado de la calzada me producía una vaga sensación de fractura entre las costillas, como si alguna pequeña víscera se fuera deshaciendo en mi interior, se licuara o se derritiera por efecto de esa extraña luz que provenía de fuera y que me llenaba el fondo de los ojos a grandes ráfagas amarillas. Era como si acabara de salir de una gran borrachera de absenta; apretaba los labios, hirvientes y resecos, y concentraba mis últimas fuerzas en mantener los ojos abiertos.

Nos dirigíamos a la Jefatura Superior de Policía. De inmediato reconocí la imponente silueta del edificio y me vinieron a la cabeza todas las barbaridades que había oído contar a propósito de sus sótanos. ¿Habrían sido capaces de pegarle? Y si lo habían sido,

¿hasta qué punto? El recuerdo de los días de la posguerra no me ayudaba a contener la imaginación desbocada.

Me dejé conducir a una sala que olía vagamente a orina y, con toda docilidad, me abandoné sobre el banco que me señalaron. El inevitable retrato presidía con silencioso desdén desde la pared. A mi izquierda una mujerzuela fumaba lentamente, y un poco más allá un hombre maduro se restregaba frenéticamente las rodillas. Los policías iban y venían, sin prisas, como funcionarios en cualquier oficina.

No habían pasado más de diez o quince minutos cuando se me acercó un joven y me ofreció un cigarrillo. Tenía unas ganas furiosas de fumar, pero aceptar me pareció un acto de confraternización. Entonces me tendió el paquete entero y me obligó a que lo guardara en el bolsillo:

—Ande, cójalo. Luego le hará falta —me dijo.

Daba la impresión de que quería conversar conmigo.

—¿Necesita algo? —me preguntó.

Esa pregunta me desconcertó por completo; no era la clase de pregunta que yo esperaba. Quise cerciorarme de que aquel sujeto era lo que parecía:

—¿Es usted policía?

Asintió con una sonrisa y añadió:

—¿Y usted?

—No; yo no.

Sonrió de nuevo.

—Ya sé que no es policía; le preguntaba por su ocupación.

—Soy violinista —contesté.

—¡Ah, qué maravilla! A mí me encanta la música. Música clásica, supongo.

—¿Usted me conoce?

—No, pero bueno… —Su tono de voz se volvió más grave—. No tenían que haberle traído. En fin, si puedo ayudarle en algo…

Me miraba con una expresión cargada de complicidad.

—Mi hija está aquí, ¿verdad? ¿Podría verla? Se lo ruego; quisiera verla para asegurarme de que está bien.

Hizo una mueca de significado indefinido:

—No creo que sea posible. Está incomunicada.

—¿Qué quiere decir incomunicada? ¿Le han hecho algún daño?

—No, hombre, no… Pero su hija no es muy razonable. Mire, voy a ver qué se puede hacer; enseguida vuelvo.

De nuevo ese redoble de tambor en el pecho. Me puse en pie y tuve que volver a sentarme. Estaba extraordinariamente excitado y a la vez sentía cierto alivio; era formidable haber encontrado una persona amable en un sitio como aquél. De improviso la mujer que estaba a mi izquierda volvió su rostro hacia mí y me susurró:

—Ándate con ojo con ése.

Al principio no comprendí.

—¿Cómo dice? —le pregunté.

—Que te andes con ojo.

—Perdone, no la entiendo.

—¡Que no te fíes de ese hijo de puta!

—¿Usted le conoce?

Se rió un poco, como para sí misma, y me miró con una expresión que me hizo pensar en Arturo; era como si, de algún modo, hubiera conseguido hacerme llegar un último mensaje a través de la mirada impávida y tristísima de aquella mujer.

El policía volvió al cabo de pocos minutos, me tomó por un brazo y me condujo a un cuartucho sin ventanas al final de un pasillo.

—Siéntese —me pidió mientras se apoyaba sobre un escritorio—. He hecho todo lo posible. Están muy tercos.

—¿Entonces no puedo verla?

—¡Claro que sí! Tenemos que acabar con esta tontería. Parece que su hija no quiere decir dónde vive. ¡Es absurdo! Estoy convencido de que en cuanto se aclare esa cuestión les dejarán marchar.

La forma en que se excluía resultaba casi graciosa; hacía un uso portentoso de la tercera persona del plural.

—Mi hija vive conmigo —le contesté—. Estoy harto de decirlo.

—¡Vamos, señor India! Usted es una persona seria. ¿A qué todo ese empeño en no decir dónde vive? También son ganas de poner las cosas difíciles.

—Como comprenderá no voy a inventarle un domicilio sólo para complacerles.

—Mire, yo quiero ayudarle, pero es necesario que tenga usted el sentido común que le falta a ella. ¿No se da cuenta de que con esta actitud se hace cada vez más sospechosa?

—¿Sospechosa de qué?

—¡Qué sé yo! Hay quien ve comunistas debajo de cada piedra. ¿Quiere que piensen que su hija es comunista?

—¡Esto es de locos! ¿Qué le voy a hacer si mi hija vive conmigo?

—Así no vamos a ninguna parte. Eso no es cierto; su propia hija ha dicho que no vive con usted.

Tuve que hacer un enorme esfuerzo para no acusar el golpe. ¿Mentía?; ¿decía la verdad?; ¿qué les había dicho Elena?; ¿qué demonios era lo que les había dicho?; ¿cuánto tiempo iba a poder seguir jugando al ratón y el gato con aquellos bestias cuya inmoralidad era, por añadidura, tan desconcertante?

—Mi hija no puede haberles dicho tal cosa —contesté.

—Oh, le aseguro que sí. Su hija ha dado una dirección en la Avenida José Antonio.

—La dirección de mis cuñados.

—Exacto. Pero allí aseguran que hace casi un año que se fue.

—Sí, conmigo.

—¡Por favor! ¿Y entonces por qué ha dado esa dirección?

—No sé. Quizá tuvo miedo; es posible que haya temido que yo me enfadase y haya intentado ocultarme este incidente. ¡Vaya usted a saber…!

—Ya. ¿Y el cuarto vacío?

—No lo sé; no lo entiendo. Ya me doy cuenta de que es difícil de creer, pero yo he sido el primer sorprendido.

—No quisiera alarmarle, señor India, pero aquí los hay muy poco comprensivos. Hágalo por ella, hombre; ahórrele el mal rato.

—¿Cómo el mal rato?; ¿qué mal rato?

—En sus manos está.

—¡Rata asquerosa! —murmuré.

Se levantó y sin decir palabra abrió la puerta de par en par. Tenía una expresión burlona que transformaba completamente la morfología de su cara; sencillamente, parecía otro.

—¡Quiero ver a mi hija! —le grité.

En ese instante entraron dos hombres y me sacaron a empujones al pasillo. En el interior de otro despacho, tras una mesa, nos esperaba un tipo de una fealdad espantosa, una especie de batracio en traje de calle.

—Siéntese —me ordenó.

—Quiero ver a mi hija —repetí.

—Sí, ahora mucha preocupación y mucho griterío y tocárnoslos bien, que para eso estamos. A ver, ¿dónde coño vive su hija?

—¡Vive conmigo, conmigo, vive conmigo!

—Se lo preguntaré por última vez. —Y articulando lentamente las palabras añadió—: ¿Dónde vive su hija?

—Ya se lo he dicho.

—Mira qué bien, ya me lo ha dicho. A lo mejor ni siquiera lo sabe. Van por ahí como rameras, igual que rameras. Ésta vivirá con algún tío, seguro.

—Le advierto que se me ha acabado la paciencia. Exijo ver a mi hija; yo soy su padre y ustedes no pueden impedirme verla.

—Se equivoca. Sí podemos. Y no me alce la voz porque le romperé la cara —me contestó.

—Mire, si le han hecho el más mínimo daño, el más mínimo, ¿comprende?, no le bastará con romperme la cara; así que le sugiero que se vaya preparando, a no ser que esté dispuesto a pegarme un tiro y a explicarles después a mis amigos cómo fue; porque yo tengo amigos, sabe, buenos amigos. —La sangre me hervía en las venas; cuanto más impotente me sentía, mayor era mi

cólera—. ¡Quiero llamar por teléfono! —grité—. ¡Ahora mismo quiero llamar por teléfono!

Por suerte, nadie hizo ademán de ofrecerme uno; no hubiera sabido qué hacer con él.

Sus gruesas manazas me asieron por las solapas; mientras me zarandeaba sentí el deseo puro y primitivo de pegar, a mi vez, todo lo que me fuera posible, pero como no tengo buena disposición para la violencia física, apenas conseguí rozarle. A decir verdad, sólo le di un magnífico pretexto para exhibir sus dotes de matón. No creo que quisiera hacerme daño; posiblemente sólo pretendía humillarme y por supuesto lo consiguió. Cuando volví a oír su voz, impartía instrucciones a sus hombres, que me miraban con una mezcla de rabia y estupor:

—Le dejáis bien lejos; le conviene andar, a ver si se le aclaran las ideas. Y tú —me gritó— procura cerrar la boquita o acabarás por tener algún disgusto, porque yo me meo en tus amiguitos, ¿entiendes? Me meo. ¡Será imbécil el tío!

Me sacaron en volandas y me metieron en un coche. La posibilidad de ver a Elena se había esfumado del todo y yo me sentía vagamente culpable, aunque no sabía muy bien por qué.

—¿Adónde me llevan? —pregunté.

—De paseo —me contestó el que estaba a mi izquierda.

—¿De paseo adónde? —volví a insistir, pero no obtuve ninguna respuesta.

Evidentemente les había subestimado. ¿Qué les impedía llevarme al quinto infierno y darme una paliza de muerte? O acabar conmigo. ¿Quién iba a impedírselo?; ¿mis influyentes amigos? El miedo me llegó de pronto, como si se tratara de una somnolencia repentina.

En pocos minutos dejamos la ciudad a nuestra espalda e iniciamos el ascenso de la Rabassada. Era el escenario perfecto para un crimen; no faltaba nada: la carretera estrecha, de trazado sinuoso, la tremenda oscuridad apenas conmovida por la luz amarillenta de los faros, y las pistolas ocultas en las cartucheras de aquellos hombres cuyos rostros se negaban a entrar en mi memoria.

El coche se detuvo en un pequeño recodo y como si todo hubiera estado convenido de antemano, uno de ellos se apeó con ademanes precisos y me ordenó que bajara.

—¡No! No quiero —contesté.

—¡Vamos, baje! —repitió.

Empezó un forcejeo furioso. Yo me había sujetado con ambas manos a la barra metálica que había tras los asientos delanteros; como si estuviese suspendido en el vacío, me había asido a aquella barra con todas mis fuerzas. ¡Qué necio! Existe un animal agazapado en nuestro interior, siempre dispuesto a traicionarnos en el último momento; es un ferviente admirador de la vida que ignora las leyes de la dignidad y del honor y que puede, llegado el caso, hacer un gesto tan ridículo como aquél.

Por suerte, no tenían otra intención que dejarme allí. En cuanto consiguieron sacarme del interior del coche, se alejaron a toda prisa. Tembloroso aún, tambaleándome un poco, emprendí el regreso por la carretera desierta y silenciosa. La oscuridad empezaba a replegarse sobre la queda somnolencia del bosque. Hacía un frío espantoso. Avancé lo más rápidamente que pude, aturdido como un sonámbulo, en pos de la ciudad que ya se perfilaba, a lo lejos, contra el pálido resplandor del alba.

Cuando por fin llegué a la Avenida del Hospital Militar hacía un buen rato que había amanecido. Era extraordinariamente urgente encontrar un abogado, pero resultaba inútil intentarlo antes de las nueve o las diez de la mañana. Hubiera debido aprovechar para ir a casa, tomar una ducha, comer algo; pero en cuanto me vi dentro de un taxi, di la dirección del despacho de Elena.

Y lo hallé cerrado, por supuesto. Deambulé por la acera como un poseso, hasta que abrieron el bar y pude sentarme en la glorieta a observar fijamente el viejo portalón mientras me tomaba una taza de café tras otra.

Es del dominio público que los abogados no madrugan. Faltaba poco para las diez cuando apareció uno de los jóvenes que trabajaban en el bufete. Lo conocía, muy superficialmente, de haberle visto en compañía de Elena. Corrí a su encuentro y le alcancé en la portería. No tuve que decir palabra; le bastó echarme una ojeada para hacerse cargo de mi situación: todavía estaba a medio vestir —ni calcetines, ni chaqueta, ni corbata, o sea, tal como había salido de casa para encontrarme con Arturo—; sobre la pechera de la camisa se superponían los restos difusos del coñac y además la gabardina se me había manchado de fango, probablemente cuando me arrojaron del coche.

—¡Madre mía! —exclamó.

—Han detenido a Elena.

—Ya —me contestó con esa suerte de resignación o de eficacia sombría que empezaba a resultarme familiar—. ¿Hace mucho que espera?

—Un rato —simplifiqué.

—Explíqueme lo que ha pasado.

Se lo conté con cuidado, lo mejor que pude. Me hizo preguntas y más preguntas; intentó tranquilizarme por todos los medios, pero en vano. A fuerza de café y de ansiedad yo había perdido por completo el sentido de la proporción. Se me había metido en la cabeza que Elena estaría poco menos que muerta y no podía admitir que no fuera posible hacer nada concreto hasta que finalizase la detención.

—Por suerte se acabó el estado de excepción —dijo—, así que ya no pueden quedársela indefinidamente; tendrán que mandarla al Juzgado de Guardia o ponerla en libertad.

—Pero ¿cuándo?

—Mañana por la noche, a lo más tardar.

—¡Pero no podemos esperar! ¿No se da cuenta de que pueden haberla matado?

—No diga barbaridades, hombre. Cálmese. Tiene que descansar un poco. Voy a hablar un momento con alguno de mis compañeros y le llevo a su casa.

—No se preocupe por mí, por favor; ocúpese de ella.

—Todo lo que pueda hacerse, se hará; esté tranquilo. Confíe en mí —me pidió—. Ahora tiene que dormir un rato. Déme su número de teléfono. En cuanto sepamos cuándo la pasan al Juzgado de Guardia le llamaré.

Salió y volvió al poco, junto con una de las secretarias que nos acompañó a la puerta.

—No se preocupe, señor India —me consoló la muchacha—. Ya verá como todo se arregla.

Era de la edad de Elena y llevaba los mismos pantalones descoloridos y el mismo tipo de jersey descomunal. A buen seguro también tenía un amante imbécil y malgastaba el precioso tiempo de su juventud emborronando paredes con patéticas llamadas a una huelga general fantasmagórica. Hasta que la detuviera la policía y la hiciera picadillo. Mirados de cerca, daban la impresión de que les faltaba algo; probablemente el instinto de conservación.

El joven abogado quería acompañarme a toda costa y no fue fácil disuadirlo. Camino de casa, en el taxi, intenté hacer inventario de mi

estado: el inevitable dolor de cabeza, la fatiga llevada hasta sus últimas consecuencias, amalgamada con todo lo demás —los golpes, el miedo, la tensión— en un nudo rígido a la altura de la nuca; y las viejas manos —ésas con las que también puedo mirar, aunque de una manera fragmentaria, parcial, sirviéndome sólo de la punta de los dedos—, ciegas y torpes como murciélagos.

El silencioso desorden de mi casa me asestó el último y definitivo golpe. Parecía que habían entrado a robar.

Me acurruqué en un sillón mientras pensaba que tenía que recogerlo todo y sin darme cuenta me quedé dormido. Allí, tirado en el sillón, me sorprendió el sonido del teléfono. Gruñí lo que pude a través del auricular, braceando todavía en la marea oscura del sueño, y el abogado se limitó a decirme:

—Esté mañana a las ocho y media en la puerta del Juzgado de Guardia. ¿Sabe dónde está?

—¿Ha tenido noticias? —le pregunté.

—Todo sigue igual —me contestó—. Mañana hablaremos.

—¿Usted estará allí?

—Por supuesto. Buenas noches. —Y después colgó.

En efecto, ya era de noche. Ese extraño día se había volatilizado en la profundidad de un sueño vacío y casi comatoso. La luz del farol penetraba en el salón a través de los visillos y proyectaba la sombra de la reja sobre el suelo. En ese momento, todavía con el teléfono entre los dedos, tuve la impresión de que se me había abierto una vieja herida. Junto al miedo y la impaciencia compulsiva que me dominaba, unida a aquella sensación de fractura y de derrota, era imposible no reconocer la fuerza de la vida reinstaurando sus dominios, sus aspiraciones más esenciales, que yo creía barridas para siempre. Me sentía un poco alucinado, como si me hubiera mordido un animal venenoso y desconocido. Probablemente se trataba de algo muy simple, casi fortuito: había conseguido atisbar el horror dentro del horror, desbordándose a sí mismo en olas brillantes, y su monstruoso resplandor me había devuelto el deseo

de vivir, de escapar de aquella espiral de la nada que me cercaba desde hacía tanto tiempo.

Me levanté de un salto y empecé a recoger los papeles y los libros mientras me repetía: «Me la devolverán; tarde o temprano me la devolverán», y a cada nuevo movimiento, con cada gesto, se hacía más precisa la ausencia de su forma entre mis brazos.

Recogí sin encender la luz; casi a oscuras, fui borrando las huellas del registro. Coloqué de cualquier modo los libros en las estanterías, devolví los papeles a los cajones sin mirarlos, y embutí lo demás en los armarios. En cuanto hube acabado, me desnudé por completo y subí tiritando a ducharme. Aquella noche, el agua caliente deslizándose por mi espalda, desanudando los músculos entumecidos, me devolvió una sensación que casi había olvidado: la avidez del cuerpo, todavía fuerte y hambriento.

No tardé en comprender que ya no podría volverme a dormir. Permanecí un buen rato tendido en la cama, observando el resplandor azulado de la oscuridad en el techo y escuchando el sonido de mi propio aliento. Finalmente me envolví en una manta y bajé a la cocina. Tenía un hambre atroz, pero, como de costumbre, la nevera estaba prácticamente vacía: una lata de anchoas abierta Dios sabía cuándo y un frasco de mayonesa descolorida.

Me vestí rápidamente y me fui con la intención de cenar en cualquier bar. Entré en la bodega del aragonés, lo primero que me salió al paso. Después de dos ginebras, mientras devoraba los restos de las tapas del mediodía, me imaginé los viajes que haríamos en cuanto fuera posible. ¡Había tantas cosas que Elena no había visto! En primer lugar, le mostraría Italia; las pequeñas iglesias húmedas y sombrías y el hervidero de las plazoletas a esa hora en que la luz se llena de irisaciones doradas y la mirada maligna de los sureños, brillando bajo el sombrero como una daga florentina. Serían unas vacaciones muy largas. Vendería la casa o la finca o lo que fuese y le mostraría Italia entera. Y después seguiríamos en barco hasta Grecia o, mejor aún, por tren en dirección al norte, hacia los inviernos

silenciosos y la quietud del hielo, y después más allá, más lejos aún. ¡¡¡Y no volveríamos jamás a esta ciudad sitiada!!!

Sin darme cuenta me descubrí dando puñetazos sobre el mostrador y preguntándome qué clase de bebedizo le habían dado, cómo era posible que prefiriese todo aquel sórdido trajín, aquella locura tan peligrosa, ¡a su edad!, a esa edad en la que sólo cuenta vivir, viajar, en definitiva, ser feliz.

Me marché como un viejo loco, murmurando «¡No lo entiendo, no puedo entenderlo!» y esperé a estar en la calle para llorar a gusto, hasta no poder más.

¡Qué portentosamente larga es la mano del azar! Aquel día, en el despacho del juez, quise pensar que mi padre había encontrado el medio de seguir velando por nosotros, sus criaturas, las que él había creado con la esperanza de que crecieran a su imagen y semejanza y que parecían no tener otra meta en la vida que decepcionarle. Mientras le fue posible, mi padre había intentado protegerme por todos los medios a su alcance, abrumándome con ese sentido del deber en estado sólido que era su única religión; probablemente son innumerables los motivos que me dio para estarle agradecido, y sin embargo yo prefiero esa ocasión a cualquier otra, por más que me consta que fue la pura casualidad la que le trajo en mi auxilio aquel espantoso día, cuando ya hacía diecisiete años que había muerto.

Las cosas no podían ir peor. El abogado había intentado darme ánimos pero no hasta el punto de hacerme concebir esperanzas. Por lo visto, lo más probable era que el juez ordenase el ingreso en prisión por manifestación ilegal o algo por el estilo.

—Pero no se preocupe —me había asegurado—, en el peor de los casos no serán más que un par de meses.

¡Un par de meses! O un par de semanas, o dos días. Y mientras él largaba semejante majadería, yo encendía el enésimo cigarrillo y me preguntaba cómo iba a resistir los siguientes veinte minutos.

En torno a nosotros una pequeña multitud esperaba también la llegada de los detenidos. Gitanas, hombres oscuros, mujeres de todas las edades conversaban en la calle a la puerta del Juzgado, ante la impasible silueta de los guardias civiles que nos miraban como si no nos vieran desde el interior del edificio. Poco antes de que llegase el furgón, uno de ellos había salido para desalojar a unos muchachos que se habían sentado en la escalera y, al verle

acercarse dando voces un poco incomprensibles, los chicos se habían levantado a toda velocidad y habían echado a correr hacia la calle, antes incluso de haber entendido exactamente lo que pasaba.

Todo parecía concebido para que nos sintiésemos aniquilados. Por si acaso, yo me había puesto mi mejor traje, unos gemelos de oro, una magnífica corbata de seda; pero después de hora y media de espera en medio de aquella lentísima tristeza, me daba la impresión de que iba vestido con harapos; a fuerza de soportar el desprecio —y la grosería— de aquellos sujetos uniformados que ni siquiera me habían dejado entrar en el edificio, empezaba a tener la sensación de que yo no era nadie, un desgraciado a quien no había que conceder ni crédito ni atención. Posiblemente esa escenografía no era casual, como tampoco lo era que sobre la primera puerta, justo encima de nuestras cabezas, pudiera verse un escudo con la balanza de la justicia en un tono decididamente gris-cemento.

Habíamos convenido que yo intentaría hablar con el juez; sin embargo no estaba claro que fuera a recibirme. Según había averiguado el abogado, primero quería tomar las declaraciones, y después, si tenía tiempo —o ganas—, cabía la posibilidad de que me concediese unos minutos, aunque era poco partidario de esa clase de entrevistas. En definitiva, la detención suponía la entrada en un sistema que tenía su propia lógica —la lógica de lo inapelable, para ser completamente preciso—, de modo que era inútil preguntarse por qué no se podía esperar en el vestíbulo en vez de en la calle; o cuál era la causa de que no fuera posible hablar un instante con los detenidos; o de quién se ocultaba el juez; o qué necesidad había de que todo fuera tan humillante, inhumano e incierto.

Llevábamos dos horas largas de espera cuando se presentó el furgón. Una descarga eléctrica recorrió la acera; las conversaciones cesaron; la fatiga desapareció de los rostros como por ensalmo; los guardias civiles se precipitaron a la calle y trazaron una especie de pasillo. El abogado ya me había advertido que podía resultar desagradable:

—Bajan esposados; suelen tener mala cara, pero no hay que dejarse impresionar —me había dicho.

Verla salir de aquel vehículo sin ventanas y mirar en torno, un poco deslumbrada por la luz, no me supuso, en contra de lo que creía, ninguna clase de alivio. Para ser exacto, me partió el alma. Apenas pude verle la cara. Delgada y desdeñosa, atravesó el cordón sin verme. La llamé con todas mis fuerzas pero se me quebró la voz. Todo debió de transcurrir en menos de cinco o seis segundos.

—¿Pero cómo es posible? —grité—. ¡No me ha visto!

Los acontecimientos discurrían de un modo circular, como en las pesadillas. Elena iba de sótano en sótano y quizá se sentía abandonada mientras yo intentaba inútilmente asomar la cabeza por alguna rendija. Pero no tenía sentido montar un escándalo; no había nada que hacer, salvo dejarse llevar como una hoja en el curso de un torrente; así que esperé y seguí esperando; esperé tanto que acabé por no comprender qué era lo que esperaba. Tenía la impresión de hallarme al principio de una larga cola que seguiría indefinidamente a través de decenas de despachos y ventanillas, sin otro objeto que anestesiarme un poco la angustia de no poder hacer nada verdaderamente útil.

La poca confianza que me quedaba se había desintegrado bajo la masa de aquellos cientos de minutos que me pesaban en las rodillas como si fueran de plomo; en suma, empezaba a temerme que el juez no me recibiría. Hasta el abogado —que había entrado con una de mis tarjetas para hacérsela llegar en el momento oportuno— tardaba en salir.

En su ausencia, repasaba mi papel. Hacerse viejo significa, entre otras cosas, saber que difícilmente somos capaces de conmover a los demás con la fuerza de nuestros deseos; que da lo mismo que necesitemos algo hasta la locura; que todo es intercambio y que la desesperación asusta, de modo que siempre es preferible la súplica tenue, el ruego comedido; por eso —porque soy viejo—, sabía que no me convenía presentarme tembloroso y deshecho. Respiraba

hondo y repasaba el libreto: «La niña tiene un poco de bronquitis; la cárcel no le conviene en absoluto, señoría».

Por fin el abogado apareció sonriente al pie de la escalera y me hizo señas para que subiera mientras se explicaba con uno de los guardias.

—El juez le recibirá ahora mismo —me dijo—. Ya le han tomado declaración y después he podido hablar con ella; está muy bien y le manda un abrazo.

—¿La ha visto?

—Sí, sí. Está muy bien, no se preocupe.

—¿Y yo no puedo verla?

—No, señor India, no es posible. Ha seguido diciendo que vive con su tío en la Gran Vía; ya le he dicho que cambie de disco. Pero no se preocupe, yo creo que todo va bien. Ahora tiene que ver al juez. A propósito, ¿es posible que el juez le conozca?

—¿A quién?

—A usted.

—¿A mí? No creo.

—Le he dado su tarjeta y… no sé… ha sonreído como si su nombre le fuese familiar. Además, quiere verle a solas. Es extraño.

—¿Qué quiere decir?

—No sé, da igual. Dése prisa que le está esperando.

Casi a la carrera me condujo hasta una puerta cerrada y llamó con los nudillos.

—Sobre todo no pierda la compostura —me advirtió mientras abría la puerta y me empujaba suavemente hacia el interior.

En un despacho, sólo a medias confortable, me esperaba un hombre algo mayor que yo, que salió a mi encuentro y me tendió la mano afablemente.

—¿Señor India? —preguntó—. Usted tiene que ser el hijo de don Guillermo, ¿verdad?

Atónito balbucí:

—Sí, en efecto. ¿Conocía usted a mi padre? —le pregunté, mientras estrechaba su mano.

—¡Madre de Dios! —me contestó—. Su padre y el mío estudiaron juntos en Salamanca. Cuando me destinaron a Barcelona, fue su padre quien se ocupó de buscarme alojamiento. Un piso excelente, todavía vivo allí.

—¡Vaya! —exclamé mientras un escalofrío de gozo me recorría la espalda.

—Sí. Yo hice como su padre, ¿sabe?; me casé con una catalana y me quedé. Pero usted no es abogado, ¿verdad?

—No, yo no. Mi padre hizo cuanto pudo para persuadirme, pero a mí no me gustaba. Yo soy músico.

—La vocación es la vocación —me contestó—. Además hizo usted bien; esto es muy duro. —Luego me tendió un cigarrillo y añadió—: Imagino que ya se habrá hecho una idea.

—Sí —respondí—. Desgraciadamente.

—Lo cierto es que al tomarle declaración a su hija ya me he fijado en el apellido; pero cuando su abogado me ha pasado su tarjeta me he dicho: no cabe duda, tiene que ser la nieta de don Guillermo. —Tras lo cual se produjo un pesado silencio. Yo había olvidado completamente el libreto y el juez fumaba con estudiada lentitud. Al cabo de unos instantes prosiguió—: ¡Los hijos! ¡Menudo negocio!

—Toda la culpa es mía, señoría —balbucí—. Yo viajo mucho, por mi profesión, y apenas he podido ocuparme de ella. Su madre murió de parto y… —el aliento empezaba a salirme a trompicones—, pero le aseguro que esto no se repetirá.

—Sí; de eso se trata precisamente. Vivimos tiempos difíciles, señor India, y los chicos no hacen más que complicar las cosas; además hay muchos desaprensivos dispuestos a aprovecharse de su juventud. Y eso hay que impedirlo a toda costa. —Hizo una larga pausa y en un tono sólo aparentemente casual preguntó—: ¿Su hija vive con usted?

Habíamos ensayado cuidadosamente esa respuesta con el abogado; yo tenía que decir que sí, pero que a veces, como pasaba bastante tiempo de gira, Elena se iba a casa de alguna amiga para

no estar sola. En todo caso no había que dar ningún nombre ni dirección. Miré fijamente al juez y pensé que era la historia más tonta e increíble que nadie pudiera imaginar. Tuve miedo de que una mentira tan evidente me privase de su buena voluntad y a la vez me sentí incapaz de improvisar en otra dirección. Para ganar tiempo me salí por la tangente:

—La policía me ha dicho que Elena había dado la dirección de mis cuñados. No sé por qué lo ha hecho; habrá pensado que de ese modo yo no me enteraría de nada. ¡Qué absurdo!

—¿Pero vive con usted? —volvió a preguntar.

Le miré y un recuerdo reciente vino en mi auxilio: parecía un hombre cualquiera; bajo los gruesos párpados ligeramente oscuros, su poder se ocultaba en la mirada común de un hombre cualquiera. Era una especie de máscara, una impostura. Aquél no era un hombre cualquiera, o por lo menos no era como tú, ni como yo; tenía el poder de decidir sobre nuestras vidas, por mucho que lo disimulase mordisqueando el extremo del bolígrafo igual que lo habría hecho un escribiente o un vendedor de ultramarinos. No había que dejarse engañar.

—Por supuesto, señoría —respondí.

—La policía no es de su opinión.

Exactamente igual que en una pesadilla, había viajado trescientos sesenta grados hasta el punto de partida.

—Se equivocan, señoría.

—Pero, en este caso, este detalle es de la máxima importancia.

—Señoría —le interrumpí—, me consta. En Jefatura me han golpeado e insultado después de hacerme esa misma pregunta.

—¿Cómo dice? —preguntó sin poder disimular su sorpresa.

—Golpeado e insultado —repetí.

—Le confieso que me cuesta creerlo.

—Evidentemente no tengo pruebas, pero comprometo en ello mi palabra de honor —le contesté.

Durante unos instantes nos miramos en silencio.

—Pues si es así, no puede imaginarse cómo me irrita. Entiéndame; no es que yo ignore que la policía es brusca; eso forma parte de su trabajo, pero todo tiene sus límites. —Tomó aire y prosiguió—: Hoy en día los anarquistas ya no son desarrapados del sur, ni fanáticos surgidos en la oscuridad de un taller de impresión; los comunistas proliferan entre los hijos de profesionales y comerciantes. ¡Qué le vamos a hacer! Les ha dado por morder la mano que les da de comer. ¡Y, para colmo, la policía no entiende! No son capaces de discriminar ni siquiera a la hora de los sopapos. Pero le aseguro que esto se aclarará.

—Mire, a decir verdad, me da igual. Yo sólo quiero salir de aquí con mi hija.

—Sí, para usted es sencillo, hasta cierto punto, claro; en cambio yo tengo que mantener el orden en esta ceremonia de la confusión. En fin, ya me he hecho perfecto cargo de la situación, señor India —añadió poniéndose en pie y dando por concluida la conversación.

Yo quería preguntar, pero no me atrevía. Estreché su mano y la retuve unos instantes entre la mía.

—¿Entonces, mi hija…? —pregunté al fin.

—Enseguida tomaré una decisión —me contestó lacónico. Después, como arrepintiéndose, sonrió levemente y prosiguió—: Por cierto, qué asombroso parecido guarda su hija con usted. Pero me temo que a su abuelo no se parece mucho, ¿verdad? Es mejor que no se marche enseguida y confío en que volveremos a vernos en una situación menos conflictiva.

¿Qué había querido decir? ¿Por qué era mejor que no me marchase enseguida? Me puse tan nervioso que estuve a punto de salir sin agradecerle que me hubiera recibido. Mientras desandaba el pasillo en dirección a la calle, el corazón me latía con violencia: «La soltará», me decía, «no puede significar otra cosa».

En el vestíbulo el abogado salió a mi encuentro:

—¿Cómo ha ido? —preguntó.

—No sé. Me ha dicho que no me marche enseguida.

—¿Que no se marche enseguida? ¡Magnífico! Eso es que la va a poner en libertad.

—¿Está usted seguro?

—Si eso es lo que le ha dicho…

Empezaba a dudar; a lo mejor no le había entendido bien. Sin darme cuenta me puse a andar en sentido contrario mientras repasaba mentalmente todas las posibilidades sintácticas de la frase en cuestión; si se le quitaba el «no», por ejemplo…

—¿Adónde va? —me preguntó el abogado, al ver que yo volvía sobre mis pasos.

—No sé —contesté. Sencillamente tenía necesidad de andar, de moverme.

—¡Cálmese, hombre! A ver: cuénteme exactamente qué le ha dicho.

—¡No lo sé! Mire, ahora no. Me encuentro mal.

No podía pensar; un torbellino de ideas me bullía en la cabeza. ¿Por qué no le había preguntado de nuevo?; ¿por qué no había insistido?

Llegamos al final del pasillo y volvimos a salir hacia fuera.

—Vamos a sentarnos —me sugirió, conduciéndome suavemente en dirección a un banco.

Tuve el tiempo justo de notar la dureza de la madera y, como si un resorte me empujase hacia arriba, me puse de nuevo en pie.

—Prefiero pasear.

Me daba cuenta de que me estaba comportando con cierta grosería, pero no podía evitarlo. Hubiera dado cualquier cosa por que se fuera y me dejara en paz.

¡Me dolía tanto la cabeza! Cada vez andábamos más deprisa. A medida que iban pasando los minutos, me resultaba más difícil retener la forma concreta de una idea; repetía frases mentalmente, como si rezara, hasta que a fuerza de repetirlas dejaban de tener algún sentido.

Llevaba más de veinte minutos en este estado cuando la mano del abogado se clavó en mi brazo:

—¡Mire! —me gritó.

Me volví ¡y ahí estaba!, con su jersey azul y sus pantalones descoloridos, buscándonos con la mirada. Pero no me entretuve a observarla. Tres segundos después temblaba entre mis brazos. ¿O era yo el que temblaba? Sin poderlo remediar se me escapó un sollozo, un sollozo de mujer completamente vergonzoso. Elena me susurraba:

—Vámonos, papá. Vámonos.

Salió casi oculta en la curva de mi hombro; no volvió la cabeza ni una sola vez. La apretaba con fuerza contra mí y la sentía completamente abandonada, desconcertada como un niño que se ha perdido y se deja conducir por un extraño.

—Vamos a mi casa —le propuse.

—Sí, eso —contestó.

Mientras yo buscaba un taxi, el abogado le sugería que descansase unos días; se ofrecía para dar noticias a unos y otros. Elena asentía con la cabeza, sin mirarle, y daba la impresión de que no le escuchaba.

Detuve un taxi y nos despedimos de él con un punto de frialdad cuya causa no acertaba a explicarme. Nada más acomodarnos en su interior, volvió a buscar el hueco de mi hombro y allí se quedó, quieta y callada, mirando fijamente hacia adelante.

—En cuanto lleguemos te acuestas —le propuse—. Ya charlaremos después.

—Pero primero tengo que ducharme —me contestó—. Quisiera quitarme esta ropa.

De nuevo la ropa: era una especie de maldición. Ni siquiera había tenido la previsión de comprar algo para comer. Pero ¡qué importaba! Estaba conmigo; íbamos a casa. En cuanto se durmiera, iría a comprar todo lo que pudiera hacernos falta.

La voz del taxista que me daba el importe del viaje me pareció un poco sombría. Abrí la puerta lo más rápidamente que pude y, antes de volver a cerrar, le eché una ojeada al callejón. Todo estaba

en calma, como siempre, y un viento helado anunciaba el principio del invierno.

Elena había quedado conmocionada por la detención, pero se negaba a hablar de ello como no fuera de un modo abstracto. Por mi parte yo no sentía ninguna curiosidad por los detalles y, en cierto sentido, le agradecía su reserva.

Enseguida me di cuenta de que su relación conmigo empezaba a cambiar de signo. Hasta entonces se había contentado con la imagen que tenía de mí, pero sin demostrar mucho interés por mis opiniones o mis gustos. Ella prefería, por así decirlo, a mi personaje y, como si presintiera que era frágil y ficticio, hacía cuanto podía por no confrontarlo con la realidad. Como la amabilidad y la indulgencia no eran su fuerte, solía salir al paso de las opiniones que yo aventuraba con una furia infantil que me sacaba de quicio. Pero he aquí que, de pronto, había empezado a escucharme, incluso con atención. Durante aquellos días me fueron permitidas un número ilimitado de blasfemias contra sus ridículos postulados revolucionarios. Me habría divertido mucho si no hubiera notado su tristeza. Definitivamente no era casual que se encontrase allí, un poco taciturna, escuchando mis acidísimos discursos sobre la naturaleza humana. En esos momentos yo era la compañía más adecuada a su estado de ánimo porque, al contrario que sus mesiánicos amigos, soy un individualista feroz y aborrezco todo lo que tiene la presunción de anteponerse a la vida. Mi personalidad me situaba a años luz de esa otra realidad, la de la calle, que la empujaba a un heroísmo del que ella ya no se sentía capaz. En suma, Elena había cogido miedo, aunque no estaba claro de qué o de quién se escondía.

Por lo que a mí respecta, el mundo hubiera podido saltar en pedazos; todo lo que necesitaba estaba allí, en aquel cuarto barroco

y algo destartalado. Hasta el tiempo había perdido su conexión con las estrellas; transcurría como un río interior sin otras pautas que el hambre o la fatiga.

Permanecimos encerrados casi tres días completos. Ella no parecía sentir mucha nostalgia y yo tenía la impresión de que más allá de la puerta, al otro lado del teléfono, no había nada, o casi nada: un magma incomprensible, desaforadamente violento, que esperaba cualquier pequeño descuido para caer sobre nosotros y aplastarnos.

Recuerdo que hacía muchísimo frío. Como la calefacción no funcionaba, tomamos la costumbre de pasar la mayor parte del tiempo metidos en la cama, charlando y fumando como náufragos en una isla desierta, y la proximidad física fue creando una familiaridad aterradora.

Yo le había cedido mi habitación, que era la más confortable de toda la casa. La primera noche dormí en la cama de mi padre; pero inmediatamente después sobrevino una siesta —improvisada en el transcurso de una conversación sobre el miedo y la traición— y dormimos juntos, en mi cuarto, sólo vestidos a medias. Elena me despertó con una bandeja de fiambres y allí cenamos y conversamos hasta el alba. Cuando de nuevo la venció el sueño, giró sobre sí misma, retrocedió un poco, se aplastó contra mí y se quedó dormida. Así fue como, por primera vez, me encontré con la boca hundida en su pelo y su pequeña cintura entre mis brazos. Pero por mucho que me empeñase, lo cierto es que no había ninguna naturalidad en aquel gesto. Como esas mentiras bien urdidas que surgen del puro placer de mentir, todo parecía casual e inofensivo, pero ninguno de los dos ignoraba la clase de exploración que suponía.

Y el deseo, mutuo, sofocante, nos servía de antídoto contra el aburrimiento. Nuestro parentesco, lejos de suponer un obstáculo, precipitaba los acontecimientos en la medida en que facilitaba el simulacro. Si un extraño hubiera presenciado las muestras de ternura que nos prodigábamos, difícilmente habría albergado dudas

sobre la naturaleza de los sentimientos que las inspiraban, pero como nadie nos miraba, pudimos besarnos cuanto quisimos en la comisura de los labios fingiendo la más absoluta inocencia. Era un juego delicioso, fantástico, que hubiera podido durar meses.

Pero fuera habían quedado algunos cabos sueltos; ambos lo sabíamos aunque no hubiéramos hablado de ello; por eso, cuando al tercer día sonó el teléfono, ni siquiera cruzamos una mirada; seguimos cenando silenciosamente hasta que dejó de sonar. Ése fue nuestro último intento por conjurar la realidad: el exterior había irrumpido a través del timbre; la habitación se había llenado del silencio que sobrevino luego, y todos mis esfuerzos por reavivar la placidez, el sosiego de aquellos días de aislamiento, resultaron inútiles. Cuando volvió a sonar, Elena se levantó para cogerlo.

—¡No contestes! —le pedí.

—Es Arturo, papá. Estoy segura.

La conversación telefónica se redujo a un «sí» y un «bien». Nada más colgar comprobé con tristeza que evitaba mirarme.

—¿Quién era? —pregunté al fin.

—Arturo.

—¿Y qué quería?

—Quería saber si mañana iré a la Facultad.

—¿Y qué le has dicho?

—Pues que sí.

—No tenía ni idea de que pensases ir a la Facultad.

—¡Vamos, papá! Quiere verme.

—¿Y tú, quieres verle?

—Claro —contestó.

Yo mismo estaba atónito por el efecto que me había producido su respuesta: «Claro». ¿Cómo no iba a querer verle? ¿Acaso no era su mujer? Y yo, ¿qué era yo?; y de todos modos, ¿cómo iba a oponerme sin abrir la caja de Pandora, o lo que es peor, sin hacer el ridículo? Después de todo, ¿qué sabía yo de Elena? La miraba y creía ver una nueva y adorable versión de mí mismo; la veía moverse por la casa, peinarse como yo, con la mano izquierda, y daba por

sentada una complicidad que quizá no existía. A fin de cuentas, ella pertenecía a otro mundo, por mucho que ese interludio del miedo nos hubiera aproximado con tanta fuerza. Su sentido de la belleza, del orden, estaba en las antípodas del mío; jamás había pisado el Liceo; para ella las formas carecían de importancia y todo podía ser objeto de análisis y de juicio. Su mundo estaba lleno de certezas, las cosas eran lo que parecían y la amabilidad un gesto pequeñoburgués. Además, ¿a qué venía tanta historia? ¡Elena era mi hija! Aun en el caso de que me amara, ¿qué podía esperar, si ni yo mismo me hubiera atrevido jamás a llegar hasta el fondo de aquel impulso? Era preferible así, aunque doliera tanto que resultase difícil de creer.

—Te lo ruego, ten cuidado —le pedí.

—No te preocupes; en la Facultad hay cientos de personas. Aunque me siguieran, no podrían sacar ninguna conclusión.

El esfuerzo que me supuso hacer como si nada hubiera pasado y buscar su mirada y afrontarla después, me impidió disfrutar del resto de la cena. Mi vida, como de costumbre, tenía la consistencia de una columna de humo: era pura fantasía. Bastaba una llamada, tan breve y previsible como aquélla, para que se volatilizara sin dejar más rastro que aquella impotencia que había que ocultar apresuradamente, como si se tratara de un pañuelo sucio.

Debió de salir muy temprano porque cuando me desperté, su almohada ya estaba helada. Alargué la mano, sentí ese frío purísimo del algodón en invierno y decidí volver a dormirme.

El sol ya estaba alto cuando me desperté de nuevo, entumecido, cansado, incapaz de hacer otra cosa que seguir durmiendo. Me disgustaba pensar que Elena me encontraría en la cama cuando volviera a la hora de comer —porque volvería a la hora de comer, estaba seguro de ello—, pero de todos modos no podía levantarme.

Me dormí enseguida, por tercera vez, reconfortado con la idea de que aquella mañana absurda no tardaría en esfumarse. En cierto sentido era como si todavía fuese ayer, como si aquel día, a diferencia de todos los demás, diera comienzo a las dos de la tarde.

Cuando volví a despertarme empezaba a oscurecer y Elena no había regresado aún. Ya no se trataba de un vago presentimiento. Desesperadamente luché por dormirme de nuevo, pero no lo conseguí. Me quedé esperando, inmóvil, a que llegase la hora de la cena, resistiendo a la tentación de alargar la mano hacia el reloj, como si ese gesto tan simple contuviese una claudicación definitiva.

La oscuridad se fue cerrando sobre mí, o mejor dicho, contra mí, como un hechizo. Uno a uno sentí cómo transcurrían los minutos de aquellas horas interminables y a través de ellos se fue abriendo paso la certidumbre de que Elena no volvería.

Sin darme cuenta había estado jugando una partida contra mí mismo. Demasiado tarde comprendía que ya no sería capaz de contentarme con aquellas cuatro o cinco horas semanales y con aquellos silenciosos viajes en autobús. Y sin embargo, no me quedaba otro remedio; no habría nada más para mí.

Puedes creerme, amigo mío, cuando te digo que aquella noche quise morir. ¡Prescindir de Elena!; vivir sin ella o limitarme a hacerle de comparsa; acompañarla cada noche a casa de aquel imbécil; volver a empezar, en suma, la misma historia trágica que ya había vivido contigo, sabiendo de antemano que llegaría un día en que ese espacio minúsculo —una silla en un autobús— encarnaría otro paraíso perdido en el firmamento de la repetición; pero no de la repetición idéntica, sino de una intolerablemente degradada, porque yo ya no era joven, porque Arturo no tenía la gracia indolente de Liborio, porque Elena no me había dado un universo de palabras al que asirme y la amargura que presentía no sería nueva ni desconcertante, sino vieja y temible como una antigua herida que se abre.

Y además estaba esa otra fuerza quemándome la boca como un odio animal, puro y simplísimo. Pero yo no lo sabía todavía. Hizo falta que poco después, hacia las dos y media de la mañana, el callejón se llenase con el estruendo de un coche que se detenía y que, al chasquido metálico de la puerta al cerrarse, siguiesen, inequívocos, sus pasos en la escalera. Entonces, toda la tristeza y la desesperación de aquel día se cuajaron de pronto en una masa negra y furiosa que se debatía en mi garganta como si me hubiera tragado vivo un animal repugnante. Si Elena hubiera llegado cuatro o cinco horas antes, yo me habría levantado de un salto y habría corrido a su encuentro como un chiquillo. Pero era demasiado tarde; en mi interior había estallado la revuelta.

Entró sigilosamente y, creyéndome dormido, se desnudó deprisa, con una especie de alegría que me revolvió el estómago.

Estaba claro de qué modo había pasado el día; la hora era demasiado elocuente. La miraba y no podía entender cómo se las arreglaba para mantener aquel aire de pureza y, sobre todo, me preguntaba cómo demonios podía meterse en mi cama con aquella naturalidad.

A medida que ella se desnudaba, mi mirada se había ido llenando de imágenes obscenas que resplandecían en la oscuridad como una

luna roja. El sentido común me pedía que guardase silencio, que esperase al día siguiente; pero la cólera pudo más:

—¿Y bien? —grité de pronto.

Mi voz sonó estentórea, completamente fuera de lugar.

—¿Estás despierto? —preguntó Elena con una suavidad intolerable—. Creí que dormías.

Se quedó mirándome, un poco desconcertada, y luego añadió:

—¿Qué te pasa? —mientras intentaba besarme y yo volvía ostensiblemente la cabeza para esquivar su beso—. Pero ¿qué te pasa? —volvió a preguntar, atónita.

—No tienes ni idea, ¿verdad?

—Pues no —contestó, y prendió la luz.

Alargué el brazo y le di un manotazo a la pequeña lámpara, que salió disparada y se rompió en mil pedazos.

—¡Pero estás loco! —gritó Elena—. ¿A qué viene esto?

—Me molesta la luz —farfullé.

Ni yo mismo sabía a ciencia cierta por qué me dejaba llevar de aquel modo. No era la primera vez en mi vida que perdía el control y hacía el ridículo, pero en esa ocasión se trataba de algo deliberado; era completamente consciente de la clase de papelón idiota y contradictorio que me había correspondido; pero me limitaba a asumirlo con plena lucidez.

—¿Se puede saber qué te pasa? —insistió Elena.

—¿Sabes qué hora es? —le pregunté.

—Las dos —contestó.

—¡Las tres! —grité yo.

—Las dos, las tres. ¡Y qué más da! Ni que estuviéramos en un colegio mayor.

—¡No, no estamos en un colegio mayor, pero tampoco estamos en una cochina pensión!

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Acaso tengo que llegar antes de las diez?

—No se trata de eso.

—¿Pues de qué se trata?

—¡Qué sé yo! Podrías haber llamado, por ejemplo.

A la mezquindad de mi argumentación se sumaba un tufillo autoritario que componía una perfecta imagen paternal. Probablemente eso era lo último que deseaba, pero lo cierto era que no podía detenerme; quería saber si Elena había dormido con Arturo o, mejor dicho, quería estar seguro.

—Mira, digamos que no me ha sido posible —me contestó.

Era indecente proseguir, pero me daba igual. Todo mi pudor había sido sustituido por esa curiosidad morbosa con la que tantas veces aumentamos deliberadamente nuestro dolor.

—No, claro. Cuando se está jodiendo no se puede llamar por teléfono —añadí.

—¿Qué es exactamente lo que te molesta: que no te haya llamado o que haya estado jodiendo?

—Me importa un pito lo que hayas estado haciendo; me tiene completamente sin cuidado —murmuré.

—Pues nadie lo diría. ¡Es increíble! Da la impresión de que te viene de nuevo.

Todavía hoy me pregunto cómo pude contestar aquella barbaridad, cuando mi único deseo era tomarla entre mis brazos y preguntarle: «Entonces, ¿no me quieres?». Es el ritual de los celos, según creo: hay que ser maligno y vulgar, cuanto más vulgar, mejor; así que, claro y audible como un trueno, le contesté:

—En lo que a mí concierne, puedes acostarte con toda la Sexta Flota si te apetece.

Elena me miró como si por primera vez me viera y sin decir palabra se levantó y empezó a vestirse. Aguanté el tipo, en silencio, mientras se abrochaba la camisa, mientras se embutía de un salto en los pantalones; pero en cuanto la vi ponerse los calcetines empecé a flaquear. Se anudaba los cordones de los zapatos cuando me sobrevino un auténtico ataque de pánico.

—¿Qué haces? —pregunté.

Pero no contestó. En centésimas de segundo ganó la puerta y salió por ella. De un salto corrí en su busca y la alcancé en la

escalera. La tomé por el brazo y la volví con violencia:

—¿Pero dónde vas?

Estaba furiosa y forcejeamos de un modo completamente pueril. Quería retenerla como fuese, a toda costa, y a la vez temía hacerle daño, porque Elena estaba completamente resuelta a marcharse pero tenía poquísima fuerza, la de un muchacho de doce o trece años a lo sumo. Esa desigualdad, tan abrumadora, me conmovía. Hubiera podido gritar o llorar, pero se debatía en el terreno de los hombres; luchaba lealmente, con todas sus fuerzas, como un animalillo diminuto y desesperado. Cuando conseguí inmovilizarla del todo, estaba exhausta.

—¡Por el amor de Dios! —exclamé—. ¿Dónde vas?

—¡A acostarme con la Sexta Flota! —me gritó.

—Elena, hay veces en que uno dice tonterías, cosas que no querría decir y que no guardan relación con lo que piensa. No seas niña. ¿Dónde vas a ir a las tres de la mañana?

—Eso es cosa mía. Además, si no quieres que me vaya, ¿por qué me insultas?

Entonces sentí que había llegado la hora de la verdad. Cualquier cosa era preferible a verla partir de aquel modo, a luchar con ella en la escalera como un matón.

—¿No te lo imaginas? —le pregunté.

Estaba seguro de que me contestaría que no, de que echaría mano de todas sus prerrogativas, de ese piélago inmenso de sandeces antiguas y modernas sobre derechos femeninos y posesiones y libertades y franquezas, cuando, muy quedo, contestó:

—Sí.

—Pues entonces, ¿qué sentido tiene que me castigues? ¿No te parece que ya lo paso bastante mal?

—¿Por qué lo pasas mal?; ¿porque me he acostado con Arturo? ¿Qué hubieras preferido?; ¿que disimulase?

—Quizá.

—¡Es ridículo!

—Lo que quieras, pero ridículo no. Además, es muy fácil ser franco; no cuesta nada y descarga muchísimo.

¡Tenía tanto que explicarle y era tan imposible que lo entendiera! No puedes imaginarte lo reconciliado que me sentí con mis complejos de culpa. ¿Cómo se puede vivir con una generación que no tiene complejo de culpa? Si hubiera encontrado las palabras, le habría dicho que su forma de vivir me daba miedo; le habría dicho que mientras se juega el papel de verdugo, mientras se es joven y feliz y la esperanza arde con una llama que abrasa, debe de resultar delicioso pisar así de fuerte, debe de producir una sensación de libertad embriagadora; pero que no podía imaginármela después, en la derrota, cuando tuviera que tragarse la portentosa libertad de los otros, y en el intercambio de la vida, con la piel reseca y los músculos flojos, no pudiera asirse a ninguna convención, a ningún pacto previo e indiscutible. ¡Mira que hay que tener fe en el género humano para sustituir las férreas mordazas —el sentido del honor y del deber, la amabilidad, el respeto— por algo tan ambiguo, tan poco consistente, como la sinceridad! La observé fijamente y pensé: «Te espera una larga secuela de adioses cínicos, pequeña». Pero yo la quería demasiado para sentirme reconfortado con esa visión; de sobras sabía que los canallas que se reirían de ella a lo largo de su vida y que tomarían su libertad como pretexto, no iban a hacerlo en mi nombre, sino por cuenta propia y con una absoluta impunidad.

—No entiendes nada —murmuró.

No me quedaban fuerzas para seguir discutiendo; sólo quería que no se fuera, así que me apresuré a rendirme sin condiciones:

—Sí, es verdad. Vuelvo a decir tonterías. Lo siento.

—Además, estás equivocado. He roto con Arturo.

—Pero ¿entonces?

—¿Por qué me he acostado con él? Me he acostado montones de veces con él; ¿qué importa una más? Las cosas han venido así. Arturo le había pedido el piso a un amigo del taller. Quería estar conmigo. ¡Hasta había comprado champán…! —Su voz se iba llenando de tristeza mientras hablaba—. Llevaba varios días liado

para conseguir el maldito piso; tenía que ser la casa de alguien que no hiciera política, por si acaso. En fin, había sido un lío tremendo. Estaba hecho polvo. ¿Qué querías que hiciera?

Como de costumbre, había vuelto a equivocarme. En su mundo, como en el mío, la piedad es una fuerza poderosa. Daba la impresión de que iba a echarse a llorar; los labios le temblaban cuando prosiguió:

—No hacía más que preguntarme por qué, y yo no sabía qué decirle.

Por fin, una solitaria lágrima empezó a deslizarse por su mejilla. Se liberó de mí; la secó rápidamente con la palma de la mano y prosiguió:

—Yo habría hecho cualquier cosa por él, ¿comprendes?

—Por supuesto que sí —le contesté.

Ardía en deseos de consolarla pero me daba miedo; ni siquiera me atrevía a mirarla. La abrupta desaparición de Arturo, que yo había deseado con todas mis fuerzas durante tanto tiempo, acababa de abrir una profunda sima a mis pies. ¿Le había dejado por mí? Probablemente. Elena era de una consecuencia demoledora y yo la había desafiado, creyendo que podría mantenerme en el límite, justo en el límite de lo posible. Pero para Elena los límites no existían y ella no quería jugar, sino vivir.

En ese preciso instante me di cuenta de mi situación. Estaba acorralado; mucho más acorralado que aquella noche en el pasillo del colegio, después de que nos sorprendieran, mientras esperaba a que llegase mi padre; más que aquellos días de nuestra juventud en que te deseaba tanto que me parecía que iba a reventar; más que la primera vez que tomé a María; más que durante la luna de miel con Leonor; más, incluso, que cuando comprendí que te había perdido.

Retrocedí dos pasos y luego dos más y por último me volví de espaldas y me senté en un peldaño. Al cabo de un instante Elena se acercó y puso su mano sobre mi hombro.

—¿Le has dejado por mí? —le pregunté.

Ella no contestó.

—¿Pero no te das cuenta de que yo no puedo sustituirle? ¿No comprendes que esto es un espantoso error?

—Es posible —dijo—. Pero ¡qué le vamos a hacer! Más allá de determinado punto sólo se puede seguir hacia adelante.

Y es cierto, ¿sabes?; asombrosamente sencillo y cierto.

Desde entonces ha pasado poco más de un año y todavía tengo miedo; me siento continuamente en peligro. Nuestra vida en común no ha sido fácil, pero yo no puedo imaginarme ninguna otra y eso me evita la penosa impresión de haber elegido mal.

Claro está que, como no soy imbécil, el porvenir me asusta. Tengo la sensación de vivir en una época que ya no es la mía. Y por sorprendente que resulte, a Elena le pasa algo parecido, pero de forma distinta. Seguimos lejos el uno del otro: yo pertenezco al pasado y ella pertenece al futuro, y este tiempo que nos pertenece a ambos, tiene toda la belleza de la incertidumbre.



OLGA GUIRAO (Barcelona, España, 1956). Licenciada en Derecho por la Universidad Central de Barcelona, ciudad donde ejerció la abogacía. Posteriormente trabajó en la Administración Pública.

También escribe novelas: en concreto, una cada cuatro o cinco años más o menos desde que cumplió los treinta. Su debut literario tuvo lugar con *Mi querido Sebastián* (1992), que quedaría finalista en la convocatoria de 1992 del prestigioso Premio Herralde de Novela. Desde entonces ha publicado entre otras: *Adversarios Admirables* (1996), traducida al holandés y al danés, *Carta con diez años de retraso* (2002) y *La llamada* (2011).